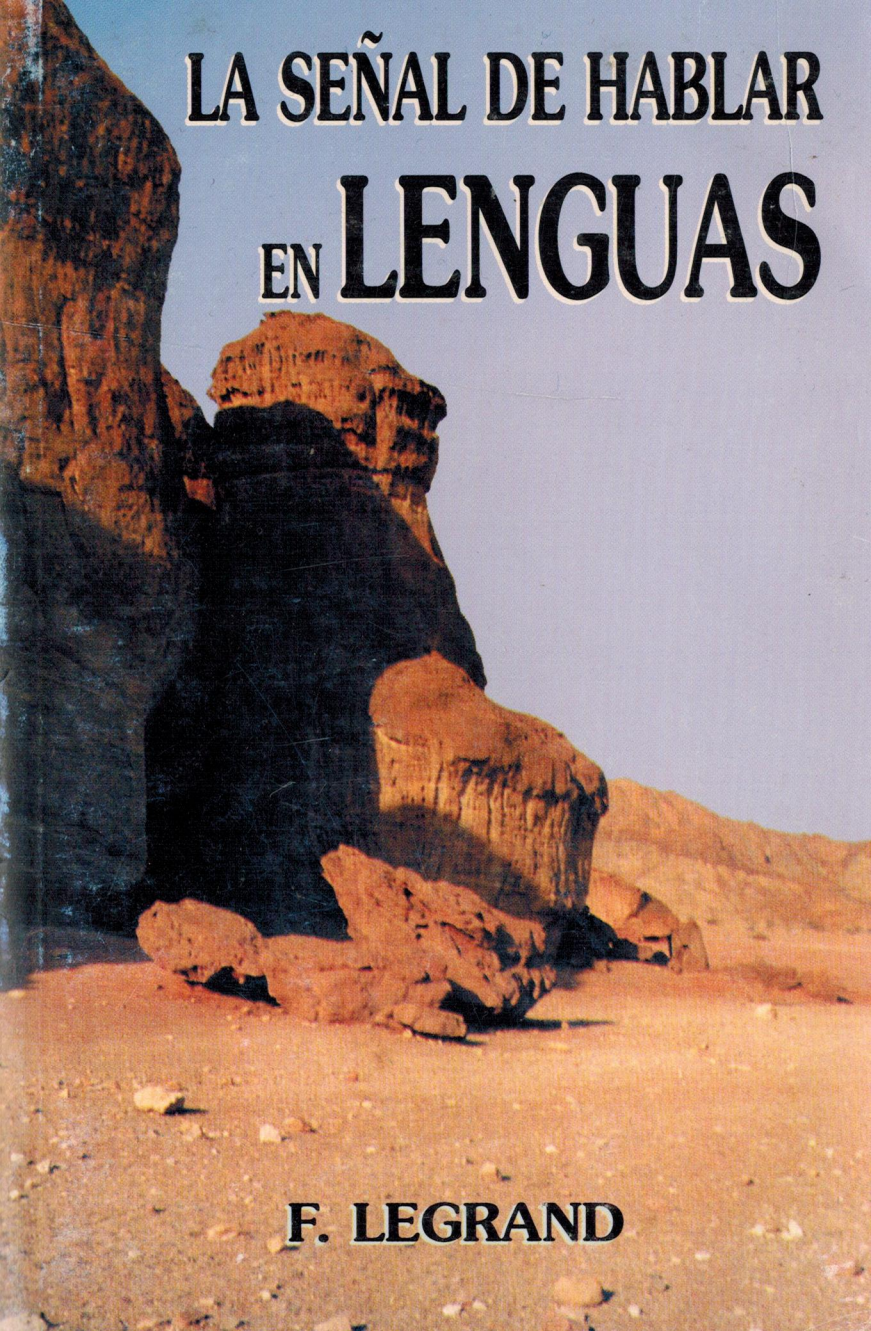
LA SEÑAL DE HABLAR EN LENGUAS



F. LEGRAND

LA SEÑAL
DE
HABLAR EN LENGUAS

Línea sobre línea
Apartado 126
17244 Cassà de la Selva
(Girona) ESPAÑA

Tél. / Fax : (972) 47 07 80
E.mail : 100533.3324@compuserve.com

Centre Biblique Européen
Case postale 2386
CH-1002 Lausanne SUIZA

© Copyright 1997 by *línea sobre línea*

Traduzido del original francés Le signe du parler en langues,
por Fernand Legrand (Editions de Bérée, CH-1326, Suiza)
que agradecemos por la amable autorización de publicar su obra
© 1990

Edición española co-editada por :
Centre Biblique Européen, Case p. 2386, CH-1002 Lausanne, Suiza

Todos derechos reservados

Traductores : Enrique Gottreux (Chile) y Santiago Escuain i Sanz (España)

Foto cubierta : "Los pilares de Salomon" (Israel), por C. Legrand

ISBN 2-940131-05-8

Prefacio del autor

Escribir un libro acerca de un tema tan polémico como el de hablar en lenguas no es, seguramente, el mejor medio de hacer amigos. Al contrario, es la manera más segura de perder algunos. El apóstol Pablo, por la defensa de la verdad, incurría en el riesgo de incomodar. Decía en Gálatas 1:10: «¿Busco ahora el favor de los hombres, o el de Dios? ¿Ò trato de agradar a los hombres? Pues si todavía agradara a los hombres, no sería siervo de Cristo». Sin embargo, que Dios nos guarde de cultivar el arte de desagradar. Como lo decía Alexandre Vinet, «hay que tener amor por las personas y no por las ideas». Pero el espíritu de algunos está formado de tal modo que es la verdad misma lo que les molesta. ¿No dice un adagio popular que sólo la verdad duele? Pero la Biblia dice que «fieles son las heridas del que ama» (Pr 27:6). Sería ilusorio creer que la actitud más fraternal pueda evitar ciertas rupturas. Mis exposiciones anteriores acerca del tema me han valido sólidas y duraderas enemistades. Pablo lo dice así en Gálatas 4:16: «¿Me he hecho, pues, vuestro enemigo por deciros la verdad?», y eso entre aquellos de los que le eran más cercanos, que había conducido a la salvación y que eran sus hijos espirituales.

La gama de posiciones sobre este asunto es tan amplia que sería necesario escribir no un libro sino varios, porque los matices son numerosos. Entre aquellos que están absolutamente conquistados para la causa se encuentran, de mayor a menor, aquellos para quienes el hablar en lenguas es:

1. La condición para la salvación.
2. El signo necesario o evidente del bautismo del Espíritu.
3. Un carisma que ejercen sólo en privado.
4. Un don menor

5. Una práctica que estiman a menudo abusiva y falsificada.
6. Un don que no buscan para sí mismos, aunque admiten su ejercicio en la Iglesia.

En la posición opuesta, encontramos también de mayor a menor aquellos para quienes el hablar en lenguas en nuestros días es:

1. Una falsificación que denuncian.
2. Una práctica que condenan, más por partidismo que por conocimiento bíblico.
3. Un tema de interés espiritual pero circunscrito a un período de la historia como la Natividad y la Crucifixión.
4. Una «posibilidad» de orden absolutamente secundario y de la cual desconfían.

Estos dos cuadros pueden parecer incompletos, pero son reveladores de múltiples sensibilidades. Puede parecer simplista clasificar a los protagonistas sólo en dos campos, unos a favor y otros en contra, pero es necesario para situar al lector.

Para dar más peso a este estudio cito de manera prioritaria los escritos de autores pentecostales actuales y hago uso del testimonio de otros que han abandonado el movimiento por razones doctrinales.

Pero, en primer término, lo que forma la verdadera base de esta obra es mi experiencia personal y la de mi querida esposa, a quien dedico este libro. Es por esa razón que no he creído necesario incluir una bibliografía. Las referencias a los libros y a sus autores aparecen en el texto.

Para designar a aquellos que se adhieren, en grados diversos, al hablar en lenguas, he empleado la expresión más usual: el pentecostalismo, expresión a la cual no presto ningún sentido peyorativo. Hasta el capítulo 13 hago distinción entre ellos y los carismáticos católicos: varios pentecostales conservadores se sentirían en efecto ofendidos de ser confundidos con esos carismáticos, de los cuales se distinguen enfáticamente.

Algunos preguntarán: ¿Por qué un libro así? Porque muchos

tienen el deseo de poseer una obra de referencia rigurosa, pero no extensa, con una línea directriz y temas bien divididos que permitan su fácil localización, a fin de saber, conforme a la exhortación de Colosenses 4:6: «cómo debéis responder a cada uno».

Mi oración a Dios por mis lectores es que sean animados por el espíritu de los judíos de la ciudad griega de Berea: «y estos eran más nobles... escudriñando cada día las Escrituras para ver si estas cosas eran así» (He 17:11).

CAPÍTULO 1

Análisis de la renovación carismática

Le Renouveau Charismatique au sein de l'Eglise Catholique [La renovación carismática en el seno de la Iglesia Católica]: éste era, de la pluma de D. Cormier, el título de un librito editado en Canadá hacia finales de los años 70. Cubría la posición del pentecostalismo clásico de la época. Vamos a resumirla aquí sin traicionar ni truncar el pensamiento del autor al exponerla.

Si en ocasiones el lenguaje del siguiente resumen parece excesivo a algunos, no es nuestro: nada más que los vínculos entre los párrafos.

Este librito describe el malestar de los católicos sinceros ante la sequedad de su Iglesia, su sed de una auténtica vida espiritual y su búsqueda sincera de la vida del Espíritu, a partir de contactos con diversos pastores pentecostales, de la lectura del libro *La cruz y el puñal* de David Wilkerson, y de otro libro pentecostal: *Hablan en otras lenguas,* de J. L. Sherrill.

> *Ellos perseveraron más de un año, orando cada día diciendo: «Ven, Espíritu Santo...» Esto sucedía en la Universidad Duquesne en Pennsylvania. En South Bend, en Indiana, se hacía la misma búsqueda con profesores de Teología del Colegio Santa María. Allí llamaron al hermano Ray Bullard, diácono de una Iglesia pentecostal vecina y presidente local del grupo de Hombres de Negocios del Evangelio Completo. Este hombre era estimado por su gran experiencia de los dones espirituales y era descrito como un hombre humilde que sólo buscaba ser utilizado por el Señor. Llegó a ser en alguna manera el padrino espiritual de la Comunidad Carismática que se formaba en Notre Dame. Durante varios meses se reunieron en*

> *casa de Ray Bullard, donde se celebraban reuniones pentecostales y donde varios pastores pentecostales eran invitados regularmente para presentar temas y responder a las preguntas de los recién llegados.*
>
> *Luego vino el estallido. Un fin de semana, numerosos estudiantes católicos fueron bautizados con el Espíritu Santo. Aquello se desparramó como un reguero de pólvora. Con ocasión de uno de esos encuentros en casa de Ray Bullard, un ex misionero pentecostal planteó la pregunta: ¿cuándo piensan abandonar la Iglesia Católica? Asombrados, respondieron: ¡Pero si no tenemos de ningún modo la intención de abandonar la Iglesia!*
>
> *El sentimiento unánime de los pentecostales clásicos de la época era que, tarde o temprano, el Espíritu Santo iba a abrir los ojos de los católicos. Pero, a medida que el tiempo transcurría, se hizo evidente que estaban muy decididos a permanecer católicos y que la jerarquía recuperaba el movimiento en provecho de la iglesia romana.*
>
> *Se emitieron entonces cinco hipótesis para explicar la actitud de esos católicos que continuaban siguiendo las enseñanzas y prácticas de su Iglesia, al mismo tiempo que afirmaban haber recibido al Espíritu Santo.*
>
> 1. *Ese movimiento se encuentra sólo en sus comienzos; los católicos que forman parte de él cambiarán más tarde.*
> 2. *Este movimiento viene del Espíritu, pero la jerarquía católica ha sabido canalizarlo en provecho propio.*
> 3. *Este movimiento es el cumplimiento de la profecía: «Derramaré de mi espíritu sobre toda carne» y demuestra que el Espíritu Santo está por encima de nuestros prejuicios religiosos y puede salvar a cualquiera, independientemente de su doctrina.*
> 4. *Este movimiento es sólo un montaje para atraer a los protestantes hacia la trampa del ecumenismo.*
> 5. *Este movimiento es una falsificación del diablo y prepara la venida del anticristo.*

D. Cormier desarrolla la posición que aún adopta, en Europa al menos, una parte del pentecostalismo histórico y que se resume en estas cinco hipótesis:

1. *Ese movimiento se encuentra sólo en sus comienzos; los católicos que forman parte de él cambiarán más tarde.*

Él constata que, contrariamente a lo que generalmente se esperaba, *la característica principal del movimiento carismático devolvió al catolicismo a aquellos que se habían alejado de él y reavivó sus devociones idolátricas.*

Las profesiones de fe carismática se expresaban así:

–Nuestra devoción a María se ha llenado de santificación.

–La vida sacramental de la Iglesia vino a ser más rica en sentido.

–Llegué, a través de ella, a una comprensión más profunda de la eucaristía ***como sacrificio*** *y he vuelto a las confesiones frecuentes.*

–Descubrí entonces una profunda devoción a María.

Citamos ahora al Padre ó'Connor, que nos expone una profesión de fe carismática para hacer estremecer a cualquier pentecostal, evangélico o reformado:

Los primeros efectos fueron una mayor devoción hacia la eucaristía. El efecto más impactante, para un benedictino, después de su bautismo en el Espíritu, ha sido cantar la misa. El culto a María ha sido reforzado ***por el movimiento pentecostal*** *en todo el país. En resumen, el efecto del movimiento pentecostal ha sido el de salvar personas para la Iglesia, para el sacerdocio y para la vida religiosa.*

Al no haberse dado el cambio esperado, esta primera hipótesis no podía retenerse.

2. *Este movimiento viene del Espíritu, pero la jerarquía católica ha sabido canalizarlo en provecho propio.*

La explicación acerca de este punto es menos precisa. Se citan los nombres de *los Padres Regimbald, ó'Connor y del cardenal Suenens, que introdujeron el movimiento carismático entre los laicos. El regreso de las devociones tradicionales no es el resultado de presiones de parte de la jerarquía* ***sino el efecto mismo de la experiencia carismática.***

Se cita al Padre McDonnel así: *«Los pentecostales católicos son llevados a retomar y cultivar formas de contacto con Dios que habían abandonado. Ello no se debe a una teología conservadora* ***sino más bien al efecto transformador de su experiencia.»***

Aparte de la cuestión de si la jerarquía romana tuvo algo que ver con un regreso a este paganismo de barniz cristiano, la causa determinante (nos limitamos a citar) *es la experiencia «pentecostal».*

Así, la segunda hipótesis no se puede mantener.

3. *Este movimiento es el cumplimiento de la profecía: «Derramaré de mi espíritu sobre toda carne» y demuestra que el Espíritu Santo está por encima de nuestros prejuicios religiosos y puede salvar a cualquiera, independientemente de su doctrina.*

La pregunta que se plantea en seguida es de graves consecuencias: *¿Es el espíritu que obra en la Iglesia romana el Espíritu Santo? Hablando del Espíritu Santo Jesús ha dicho «él os guiará a* ***toda*** *verdad.» Es lo propio del Espíritu Santo. Lo propio del espíritu malo es guiar a solamente* ***una parte*** *de la verdad. Ahora bien, uno de los efectos más destacados del*

carismatismo es conducir a sus adeptos a una parte de la verdad y a una parte de error, como por ejemplo: La oración espontánea **Y** *el rosario; la adoración a Cristo* **Y** *del santo sacramento, la lectura de la Biblia* **Y** *el culto a María.*

Siguen algunos testimonios de personas que habían sido «bautizados en el Espíritu Santo», una, *al terminar de recitar su rosario,* la otra, *mientras cantaba un himno en la misa;* otra aún, *mientras estaba arrodillada y rezaba a la santa Virgen. Estos testimonios bastan claramente para demostrar que* ***el espíritu que bautiza a esas personas está en contradicción con las Escrituras y no puede ser el Espíritu Santo****. Lo que es blasfemia contra el Espíritu Santo no es dudar de su obra, sino atribuir a su divina persona algo tan terrible y una idolatría tal.*

Concordando con el pentecostalismo bíblico de la época, el autor llega a una conclusión muy ponderada de la cual nos serviremos más adelante: *Vivimos en un mundo decididamente marcado por el relativismo... donde ya no se cree la verdad absoluta sino en verdades relativas* ***subordinadas a la experiencia humana****. El acento recae así mayormente sobre* ***la experiencia*** *antes que sobre la doctrina. El hecho de hablar en lenguas o de experimentar una cierta paz interior..., el amor para con Dios, María y los santos, es más importante que conocer la sana doctrina. Citando a Charles Foster, dice: Cuando la experiencia del Espíritu pasa por encima de la doctrina y de la salvación, la seducción es segura...*

La tercera hipótesis no se podía mantener.

4. Este movimiento es sólo un montaje para atraer a los protestantes a la trampa del ecumenismo.

Al mismo tiempo que reconoce que *sin la contribución pentecostal el movimiento carismático no habría podido nunca desarrollarse en el seno de la Iglesia Católica,* admite él el peligro y añade:

Es lamentable constatar que algunos cristianos evangélicos así como numerosos protestantes no han reconocido esta trampa. Pruebas abundantes demuestran que el carismatismo sirve a los intereses de Roma y del Ecumenismo, pero debemos rechazar la hipótesis de que sean ***sólo*** *un montaje para atraer a los protestantes a la trampa del libertinaje ecuménico. Las sanidades, profecías y milagros operados en el movimiento carismático nos prohíben ver ahí sólo una puesta en escena humana. Si el Espíritu Santo no puede estar detrás de este movimiento, es indudablemente un* ***espíritu real*** *y activo...* ***se trata de sucesos sobrenaturales que han llevado a este movimiento a desarrollarse con tanta rapidez y vigor****.*

No siendo entonces el resultado directo de un cálculo humano, sino la encarnación de un espíritu extraño, no podía mantenerse esta cuarta hipótesis. Quedaba la quinta:

5. Este movimiento es una falsificación del diablo y prepara la venida del anticristo.

No podemos reproducir el texto *in extenso*, pero este resumen da las ideas principales.

En la Universidad Duquesne, después del bautismo del Espíritu Santo de una treintena de estudiantes, siguieron pronto varias sanidades públicas y sobrenaturales. Entre aquellas que más impresionaron a los observadores hubo las manifestaciones proféticas en lenguas y su interpretación. K. y D. Ranafhan cuentan en su libro El Regreso del Espíritu: «Con ocasión de una reunión de oración en South Bend, un sacerdote que asistía allí por primera vez preguntó al hombre que se encontraba cerca de él dónde había aprendido griego – ¿Qué griego? El sacerdote dijo entonces al grupo que él había oído claramente a su vecino repetir las primeras frases del «Yo te saludo, María» en griego. El padre ó'Connor agrega en su libro: Antes de este encuentro, había muy pocas

huellas de devoción mariana en el grupo... a partir de ahí hubo un impulso de piedad mariana. Para ellos, los diversos milagros y manifestaciones marianas son las pruebas infalibles de la presencia de Dios en Su Iglesia.

D. Cormier replica que *sin embargo la Biblia nos pone en guardia contra prodigios y señales mentirosas* (2 Ts 2:9, 12).

Así, el análisis sólo podía ir desde entonces en el sentido de la última hipótesis. La condenación del despertar llamado carismático es clara y sin apelación. *Es,* dice él, *el cruce del pentecostalismo protestante y de la idolatría católica.* Recordemos que no he contribuido para nada a este análisis. Por eso he puesto cuidado en poner el texto original en cursiva.

¿Me identifico con estas conclusiones? Que se me permita, en principio, reservarme mi respuesta, porque, por abrupta que parezca, esta conclusión sigue siendo la de una parte del pentecostalismo europeo. Recordemos que se trata de debatir acerca del don de hablar en lenguas y de la señal por la cual es juzgado. Si hemos condensado este impactante artículo acerca de los carismáticos es porque encontramos entre ellos, como entre los pentecostales, el triple concepto de las lenguas, de la señal y del bautismo del Espíritu Santo. Sin embargo, como se destaca claramente en este análisis, los pentecostales (todavía) clásicos niegan que tenga el mismo origen. Si están tan seguros de ello, ¿por qué se afligen de ser los iniciadores de este error que califican de diabólico? Citamos de nuevo: «*Ray Bullard, diácono de una iglesia pentecostal, poseyendo una gran experiencia de los dones espirituales... y varios pastores pentecostales* ...». Son ellos los que enseñaron, oraron e impusieron las manos para que esos católicos recibiesen el Espíritu Santo. ¿Y sería de manos de pentecostales de sana doctrina que habrían recibido un espíritu dañino? Hay motivos para sentirse confundidos, sobre todo cuando se sienten obligados a confesar: «*Si no hubiese sido por Ray Bullard, el diácono pentecostal ... nunca habría salido a luz ese movimiento*» (pág. 15). Ahora bien, detrás de los ancianos que impusieron las manos sobre Timoteo, no había otra cosa que lo

que recibió ese joven siervo: el don de Dios (2 Ti 1:6), y detrás de las manos de Ananías, que las impuso a Saulo de Tarso, no había nada más que el Espíritu Santo. Y cuando este mismo Saulo de Tarso, llegando a ser el apóstol Pablo, impuso las manos a los discípulos de Juan en Éfeso, ellos no recibieron otro Espíritu que el verdadero. Si es, pues, un espíritu diabólico el que han recibido esos católicos sinceros de mano de esos especialistas experimentados que son Ray Bullard y los pastores pentecostales asociados con él, es porque detrás de sus manos y oraciones había lo que han deplorado a continuación, es decir, absolutamente otra cosa que el Espíritu Santo. Jesús lo dijo de una manera tal que es imposible equivocarse: «No puede el buen árbol dar malos frutos, ni el árbol malo dar frutos buenos» (Mt 7:18). Si el fruto es declarado malo por ellos mismos, es que su árbol era de la misma naturaleza. Es lo que parecen olvidar nuestros amigos pentecostales. Cuando se les hacen observar las extravagancias que suceden en medio de ellos; que es absolutamente otra agencia, y no el Espíritu Santo lo que produce explosiones verbales incontrolables y las excentricidades de su conducta, su respuesta invariable son las palabras de Jesús: «¿Qué padre de vosotros, si su hijo le pide pan, le dará una serpiente? ¿ó si le pide un huevo, le dará un escorpión? Pues si vosotros, siendo malos, sabéis dar buenas dádivas a vuestros hijos, ¿cuánto más vuestro Padre celestial dará el Espíritu Santo a los que se lo pidan?» (Lc 11:11-13).

Pero, ¿no es ése un argumento *boomerang*? Porque al dirigirse a Ray Bullard y a los pastores pentecostales, esos católicos no han pedido una piedra, ni una serpiente ni un escorpión; y sin embargo es lo que han recibido. Ahora esos amigos se arrepienten de haber orado e impuesto las manos a los católicos que desde entonces han recibido un mal espíritu, según lo que ellos testifican. Lo que debería inquietarlos, por encima de todo, no es tanto lo que esos católicos han recibido, sino más bien lo que ellos les han transmitido. ¿No sería el colmo de la aberración oír a un marido quejarse o indignarse por un sida que su esposa habría tenido de él? Su análisis de la enfermedad de su

esposa sería quizás justo, pero acusarla de haber contraído un sida malo, al mismo tiempo que afirmar que el suyo es bueno, es un asunto serio que exige un examen exhaustivo. Estoy totalmente de acuerdo con los amigos pentecostales cuando ellos dicen que el virus contraído por los carismáticos es malo porque es antibíblico; pero cuando se sabe, por su propia confesión, de dónde se han contagiado y de quienes lo han recibido, ellos deberían ser los primeros en plantearse estas preguntas: ¿Y si fuera el mismo «bautismo del Espíritu»? ¿Y si fuera el mismo «hablar en lenguas»?

CAPÍTULO 2

¿Un mensaje a los hombres?

Vamos a atenernos, a lo largo de este estudio, a este excelente principio enunciado en el capítulo 1 por D. Cormier: «El espíritu que está en contradicción con las Escrituras no puede ser el Espíritu Santo». Este principio ha permitido a los pentecostales críticos poner al descubierto los graves errores de sus compañeros carismáticos y que concluyan de ello: *«Las manifestaciones sobrenaturales (entre los carismáticos) son una señal que les dice que no tienen nada que temer, que están en el buen camino,* ***cuando caminan en el error****... Estas mismas manifestaciones reproducen, más o menos fielmente aquellas que encontramos en el Nuevo Testamento. Es por ello que se puede hablar con razón de* ***falsificación****»* (*Analyse du renouveau charismatique* [Análisis de la renovación carismática], pág. 15). No podemos menos que aplaudir esta clarividencia bíblica, en tanto no la apliquen sólo a los demás. Porque si examinasen su propia doctrina con menos de la mitad del rigor que lo han hecho en el caso de los carismáticos, verían que, como muy bien dicen, «creer que se está en el buen camino gracias a las señales, a los milagros, al hablar en lenguas» es *también* lo esencial de lo que constituye la fe, la fuerza, y el sentimiento de seguridad de ellos. Por ejemplo, cuando se atribuye el rápido crecimiento del movimiento que condenan a las manifestaciones espirituales, ¿no es precisamente de ellas que se enorgullecen o reclaman para explicar y justificar su crecimiento más rápido que el de los evangélicos? ¡Pero es que *nosotros* somos bíblicos! les oímos decir. ¡*Nuestras* prácticas son conforme al modelo de las Escrituras! Eso es lo que vamos a comenzar por examinar en este segundo capítulo.

¿Un modelo escriturario?

¿Qué leemos en la Biblia a propósito del verdadero ejercicio de hablar en lenguas? «Porque el que habla en lenguas *no habla a los hombres,* sino a Dios». (1 Co 14:2). Es lo que, de manera perentoria, Pablo, el más grande doctor de la Iglesia y además conducido por el Espíritu, enseñaba a los Corintios: «... *no habla a los hombres* ...». Este texto, por sí solo, hace vacilar toda la característica pentecostal y agrieta su sistema hasta sus mismos fundamentos. El Espíritu Santo mismo, al cual no se resiste sin riesgos, precisa que no era a los hombres a quienes se dirigían las palabras pronunciadas en lenguas, sino a Dios. Siguiendo el ejemplo de los bereanos (Hch 17:11), que escudriñaban cada día las Escrituras para saber si lo que se les decía era exacto, nada más fácil que examinarlas para saber si es cierto lo que se dice en el movimiento pentecostal sobre este punto preciso. Después de más de treinta años de estrechos contactos con ellos y luego de haber abrazado algunas de sus ideas, he estado muy obligado a admitir que había, acerca de este punto, un desacuerdo flagrante con lo que dice la Palabra de Dios. Primero me incliné ante su autoridad, y luego pasé a una verificación más a fondo del tema. A hermanos muy arraigados en su convicción les he planteado varias veces la pregunta: Cuando en vuestra Iglesia se interpreta a alguien que habla en lenguas, ¿de qué se trata?

Yo no planteaba la pregunta porque no conociese la respuesta, sino para tener, de su propia boca, una respuesta clara que no diera lugar a ambigüedades. Sin ninguna excepción, las respuestas iban en el sentido que había siempre constatado: es una palabra de aliento, o una profecía, o una exhortación o incluso una palabra evangelística. Aquello se dirigía obligatoriamente a los oyentes presentes, a los hombres, y en consecuencia estaba en total contradicción con el Espíritu Santo, quien ha dicho al contrario: «El que habla en lenguas, no habla a los hombres». Resumiendo, el ejercicio de un don que no es conforme a las Escrituras no puede venir del Espíritu de Dios, sino más bien de un espíritu extraño, como tan justamente lo dicen a propósito de sus hermanos carismáticos. Después de

haber recibido las respuestas que acabo de referir, hacía ver a mis interlocutores lo que decía la Biblia de ello. Algunos quedaban como desplomados ante estas claras palabras que no habían visto nunca o que se les había siempre ocultado. Los más inteligentes medían en un instante la amplitud del desastre doctrinal que les alcanzaba: un verdadero Waterloo.

Impedidos de ver

Entre muchos otros, al contrario, constataba como una especie de incapacidad de captar el sentido de estas palabras, sin embargo claras: «... no habla a los hombres». Había como un velo puesto sobre su inteligencia. Decían: ¡Pero claro que es así! Siendo incapaces al mismo tiempo que su «es así» no era en absoluto así, era más bien lo contrario. De entrada, no había en ninguno de ellos ningún afán de ocultamiento, sino un impedimento para ver. Leían bien «no habla a los hombres» pero parecían comprender al revés, respondiendo que Dios debía hablar a su Iglesia por ese medio; algunos llegaban a decir: ¿De qué otra manera nos iba a hablar Dios *a nosotros*?

Uno de mis amigos, un pastor entusiasta, me invitó a una campaña evangelística en su iglesia. Me contó acerca de una dama que, en una conversación privada con él, había hablado en lenguas. «En lo que ella dijo», prosiguió, «discerní un mensaje para mí.» Era una oportunidad ideal. Sencillamente, le pregunté: «¿Cómo concilia usted la idea de un mensaje dirigido a usted personalmente con la declaración bíblica de que "... Porque el que habla en lenguas, no habla á los hombres, sino a Dios"? ¡Usted no es Dios!» Fue como darle con un martillo en la cabeza. Se quedó sin respuesta. Acababa de descubrir un texto que nunca había visto antes, o que no se había tomado el tiempo de examinar. Puso una cara tan triste que lo sentí por él. No le dije que esas lenguas dirigidas a hombres olían a herejía. No le dije también que aquello era o un truco o un engaño. No, le dejé que descubriese por sí mismo que estaba frente a una evidente falacia mística.

Mi más reciente entrevista a este respecto es reveladora de este encegamiento. Me di cuenta que es insuficiente citar el texto

verbalmente. Mi interlocutor seguía su idea y permanecía impermeable a la Palabra de Dios. Me senté a su lado, con la Biblia abierta y le hice leer el texto en alta voz. No servía de nada. Lo intenté más de diez veces. De súbito, se produjo el chispazo. Comprendí de qué se trataba. Fue entonces que se inició su verdadero problema. Comenzaba a medir el alcance de esta verdad que hundía su posición como el iceberg en el costado del Titanic antes de enviarlo al fondo. Pobre amigo, que se estrellaba fácilmente con una Biblia que decía lo contrario de aquello que creía conocer tan bien. Para salir de ese mal paso, no le quedaba otra solución que oponerme las arenas movedizas de sus experiencias. En mi primera obra sobre las lenguas, he informado acerca de la confrontación que tuvo lugar entre mis hermanos en la obra de las Asambleas llamadas darbistas y mi vecino, pastor pentecostal. Este último no pudo realmente oponer nada de peso. óbligado a reconocer que su oponente tenía razón, cerró su Biblia, la puso de lado, y dijo: «Bíblicamente usted tiene razón, pero no puedo renegar *de una experiencia*». Todo estaba allí, en el gesto y en la palabra. La Biblia echada a un lado y la experiencia puesta al frente. Treinta años más tarde, nada ha cambiado. Como lo dice D. Cormier, citado más arriba, *«Vivimos en un mundo donde ya no se cree en la verdad absoluta, sino en verdades relativas subordinadas a la experiencia humana, donde el acento se pone primordialmente sobre la experiencia antes que sobre la doctrina. Hablar en lenguas, experimentar una paz interior, es más importante que conocer la sana doctrina»*.

La última entrevista a la cual hago alusión terminó de la misma forma que la primera. Después de haber hecho notar una vez más a mi interlocutor que su experiencia personal y su observación del hablar en lenguas en su Iglesia se dirigía ciertamente a los hombres, contrariamente a lo que dice la Biblia, le pregunté: «¿Qué va usted a echar de lado: la Palabra de Dios o su experiencia? Tiene que elegir entre ambas. ¿Cuál es?» Sin titubeos y por dos veces seguidas, la respuesta fue: «¡Elijo la experiencia!». Comprensible pero lamentable obstinación, que se explica por esta terrible confesión de un pastor tocante a esta

enseñanza bíblica sobre este punto particular del hablar en lenguas: *«Cuando esta palabra de Pablo comenzó a circular en nuestras asambleas, hizo el efecto de una bomba. ¡La idea no fue conservada porque habría sido necesario admitir que TODO LO QUE SE HABÍA HECHO HASTA ENTONCES ERA FALSO!»*

Desde luego que es falso, pero se hace de manera que no se sepa o que no lo parezca. ¿Cómo lo logran? Hay cuatro medios para ello:

1. Poniendo un acento desmesurado sobre las experiencias. Por ejemplo:

–Se ha cumplido una profecía dicha en lenguas y que tiene que ver conmigo.

–Una exhortación en lenguas convenía al estado de la Iglesia.

–Se ha cumplido una sanidad anunciada en lenguas.

–Habiendo el traductor faltado al compromiso, el predicador continuó en el idioma local, el cual desconocía (anécdota relatada hasta el cansancio y siempre inverificable).

–Se ha revelado una necesidad urgente en lenguas y ha seguido una liberación adecuada.

La fuente es inagotable. Esos testimonios, relatados con aplomo, condicionan a los oyentes, sobre todo a los neófitos, hasta el punto de prevenirlos contra todo descubrimiento posterior de la verdad. Desarrollamos más extensamente el tema de las experiencias en el capítulo 9.

2. El segundo medio es esquivar el texto, como lo ha dicho ese pastor, no conservando ese pensamiento demasiado molesto. Es lo que hacían los rabinos con el capítulo 53 de Isaías con ocasión de la lectura metódica de la ley y de los profetas en las sinagogas. ¡Cuando llegaban al final de Isaías 52, saltaban a Isaías 54! He de afirmar que en más de treinta años de contactos, entrevistas, debates, intercambios fraternales y colaboración con los medios afectados, este texto ha sido siempre cuidadosamente evitado. En su libro en inglés *Veintiuna razones para hablar en lenguas*, dice Gordon Lindsay (no confundir con Hal Lindsay) en su undécima

buena razón que es para hablar a Dios, y elude, sin más, el molesto «no habla a los hombres». Este «silencio» acredita la idea que lo uno y lo otro es igualmente bueno.

3. El tercer medio es encogerse de hombros y considerar el asunto como una cuestión insignificante, con una amplitud de criterio que considera al Espíritu Santo como una veleta: «cierto que la Biblia dice aquello, pero ¿quién puede sondear los designios de Dios? ¿Acaso no es Él soberano? ¿No puede Él servirse de los dones y usarlos como a Él le place?» Vemos adónde eso puede conducir: A todas las herejías del mundo, a volver a dar la palabra al Traidor y a su primera sugerencia: «¿Conque Dios ha dicho?» ¡Todos los males de la humanidad comenzaron ahí! Yo desconfío de una cierta amplitud de criterio acerca de la soberanía de Dios que arrebataría toda soberanía a Su Palabra. Porque si las insondables riquezas de su amor y de su sabiduría pueden dar un hablar en lenguas que se dirige a los hombres, pueden también habernos dado una reina del cielo, una corredentora, un cielo por méritos y una retahíla de santos para invocar.

4. El cuarto medio es encontrar una *defensa,* cueste lo que cueste; sumergirnos en la Biblia en busca de una palabra; una alusión que ponga al Espíritu Santo en conflicto consigo mismo, a fin de respirar más a gusto. Todo el mundo sabe que con este juego se puede hacer decir a la Biblia todo lo que se quiera. De hecho, casi todas las herejías han encontrado su origen en ese tratamiento de la Biblia. Arriesgando exponer su alma a la perdición torciendo el sentido de las Escrituras, como lo dice en 2 Pedro 3:16, ¿a qué texto puede uno aferrarse para intentar decir a la Palabra lo contrario de lo que dice? Algunos creen haber encontrado en la Primera Corintios 14:21: «En otras lenguas y con otros labios *hablaré* a este pueblo». Si Dios habla a este pueblo por medio del hablar en lenguas, es porque Él se sirve de ellas para hablar a los hombres. Notemos primeramente que si tal fuera el sentido a dar a estas palabras, la contradicción entre ambos textos sería total. Basta recordar que todas las señales,

cualesquiera que éstas sean, hablan a los hombres. Es, según Hebreos 1:1, una de las «muchas maneras» que Dios utiliza. Viniendo de Dios, no pueden, claro, servir de señal a Dios, que no necesita de ellas. De esta adoración en lenguas extrañas, Dios, como lo precisa en el versículo 21 de Primera Corintios 14, iba a servirse como señal a ESTE PUEBLO que precisamente pedía señales y milagros (1 Co 1:22). ¿De qué les hablaba esta señal? Puesto que se trataba de una señal constituida por lenguas, lo más lógico del mundo era que aquello les hablase de un asunto de lenguas: de lenguas calificadas de extranjeras en el mismo versículo. Para Dios, se trataba simplemente de decir a ESTE PUEBLO, Su pueblo de Israel, que los extranjeros y las lenguas de las cuales eran portadores, tendrían en adelante el mismo acceso que ellos al Dios de Israel, al punto de poder hablarle a Él como ellos lo hacían. He allí de lo cual esa señal les hablaba, sin no obstante dirigirse a ellos verbalmente. Es lo que explica magistralmente Pedro en su memorable discurso del día de Pentecostés. Ante la pregunta de ellos: ¿Qué significa ese hablar en lenguas extranjeras?, el dio la respuesta de Dios: «Derramaré mi Espíritu sobre TóDA CARNE». Entended sobre todas las lenguas, todos los pueblos, todas las tribus y todas las naciones. Esta señal iba a ser muy expresiva para aquellos judíos que no habían comprendido todavía el llamamiento de los gentiles, de aquellas gentes de lenguas extranjeras.

De igual modo, encontramos en Juan 17 la que ha sido llamada, a justo título, la oración sacerdotal. En primer término, es sólo a Su Padre que se dirigía Jesús. Pero, en segundo término, y sin dirigirnos ni una sola palabra, es a nosotros que Él habla. Esta oración a su Padre *nos habla* de sus peticiones, de sus sentimientos íntimos, de su carácter personal, de su intercesión por nosotros y, por encima de todo, de nuestro gran Sumo Sacerdote. Así sucedía con esas lenguas extranjeras. Al permitir que le fuesen dirigidas de manera milagrosa, Dios comunicaba a su pueblo de Israel que los extranjeros y las lenguas que ellos hablaban tenían desde entonces la misma entrada que ellos tenían al Dios de Israel. Esto es lo que les decía la señal, sin por ello

dirigirse a ellos mismos de manera verbal. Es esto lo que Pedro explica de manera tan magistral en su memorable sermón del día de Pentecostés. A la pregunta de ellos: ¿Qué significa este hablar en lenguas extranjeras?, él da la respuesta de Dios: «Derramaré de mi Espíritu sobre toda carne», esto es, a todas las lenguas, pueblos, tribus y naciones.

Verificación escrituraria

Ahora sólo nos queda verificar lo que dice la Escritura de cada ocasión donde se nos informa de un hablar en lenguas. Citaremos a los mejores autores pentecostales para demostrar, con la ayuda de sus escritos, que en ningún caso hubo alguna vez una sola palabra dirigida a los hombres, aun cuando la señal fue dada para beneficio de ellos.

Donald Gee escribe: «Nuestra información, en lo que atañe a la manifestación dada a los creyentes cuando son bautizados por el Espíritu, *se limita estrictamente a los casos concretos de los Hechos*» (*Glossolalia*, pág. 101). Ello significa que él no quiere tomar en cuenta ninguna otra experiencia que las contenidas en la Palabra de Dios.

I. En Hechos 2 se dice que se les oía «hablar de las maravillas de Dios» en múltiples lenguas reales y contemporáneas. Muchos, equivocadamente, han creído que allí se trataba de la predicación del Evangelio que trajo tres mil personas a la salvación. Pero un examen aun somero de ese capítulo muestra que el hablar en lenguas de aquel día sólo provocó preguntas: fue la predicación de Pedro, y no en lenguas, lo que condujo aquella multitud a la salvación. Donald Gee es, indiscutiblemente, el maestro del pensamiento de los pentecostales. Intentó poner un poco de orden en el movimiento al nivel de las ideas y darle una doctrina en tanto coherente. Para la fracción moderada, fue el hombre más escuchado de su generación. He aquí lo que él dice, en su libro *Les dons spirituels* [Los dones espirituales], acerca del hablar en lenguas en Pentecostés: «El día de pentecostés, todos estuvieron hablando en lenguas antes que se reuniese la multitud. Ante el

fragor que se oía, la multitud acudió oyeron entonces sus propias lenguas en boca de los discípulos, que anunciaban las *maravillas de Dios.* Está claro que esta multitud oyó palabras QUE NO LES ESTABAN DIRIGIDAS. Cuando llegó el momento de predicar, fue sólo Pedro quien se dirigió a la multitud, mientras que los once estaban callados a su lado. Usó el lenguaje común con objeto de que todos pudieran comprenderle... *De este modo queda refutada la afirmación errónea y secular del don para la predicación del evangelio a los gentiles*».

Dennis Bennett es un hombre renombrado por sus escritos en el seno del pentecostalismo. He aquí lo que él dice sobre el mismo tema: «Es sorprendente constatar cuantos cristianos, incluso estudiosos, piensan que las lenguas habladas en Pentecostés eran para proclamar el evangelio en las lenguas de esas personas que escuchaban, porque venían «de todas las naciones bajo el cielo». Pero lo que dice este pasaje es que «moraban en Jerusalén JUDÍOS de todas las naciones...» Eran, simplemente, judíos que vivían en otros países que habían subido a Jerusalén para la fiesta. *No necesitaban que se les hablase en lenguas extranjeras.* Lo que oyeron no era una proclamación del evangelio, sino que oyeron a esos primeros cristianos ALABANDO Y GLORIFICANDO a Dios por las maravillas que El había hecho».

Viniendo de hombres tan destacados, estos testimonios sobre este punto preciso son determinantes y hacemos notar nuestro acuerdo con ellos. Lo que se dijo en lenguas no se dirigía a los hombres, sino a Dios.

II. La segunda mención aparece en la conversión del centurión Cornelio y los de su casa (Hechos 10). La naturaleza de esta glosolalia es idéntica a la primera, puesto que Pedro se refiere a ella al decir a los apóstoles en Jerusalén: «... El Espíritu Santo cayó sobre ellos también, como sobre nosotros al principio», y agrega esta precisión: «Dios les concedió el mismo don que a nosotros que hemos creído en el Señor Jesucristo» (Hch 11:15-17).

III. La tercera y última mención del hablar en lenguas en Hechos 19:6 (la conversión de los doce discípulos de Juan el Bautista) no añade nada más.

IV. La cuarta prueba se encuentra en los textos que sirven de base a este estudio, el capítulo 14 de la Primera Epístola a los Corintios. ¿Cómo ve Pablo la cosa? Solo ve oraciones, cánticos y acciones de gracias en lenguas (vv. 15 y 16). En su enseñanza acerca de las lenguas solamente aparecen la oración y la alabanza. Sin contradicción posible, la oración y la alabanza se dirigen sólo a Dios. No podemos nunca, por tanto, encontrar en ellas un mensaje destinado a los hombres.

V. La quinta prueba está en el versículo clave de este capítulo. Lleva consigo su propia conclusión: «Porque el que habla en lenguas no habla a los hombres, sino a Dios» (1 Co 14:2). Acerca de este punto tan capital, la práctica pentecostal de este don está ya en un completo error. Es al menos tan falsa como la glosolalia de sus gemelos carismáticos. Ya lo hemos leído: *«Una experiencia, el "bautismo en el Espíritu Santo", que atrae a las almas a practicar lo contrario de lo que dice la Escritura, no es del Espíritu Santo»* Así como quitar de su sitio la clave de una ojiva rebajada produce *ipso facto* la dislocación de toda una obra, este primer error acerca del tema de las lenguas hace también que se derrumbe todo el sistema[1] de un solo golpe. «Como grieta que amenaza ruina, extendiéndose en una pared elevada, cuya caída viene súbita y repentinamente; y se quebrará como se quiebra un vaso de alfarero, que sin misericordia lo hacen pedazos; tanto, que entre los pedazos no se halla tiesto para traer fuego del hogar o para sacar agua del pozo» (Is 31:13-14).

[1]Por «sistema» hay que comprender aquí sólo aquello que, entre nuestros hermanos pentecostales, se refiere al don de lenguas. No se formula ningún juicio acerca de su posición doctrinal fundamental que, por otra parte, compartimos. No dudamos de su predicación del Evangelio, a menudo muy fiel, ni de la sinceridad de un gran número de ellos, ni de su celo, ni de su calidad de hijos de Dios.

No es superfluo recordar esta reflexión más arriba: «Cuando esta palabra de Pablo (... no a los hombres) comenzó a circular en nuestras asambleas, hizo el efecto de una bomba. ¡La idea no fue conservada porque habría sido necesario admitir que TODO LO QUE SE HABÍA HECHO HASTA ENTONCES ERA FALSO!»

Si para nuestros amigos pentecostales conservadores el don que ellos han pasado a los demás huele a azufre, nosotros también concluimos en la incontrovertible evidencia de que su glosolalia es igualmente antiescrituraria y de la misma naturaleza que aquella que han comunicado a los carismáticos católicos por la imposición de sus manos.

El hablar en lenguas como adoración u oración

Antes de pasar al siguiente error, no podemos por menos que decir unas palabras acerca de las Iglesias pentecostales que han dado marcha atrás sobre este punto. En sus reuniones continúa la práctica de hablar en lenguas, pero, *siguiendo instrucciones*, la interpretación se ha transformado en alabanza o en oración. ¿Qué pensar al respecto? ¿Se trata de un valiente regreso a un mayor ajuste con la verdad? En esta etapa poco avanzada de nuestro estudio, la respuesta sería sólo parcial, no imparcial. Los capítulos siguientes nos mostrarán otros aspectos voluntariosamente ignorados acerca de este tema, y que nos permitirán definirnos de manera definitiva. Pero nos vemos obligados a constatar que allí donde ha habido rectificación, sólo se cambia la interpretación. El hablar en lenguas es igual a lo que era antes: Son las mismas personas, las mismas articulaciones extrañas, las mismas inflexiones de voz y, sobre todo, volveremos a hablar de ello, los mismos inaceptables desfases cronológicos entre el enunciado en lenguas y el tiempo empleado en su interpretación. De hecho, es como una cadena de montaje de automóviles en la que, habiendo vicios de fabricación y dónde, sin remediar sus efectos, se hubiera decidido que el último toque de pintura sea diferente. Pintada de ese modo, esa «nueva» generación de hablar en lenguas parece más bíblica al final de la

cadena, pero permanece tan alejada de la Biblia y tan defectuosa como la otra en cuanto al fondo. El espíritu que la anima es el mismo. Su interpretación final,[2] sometida como la otra a toda la enseñanza apostólica sobre el tema, o a una simple observación imparcial y objetiva, demostrará de manera fehaciente en qué categoría hay que clasificarla.

Fue en una iglesia de los grupos acabados de mencionar que en 1990 fui orador invitado para su campaña evangelística. Pocos años se habían separado de las Asambleas de Dios por causa de la mundanidad ambiental y de excesos de toda clase en el ámbito de los dones espirituales. Habían llegado a comprender que según 1 Corintios 14:2 el don de interpretación que daba un mensaje a los hombres (y este era casi siempre el caso) no era del Espíritu Santo. De modo que se abandonó esta clase de interpretación, incluso condenada, y reemplazada obligatoriamente por palabras de oración o de alabanza a Dios. Se habían vuelto muy amistosos para con los no carismáticos y se habían vuelto algo tranquilos en sus reuniones. Pero aquella mañana de domingo una mujer prorrumpió repentinamente en lenguas, primero de una manera lastimera, que pronto pasó a un ritmo acelerado y terminó con un hablar en tonos agudos. Estuvo repitiendo una y otra vez «ding a ding a du», unas veinte o treinta veces, quizá más. Luego vino la interpretación, ¡que era una exhortación de lugar común con vistas al servicio de comunión! Después de la reunión, fuera del local, mi mujer y yo nos miramos uno al otro y no pudimos contener la risa, porque, espontáneamente, exclamamos al unísono: ¡«Las Campanas de Corneville»![3] (En realidad, más bien debiéramos haber llorado.) Pocos minutos después el pastor vino a hablar con nosotros, evidentemente consternados, no debido al extraño hablar en lenguas que él parecía no poner en tela de juicio, sino por el milagro complementario de

[2]Tema considerado en el capítulo 6.

[3]«Las Campanas de Corneville» es una opereta francesa muy conocida, donde el coro repite insistentemente el famoso «Ding, ding, dong».

interpretación que había resultado ser un mensaje a los hombres en lugar de ser una palabra dirigida a Dios como enseña el Espíritu Santo. Nos dijo: «Debemos excusar a este hermano; ha dejado las Asambleas de Dios hace poco, y hay cosas que todavía no ha acabado de poner en su sitio.» ¿Pero no era más bien el pretendido «Espíritu» que animaba a esas dos personas el que no estaba poniendo «las cosas en su sitio»? Cuando le hice esta observación, pareció aún más consternado. ¿Dónde estaba el Espíritu Santo en todo aquello? Aquella tarde nos despedimos aparentemente en buenos términos, pero nunca volvió a invitarme a su iglesia.

CAPÍTULO 3

¿Una señal para los creyentes?

Hemos visto en el capítulo precedente que si la señal de hablar en lenguas se dirigía a los hombres, el contenido verbal no se dirigía a los hombres, sino sólo a Dios. De ahí la limitación de este don a la *alabanza* o a la oración.

Abordamos ahora otro aspecto práctico, ampliamente extendido en el pentecostalismo, que confrontaremos con la Escritura. Mi amplia experiencia en casi todo el abanico pentecostal me permite hablar con conocimiento de causa.

No hay que perder de vista que el hablar en lenguas ES UNA SEÑAL. ¿A quién está hoy destinada esta señal? La primera e invariable respuesta es siempre ésta: «Es la señal indiscutida o evidente del bautismo del Espíritu Santo; es la prueba de que el creyente ha entrado en una segunda experiencia de la vida cristiana que le da acceso a los dones del Espíritu, comenzando por el menor, el de las lenguas». Esta señal va pues a *confirmarle,* así como a su *congregación,* que él tiene ahora un «plus» en su vida cristiana. Por consiguiente, visto bajo este ángulo, es una señal para los *creyentes.* Pero eso no es todo: esa señal va a servirle para otras ocasiones.

Ejemplo 1: Este hombre, aún joven y convertido, entró en esta segunda experiencia espiritual. Bajo la presión de circunstancias familiares muy difíciles, su primer amor por el Señor se enfrió (Ap 2:4) y perdió todo contacto con su comunidad. Estaba asediado interiormente por el temor de ser rechazado por Dios. Intentaba de vez en cuando la glosolalia, y como aquello resultaba, experimentaba un gran sosiego. Deducía de ello que Dios no lo había abandonado. (Ya vemos que su hablar en lenguas tomaba el lugar de la fe que es ella sola «la certeza de lo que se

espera, la convicción de lo que no se ve» –Hebreos 11:1.) Según él, ese don le habría preservado del suicidio. Esa señal le mostraba que él, *el creyente,* permanecía aún en la fe. De hecho, él se servía de su don para darse una señal a sí mismo. Era, pues, una señal para él, el creyente que él era.

Ejemplo 2: Las pruebas no le faltaban a ese cristiano: problemas de salud, contratiempos y embates en la familia. Su fe era sometida a una dura prueba. Lo que le mantuvo en pie fue, según su propia confesión, su oración cotidiana en lenguas. Cómo no ver que aquí también la señal reemplaza a la fe, porque lo «que ha vencido al mundo [es] nuestra fe» (1 Jn 5:4). Una vez más la señal se dirigía a un *creyente.*

Ejemplo 3: El pecado se ha instalado de manera permanente en la vida de este hombre. Es consciente de ello pero está cómodo con él. Se juzga por medio del hablar en lenguas y dice con alivio: «Si el Espíritu continúa expresándose a través de mí, es que Él no me desaprueba; no tanto en todo caso como para quitar sus palabras de mi boca». Lo que impresiona aquí es que el juicio de sí mismo a la luz de la Palabra de Dios (1 Co 11:28, 31) es suplantado por una señal que acredita, respecto a un *creyente,* lo que la Biblia condena.

Estos tres ejemplos son sólo un muestrario que demuestra que casi toda la enseñanza y la práctica de los hermanos pentecostales gira alrededor de la señal que Dios habría dado para los *creyentes* y su uso personal. ¿Qué dice de ello la Escritura? Enseña precisamente lo contrario: LAS LENGUAS SON POR SEÑAL, NO A LOS CREYENTES, SINO A LOS INCRÉDULOS (1 Co 14:22). La contradicción es total y el error que sigue no lo es menos, porque es la doctrina misma que es defectuosa. Cuántas veces se han regocijado *creyentes* con otros *creyentes* de la señal que habían recibido. Cuántas veces me han dicho y repetido (y ninguna otra cosa me han dicho acerca de este punto), que el hablar en lenguas era para el *creyente* la señal inicial o evidente del bautismo de Espíritu Santo, siendo así que el mismo Espíritu Santo se defiende energéticamente de ello cuando nos dice que era «UNA SEÑAL PARA LOS INCRÉDULOS».

Un cuarto ejemplo servirá para completar los tres primeros. El hermano Mengano ejerce su don de lenguas en privado, tema acerca del cual nos referiremos más extensamente en el capítulo 6. El beneficio que dice recibir de ello para sí mismo no anula en nada la obligación que ha sido impuesta por el mismo Espíritu Santo, la de llevar a buen fin el uso de este don, a saber, el de servir de señal A LOS INCRÉDULOS. ¿Pero dónde están los incrédulos cuando él ejerce esta señal sólo ante sí mismo y ante Dios? Si un evangelista, poseedor también de un carisma destinado a otros incrédulos, ejerciera su don en privado, teniéndose a sí sólo como oyente, en el momento de la invitación a la salvación que hiciera llamando al creyente que él es, erraría al blanco. Igualmente, en el caso del carisma de las lenguas, el Espíritu Santo lo explica con la misma claridad: el objeto a alcanzar no son los creyentes, sino los incrédulos (J. N. Darby).

Que se nos entienda bien: no ponemos en duda el bautismo del Espíritu Santo ni la realidad histórica del hablar en lenguas. Planteamos simplemente una doble pregunta: 1) ¿Qué espíritu anima a aquellos que atribuyen a la señal de la cual acabamos de hablar una función que el verdadero Espíritu Santo desmiente de la manera más formal? 2) ¿Con qué espíritu pueden haber sido bautizados aquellos que ponen bajo el almud esta verdad tan luminosa de Primera Corintios 14:22? ¿Por qué se sienten disgustados en cuanto se les hace esta observación? Y considérese feliz si no cae sobre un extremista que, enojado porque usted cree en lo que ha dicho el Espíritu Santo, le acusará de pecar contra Él.

Presentamos nuestra conclusión de forma gráfica: Un puente que tuviese diez pilares sería impracticable si le llegaran a faltar solamente dos. Ahora bien, acabamos de asistir al desplome de dos de ellos: a) la palabra en lenguas a los hombres y b) la señal para los creyentes.

La identidad de los incrédulos

Después de haber descubierto que contrariamente a la creencia y a la práctica casi generalizada, la señal de las lenguas no se dirigía a los creyentes, sino a los incrédulos, queda por

descubrir la identidad exacta de esos «incrédulos». Veamos en qué marcos se ha ejercido la señal, a fin de descubrir allí de que «incrédulos» se trata (J. N. Darby).

I. En Hechos 2, en Pentecostés en Jerusalén, ¿a quienes encontramos? A una multitud de «judíos, varones piadosos, de todas las naciones bajo el cielo». No se puede acusar de ateos a personas cuya piedad y fervor espiritual impulsaron a un largo, penoso y costoso viaje que les hacía venir de sus países respectivos a Jerusalén para la gran fiesta religiosa. Si eran incrédulos, no lo eran ciertamente en el sentido del ateísmo, del escepticismo o de la indiferencia. No es de ese lado que hay que investigar su incredulidad.

II. En Hechos 8, en el relato de la conversión de los samaritanos, aunque no se menciona el hablar en lenguas, algunos piensan que se sobreentiende. Se buscaría en vano a los ateos o aún a los inconversos, puesto que habían creído en el Señor Jesús. Hay pues, en alguna parte, una incredulidad subyacente que justificaría la aparición de la señal.

III. En Hechos 10 se convierten los primeros gentiles de la casa de Cornelio. Ahí también aparece la señal, pero ¿dónde están los incrédulos? Está presente Pedro, el apóstol, quien es testimonio del fenómeno, pero él es un creyente. A menos que haya guardado en su corazón un rincón para albergar una duda de fe. ¿Cuál? En la vida de los creyentes se encuentra a menudo escondida una incredulidad latente, sin que ello los clasifique entre los perdidos. Es al creyente Tomás que el Señor reprochó una incredulidad de un tipo particular (Jn 20:27). ¿Acaso no es todo un pueblo de creyentes el que no entró en la tierra prometida a causa de una cierta forma de incredulidad? (He 3:19).

En Marcos 9:19 Jesús todavía ha de decir a sus discípulos: «¡óh generación incrédula! ¿Hasta cuándo he de estar con vosotros? ¿Hasta cuándo os he de soportar?» Y ¿quién de entre nosotros no ha debido, más de una vez en su vida, tomar a su

haber las palabras del padre del niño que los discípulos, en esta ocasión, no habían podido liberar: «Creo, Señor, ayuda a mi incredulidad»? (v. 24).

IV. En Hechos 11, la señal de la casa de Cornelio es referida por Pedro a los apóstoles el Jerusalén, los cuales, evidentemente, no son incrédulos, a menos que entre ellos quede también un resabio de incredulidad que queda por determinar.

V. En Hechos 19 se convirtieron a Cristo unos judíos, discípulos de Juan el Bautista, y la señal aparece de nuevo. No encontramos allí una incredulidad visible más que en otro lugar, en todo caso no en el sentido en que la entendemos en nuestros días. Sin embargo, en todos estos casos se alberga una incredulidad importante, puesto que el Espíritu Santo le opone la señal adecuada. No hay que ir a buscar muy lejos para descubrirla. La Primera de Corintios 14:21 nos da la respuesta: «...hablaré a ESTE PUEBLO». Se constata que en otras partes donde la señal se manifiesta estamos en presencia de JUDÍOS, y que allí donde no se encuentra, como en Atenas y en Malta, la señal tampoco aparece.

Así, será suficiente con descubrir la naturaleza de la incredulidad que les era común a todos. Nadie necesita apelar a Sherlock Holmes o al Inspector Colombo. En cuanto conozcamos el espíritu que animaba a los judíos, tanto convertidos como inconversos, tendremos el hilo de Ariadna que va a conducirnos directamente a la solución. ES EN LA NATURALEZA MISMA DE LA SEÑAL QUE DESCUBRIMOS LA NATURALEZA DE SU INCREDULIDAD. La señal, como está escrito, se refería a las *lenguas extranjeras,* es decir, a los extranjeros con respecto a los judíos, o a las lenguas extranjeras con respecto al idioma arameo. La señal denunciaba y corregía su falta de fe hacía aquellos que hablaban lenguas ajenas a la suya, es decir, los paganos. La señal de las lenguas fue apropiada para este extraordinario acontecimiento de Pentecostés, que era la entrada de personas de lenguas extranjeras en la Iglesia que nacía aquel

día. El hablar en lenguas era la proclamación en forma de señal de esta gran verdad. Dios inauguró aquel día un nuevo pueblo, un nuevo cuerpo compuesto por personas que hablaban hebreo, a saber, por los judíos y por los paganos, y a los cuales Él va a dar una nueva identidad espiritual: la Iglesia, cuerpo de Cristo, en el cual ya no se cuenta en términos de judíos o griegos o bárbaros, circuncisos o incircuncisos (Col 3:11). Ahora bien, es precisamente eso lo que los judíos no querían creer. No solamente se oponen a todos los hombres, impidiéndonos hablar a los gentiles para que se salven (1 Ts 2:15, 16), pero había más aún. Como lo dice C. I. Scofield en su Biblia de referencia (pág. 1343): «la intención divina era hacer de los no judíos una nueva identidad: la Iglesia, constituyendo el cuerpo de Cristo formado por el bautismo del Espíritu Santo *que hace desaparecer toda diferencia entre judíos y no judíos*». La idea de ser uno con los extranjeros era más de lo que podían soportar. Todo su atavismo hebraico les hacía experimentar repugnancia al sólo pensarlo. Era, sin embargo, aquello que debían comprender primeramente y aceptar en seguida. Dios va a darles la señal más adecuada para hacerles comprender aquello que no podían creer: que Él hace, milagrosamente, hablar a los judíos en las lenguas de esos extranjeros. Dios puso así en esas lenguas paganas la adoración de los judíos.

La analogía de la fe

Si llegados a este punto la demostración parece aún bíblicamente débil a algunos, bastará con incorporarle lo que Calvino llamaba la «analogía de la fe», es decir, una visión de conjunto de la Palabra de Dios. Es peligroso conocer una doctrina sólo por migajas, de oídas, o, a través de experiencias que pretenden referirse a ella. He constatado más de una vez que textos y aún párrafos enteros, que han hablado claramente por dos mil años y aún más, se nos pueden escapar. Una lectura simple pero atenta de la Biblia hace desarrollarse ante nosotros la película de la feroz oposición de los judíos a todo lo que no era ellos mismos.

Vemos a Jonás, que detesta a los Ninivitas hasta el punto de desobedecer a Dios. Huirá a Tarsis antes de llevarles la palabra de salvación. Discutirá con Dios y deseará abiertamente la destrucción de la inmensa metrópolis asiria. Para él, Jehová era el Dios de Israel y de nadie más, en todo caso no de esa nación de lengua extranjera. Llegará, en su despecho, hasta a pedir la muerte para sí mismo. «Si Nínive vive, que Jonás muera». Reprochará a Dios aquello que es Su gloria: ser el Salvador de los hombres de todas las lenguas, tribus, pueblos y naciones. Este espíritu de oposición y de incredulidad sólo se reforzará con el transcurso de los siglos. Ellos son de Jehová y Jehová es de ellos: el círculo integrista se ha cerrado. Los demás son malditos. Toda tentativa de fraternización o de tolerancia hacia personas de otras lenguas los erizará de odios que alcanzarán cimas espantosas. ¡Muerte a las otras lenguas y a los pueblos que las hablen!... La mera sugerencia de que gente de otra lengua, ajena a la suya, sean beneficiarias a la bondad de Dios, significaba arriesgar la vida. Ellos condujeron al Señor Jesús hasta la cumbre del monte para despeñarlo cuando Él les dijo: «Había muchas viudas en Israel en los tiempos de Elías... pero a ninguna de ellas fue enviado sino a una mujer viuda en Sarepta, en Sidón». Jesús añadió para su gran y mayor enojo: «muchos leprosos había en Israel en tiempo del profeta Eliseo... pero ninguno de ellos fue limpiado, sino Naamán el sirio». Era, a sus ojos, más de lo que era necesario para merecer la muerte.

Complejo de superioridad

Ni siquiera los samaritanos, aunque relacionados con ellos, escapaban de esta oposición racista, hasta el punto de que un día, porque no habían sido recibidos en una de sus aldeas, sus discípulos le preguntaron: «Señor, ¿quieres que mandemos que descienda fuego del cielo y los consuma?». Jesús tuvo que responderles: «Vosotros no sabéis de qué espíritu sois». Una de las peores injurias que se le podía hacer a un judío era tratarlo de samaritano. Cuando habían dicho aquello lo habían dicho todo y escupían en el suelo. Cuando, más tarde, volvieran hacia aquellos

mismos samaritanos, pedirían para ellos no ya un bautismo de fuego, sino el bautismo del Espíritu. Aquella antipatía feroz hacia los paganos les venía de lejos. Era el cumplimiento literal de la palabra profetizada 1.500 años antes: «Yo también los moveré a celos con un pueblo que no es pueblo. Los provocaré a ira con nación insensata» (Dt 32:21). Pueblo escogido ciertamente lo eran, pero habían pervertido en ello el sentido deseado por Dios. Toda su historia debía ser la de un pueblo testigo, puesto aparte y separado de los otros pueblos. Pero esta separación en cuanto al mal, las abominaciones y la idolatría de esos pueblos, no quería decir odio, desprecio, orgullo y sentimientos de superioridad. Se habían vuelto, por decirlo así, más monárquicos que el rey, yendo hasta excluir a todos aquellos que no fuesen ellos mismos y a aprisionar a su Jehová en vez de revelarlo a los demás. Por eso, cuando Dios se revele a los paganos, se cumplirá la profecía a la letra y su celo estallará a la luz del día. En Tesalónica, los celosos judíos tomaron con ellos hombres malvados del populacho, juntando una turba, y alborotaron la ciudad (Hch 17:5). En Antioquía, «viendo los judíos la muchedumbre, se llenaron de celos y rebatían lo que Pablo decía, contradiciendo y blasfemando» (Hch 13:45). Cuando oyeron a Pablo y Bernabé decir: «Te he puesto para luz de los *gentiles* a fin de que seas para salvación hasta lo último de la tierra», suscitaron una persecución contra Pablo y Bernabé, y los expulsaron de su ciudad (Hch 13:50).

En las gradas de la fortaleza

Las cosas se repiten con encarnizamiento en Jerusalén, donde Pablo ha regresado. ¡Qué relato el de Hechos 22! Pablo, preso, de pie en las gradas de la fortaleza, hace señal con la mano al pueblo y pide la palabra. Habla en lengua hebrea y se hace un gran silencio. Todos retienen la respiración para oír mejor. Pablo relata su encuentro con Cristo camino a Damasco. Están en suspenso y nadie lo interrumpe. Sin parpadear le escuchan hablar de su pasado, de sus títulos, de sus actividades, de su celo por la causa judía. Les habla de la aparición de Jesús y no se inmutan. Pero en

el preciso instante en que comienza su frase «Pero el Señor me dijo: Ve, porque yo te enviaré lejos a los gentiles...» la frase quedó en suspenso. Le oyeron hasta la palabra «*los gentiles*». Gritaban y arrojaban sus ropas y lanzaban polvo al aire, diciendo: «Quita de la tierra a tal hombre, porque no conviene que viva». ¿Qué les hizo estallar de esa manera? La idea de que Dios sería Dios de todo hombre de toda lengua. Es fácil comprender por qué el hablar en lenguas es la señal de esta gran verdad y que para «este pueblo» era el medio de acceder a esta verdad. Es esta incredulidad lo que les llevará a tramar un complot y a juramentarse bajo maldición, diciendo que no comerían ni beberían hasta que hubiesen dado muerte a Pablo, el apóstol de los gentiles, aquel que hablaba en lenguas más que todos (Hch 23:12). Jonás hizo lo mismo. Se enojó con el Señor y se sentó al oriente de la ciudad, a la espera de su destrucción. Y allí, bajo la calabacera, se lamentó porque el castigo tardaba en venir, ocupado en sus espantosos pensamientos, anhelando la muerte de un pueblo al que Dios deseaba salvar.

Hasta los apóstoles

Jonás, que reprocha a Dios que perdone a Nínive, es, en cierta forma, el padre espiritual de los apóstoles incrédulos que disputaron con Pedro porque había anunciado el Evangelio a los gentiles (Hch 11:1-3). ¡Pasmoso! Espiritualmente hablando eran duros de oídos, y Pedro lo era también. Aún cuando había vivido ese suceso extraordinario de Pentecostés y había hablado en lenguas aquél día, para ir hacia las personas de otras lenguas, lo cual le repugnaba, tuvo que tener la visión de un gran lienzo lleno de animales que él consideraba inmundos. Tres veces el Señor tuvo que decirle y repetirle: «Lo que Dios limpió no lo llames tú común», antes de que decidiera ir y reconocer que «Dios no hace acepción de personas, sino que en toda nación se agrada del que le teme y hace justicia» (Hch 10:9-16, 34-35). Por otra parte, sólo después de aquello pronunciará él la célebre palabra «todos», en el seno de una frase clave de uno de los mayores momentos de la historia: «De éste dan testimonio todos los profetas, que *todos* los

que en el creyeren, recibirán perdón de pecados por su nombre» (Hch 10:43). Esta palabra *todos* permite hablar de un aspecto muy importante de Juan 3:16. Este versículo, que millones de cristianos conocen de memoria, contiene una verdad doctrinal que escapa a muchos. Jesús dijo a Nicodemo: «Porque de tal manera amó Dios...» ¿a quién? *AL MUNDO*. Nunca un judío habría dicho aquello: ni Jonás, ni Pedro, ni los demás. Todos habrían dicho: ¡Porque de tal manera amó Dios a ISRAEL! Ya tan temprano en el Evangelio, el Señor anuncia el alcance de su amor y de su salvación: el mundo entero, compuesto de naciones, pueblos, tribus y lenguas. Sobre la cruz, la sentencia de su condena estaba escrita en tres lenguas: en latín, la lengua judicial; en griego, la lengua comercial; en hebreo, la lengua religiosa. En su ignorancia, los autores de este rótulo proclamaban el tema universal del Evangelio. Este letrero llevaba en germen el gran mandamiento que iba a resonar algunos días más tarde: «Id, y haced discípulos a todas las naciones...». Pero esta verdad, que les había entrado por un oído, había salido de inmediato por el otro.

La enseñanza de las epístolas

Veamos ahora la enseñanza de las epístolas. Cuando Juan escribió la primera, insertó esta frase que se da tan naturalmente por sabida que parece superflua: «Él es la propiciación por nuestros pecados; y no solamente por los nuestros sino también por los de todo el mundo» (1 Jn 2:2). ¡Por supuesto! Pero aquello no era tan evidente para los judíos. Juan, apóstol de la circuncisión, es decir, de los judíos, ejercía su apostolado prioritariamente entre ellos. Debía sin cesar recordarles que el perdón de Dios, adquirido por la muerte de Cristo en la cruz, no era sólo para ellos sino para todas las personas de todas las lenguas en el mundo entero. Hasta en Apocalipsis, sesenta años después de Pentecostés, Juan volverá varias veces a la carga. En numerosas ocasiones hablará de un «cántico nuevo» que contrasta con el cántico de Moisés. ¿Cuál era el tema del cántico de Moisés? Las relaciones de Jehová con el pueblo elegido y

rescatado. Casi no sobrepasa este marco. Es el cántico del viejo pacto con Israel. ¿Qué dice ahora el cántico nuevo del nuevo pacto? «Con tu sangre nos has redimido para Dios, *de todo linaje y lengua y pueblo y nación...*». El cántico de Israel no llegaba hasta aquí. Esta dimensión mundial se les escapaba. Para asirse de ella necesitaban de la enseñanza apostólica, la iluminación interna del Espíritu Santo y una señal externa correspondiente, el hablar en lenguas extranjeras.

¿Un misterio?

Pablo, el doctor de la Iglesia, explica en su carta a los Efesios que los gentiles y los judíos forman un solo cuerpo y participan de la misma promesa (Ef 3:6). Hoy día esto no tiene para nosotros nada de misterioso, pero Pablo lo llamará un misterio. Porque para los judíos, participar de las mismas promesas que los gentiles era una verdad oculta (Ef 3:9) que no podían comenzar a comprender sino con ayuda de la señal de las lenguas, porque los judíos piden señales (1 Co 1:22). Siguiendo el ejemplo de Jonás, querían que hubiera hombres salvos, sí, pero no todos, sobre todo, no los extranjeros, mientras que Dios quiere que haya salvados de entre todos los hombres (1 Ti 2:4). Esta novedad (para los judíos) volverá Pablo a decirla bajo otra forma a Tito. Le recordará que debe decir y enseñar que la gracia de Dios se ha manifestado para salvación a «*todos los hombres*» (Tit 2:11). Aquello no se daba por sabido entre los nuevos Jonases del Nuevo Testamento. Fue necesario un superdotado, un hombre de la envergadura de Pablo, para asimilar rápidamente esta verdad, y de su temple para hacer frente a todos, incluso a Pedro (Gá 2:5). Será necesario que Pablo emplee toda su energía para convencerlos. Entre ellos y los extranjeros habían erigido una especie de muro de Berlín. Pablo derriba este muro de la vergüenza coronado de miradores teológicos, primeramente hablando ante ellos y por el Espíritu Santo las lenguas de aquellos que estaban al otro lado del muro; más aún, enseñándoles que Cristo es la paz para aquellos que están a ambos lados del muro. Él les dice que de ambos hizo uno, derribando la pared intermedia de separación, la enemistad, y que

Él ha creado en Sí mismo de los dos un solo y nuevo hombre por medio de la cruz, matando en ella las enemistades; que Él vino a anunciar las buenas nuevas de paz a aquellos que estaban lejos (los gentiles) y a los que estaban cerca (los judíos), porque por medio de Él los unos y los otros tenemos entrada por un mismo Espíritu al Padre (Ef 2:11-17). ¡Aleluya! Extasiado, Pablo exclama: «A mí, que soy menos que el más pequeño que todos los santos, me fue dada esta gracia de anunciar entre los gentiles el evangelio de las inescrutables riquezas de Cristo ...» (Ef 3:8). Lamentablemente, no todos compartirán esta gloriosa convicción. Su irreductible oposición iba a exponerles al terrible bautismo de fuego, porque «se oponen a todos los hombres, impidiéndonos hablar a los gentiles para que éstos se salven; así colman ellos siempre la medida de sus pecados, pues vino sobre ellos la ira [que desearon para los demás] hasta el extremo» (1 Ts 2:15-16). Estas lenguas extranjeras, anunciadoras de un tan grande Evangelio, señal de un pacto nuevo y mundial, iban a llegar a ser para ellos lenguas portadoras de juicio. La ira de Dios iba a abrasarlos, y serían como la paja que se quema en el fuego (Mt 3:12).

La visión de Pedro

Es Pedro, el creyente incrédulo, el que nos dará una prueba irrefutable y decisiva de que era efectivamente ésta la naturaleza de la no creencia con la que tenía que ver la señal de las lenguas. Dios va a darle otra señal, idéntica al hablar en lenguas, e igualmente adaptada a la misma necesidad. Aunque había vivido la experiencia de Pentecostés, había experimentado el don y había dado por inspiración divina una explicación cuyo alcance le sobrepasaba, lo mismo que en el caso de Caifás con las palabras proféticas que había anunciado tocante a la muerte redentora de Jesús (Jn 11:51), Pedro se sustraía todavía a esta gran verdad que él había proclamado sin comprenderla completamente: «Derramaré de mi Espíritu sobre toda carne», es decir, sobre los judíos y sobre los no judíos. Ahí está para recordárnoslo, si aún fuese necesario, el triste episodio de Gálatas 2:11-14, donde «se retraía y apartaba de los gentiles». Para enviarlo a casa de

Cornelio, el centurión extranjero, Dios tuvo que vencer la resistencia de su incredulidad. Esto nos es recordado de manera extensa en los capítulos 10 y 11 del libro de los Hechos. ¿Cuál era el significado de ese lienzo que descendía del cielo y lleno de animales *inmundos* de acuerdo con la ley de Moisés y que Pedro no había tocado nunca? Aquello representaba todo lo que no era judío, es decir, todos los pueblos de lenguas extranjeras. No nos imaginamos ni por un instante que aquella señal debiera convencer a alguna persona que no fuera judía, porque sólo ellos debían ser convencidos de abandonar esa incredulidad específica y que dejasen de considerar como impuras a las personas y a sus lenguas, a quienes Dios tenía por limpios hasta el punto de hablarles por su Espíritu Santo. El don de lenguas tenía exactamente el mismo significado. Pedro, a causa de su judaísmo, tenía esta tendencia natural, vanamente heredada de sus antepasados (1 P 1:18), de no creer en el llamamiento de los gentiles; por eso tenía necesidad de esa visión-señal. De la misma manera, los demás judíos (ya salvados o que iban a entrar en este nuevo pacto) tenían igualmente necesidad de una señal que dijera lo mismo. Esa señal en lenguas extranjeras, como la triple visión de Pedro, les enseñaba que la salvación era para «todo aquél», para «toda carne», para «toda lengua». Si bien hemos dicho que la visión de Pedro y el hablar en lenguas eran una misma cosa, es necesario comprender que aunque la mercancía es la misma, el envoltorio es diferente. Tomando en cuenta estas diferencias de presentación, descubrimos puntos forzosamente comunes en estas dos señales, y que no se encuentran en ninguno de los otros dones del Espíritu.

Las dos señales, comparadas

I. La visión fue dada a un creyente, pero tenía que ver con su incredulidad. Igualmente el hablar en lenguas era ejercido por creyentes y tenían que ver con el mismo tipo de incredulidad.

II. La visión era una señal para los apóstoles de Cristo (¡sí, así mismo!), que aún no creían en la salvación de aquellos que no

hablaban la misma lengua de ellos. La visión de Pedro y el hablar en lenguas de las personas de la casa de Cornelio llevaron a los apóstoles a creer finalmente que Dios había otorgado a los extranjeros el mismo don que a ellos y a exclamar con asombro: «¡De manera que también a los gentiles ha dado Dios arrepentimiento para vida!» (Hch 11:18).

III. La visión se repitió sólo un número limitado de veces y luego se retiró al cielo, pero su significado nos es recordado cada vez que leemos los capítulos 10 y 11 de los Hechos. Igualmente el don de hablar en lenguas fue limitado y el fin de su ejercicio fue claramente anunciado por el Espíritu Santo en Primera Corintios 13:8. Como en la visión de Pedro, su significado nos es recordado cada vez que leemos los relatos que se le refieren.

IV. La visión explicaba la dimensión universal y políglota de la nueva predicación. Igualmente sucedía con el don de lenguas; demostraba a los partidarios del «solo Israel» que el evangelio se extendía también a «toda lengua».

V. La visión sólo encontró su plena explicación en la conversión de Cornelio. Igualmente el hablar en lenguas no se comprende plenamente sino a la luz de la conversión de los pueblos «de lenguaje extraño y de lengua bárbara», es decir, de los no judíos.

VI. La visión de Pedro sería inoportuna en una asamblea de creyentes ya convencidos de la universalidad de la oferta de salvación. Lo mismo sucede con el don de lenguas; no es una señal para tales creyentes y estaría fuera de sitio si se ejerciera en medio de ellos.

VII. Pedro fue personalmente edificado por la visión, pero solamente en el sentido de aquello que le enseñaba y no más allá. No se podía retener ni añadir ningún otro significado que aquel. Así sucedía con aquellos que hablaban en lenguas; eran

edificados dentro de los límites de lo que esta señal quería decir y nada más. Esta idea, completamente nueva para ellos, les decía, bajo la forma de una señal, que el Espíritu de Dios era derramado sobre «toda carne, toda lengua» y que, ¡ oh, misterio!, los gentiles formaban parte en adelante de un solo cuerpo y compartían las mismas promesas (Ef 3:6).

VIII. Si la visión se repitió tres veces para Pedro, una vez bien comprendido el mensaje hubiera sido inconcebible que él cultivara aún su búsqueda durante el resto de su ministerio. De igual modo, el hablar en lenguas es relatado tres veces en Hechos 2, 10 y 19 *y* hasta que la Iglesia, entonces apostólica y judeocristiana, lo hubiera comprendido perfectamente y no más allá. Porque si las lenguas y lo que ellas significan debieran aún ser buscadas en nuestros días, el mismo principio debe aplicarse a la visión de Hechos 10. Hay que buscar ambas. ¿Pero QUIÉN, en la Iglesia de hoy, compuesta de pueblos, tribus, naciones y lenguas, tiene todavía necesidad de saber, a fuerza de señales repetidas, que el Espíritu de Dios ha sido derramado sobre todos los pueblos, naciones, tribus y lenguas? Asimismo, la visión de los animales impuros y de la señal de las lenguas decían exactamente las mismas cosas a ESE PUEBLO judío, en estado de no creencia con respecto a esta verdad, que el acceso al Dios de Israel era libre y sobre todo que la entrada al cuerpo de Cristo estaba en adelante abierta a los extranjeros y a los bárbaros, cuyas lenguas eran habladas milagrosamente por el Espíritu Santo.

Un fundamento seguro

Fundamentados sobre la roca inconmovible de las Escrituras, concluimos con esta palabra incontrovertible que el Espíritu Santo hizo escribir al apóstol Pablo: «¡En otras lenguas y con otros labios hablaré a ESTE PUEBLO!» ¿Y cuál era ESTE PUEBLO a quienes estaba destinado el hablar en lenguas? Plantear la pregunta es dar la respuesta: en el Nuevo Testamento, la expresión ESTE PUEBLO se encuentra dos veces y, sin excepción, en todas se designa a Israel y sólo a Israel.

A riesgo de repetirnos, es preciso volver a decir que el PROPOSITO del hablar en lenguas es explicado luminosamente por el mismo relato de Pentecostés y más precisamente en este decisivo texto: «Derramaré de mi Espíritu *sobre toda carne y todo aquel* que invocare el nombre del Señor, será salvo». Todo aquel... toda carne... ¡He ahí su propósito!: *Decir a esos irreductibles judíos llegados de todas partes que el Evangelio era también para las personas de todas partes.* Esto permitirá a Pablo concluir que las lenguas son una señal, no para los creyentes *sino para los incrédulos.* Pablo, conducido por el Espíritu Santo, revela con exactitud la identidad de esos incrédulos, y los nombra: los judíos. «Es en otras lenguas que hablaré a ESTE PUEBLO».

La insignia del Sheriff

Algunos preguntarán: Si la señal era sólo para los judíos, ¿Por qué los gentiles de la casa de Cornelio hablaron también en lenguas? En la América de antaño, donde no era aún obligatorio llevar uniforme de policía, el representante de la ley llevaba a lo menos una señal distintiva pendiente del pecho, la famosa estrella del *sheriff.* Esta insignia acreditaba a la población ,y sobre todo a los pillos del lugar, que la autoridad de la cual hacía uso no era usurpada, sino perfectamente legal. Igualmente Cornelio, por medio de la señal-insignia, irrefutable, divinamente «prendida» en su lenguaje, acreditaba frente a un Israel aún incrédulo sobre este punto capital de doctrina, que el gentil que él era entraba con pleno derecho en la Iglesia, con el mismo título que los judíos convertidos. Si Cornelio habló en lenguas fue para que Pedro pudiese informar a los apóstoles judíos, que no otorgaban todavía ese derecho a los gentiles, que el Espíritu Santo descendió «sobre ellos también, *como sobre nosotros al principio.* ... Entonces, oídas estas cosas, callaron». Este último verbo demuestra hasta qué punto la predicación de la gracia a las naciones los había puesto en ebullición. Era para «este pueblo» la señal de que su Dios aceptaba las lenguas extranjeras sobre la misma base que a los puros hijos de Israel. Debieron reconocerlo con esta

exclamación, primero asombrada y luego maravillada: «¡De manera que también a los gentiles ha dado Dios arrepentimiento para vida!» Cornelio era el portador de una señal, pero la señal era para «este pueblo», comenzando por los mismos apóstoles.

Los discípulos en Éfeso

El episodio de Éfeso (Hch 19:1-7), donde doce hombres hablan súbitamente en lenguas, tiene el mismo sentido. Esos judíos, discípulos de Juan el Bautista, y bautizados por él con el bautismo del arrepentimiento, que era para ese pueblo, estaban en Éfeso, que es Turquía en el Asia de hoy. Grandes viajeros ante Jehová como muchos otros judíos, vivían en comunidades o en minicolonias, guardando celosamente su identidad cultural judía en el seno de las comunidades gentiles que los rodeaban. Ahora bien, el Evangelio había comenzado a penetrar esas masas gentiles, y ya se constituían Iglesias allí. Frente a su natural rechazo a creer aquello, el Espíritu Santo, por medio de su bautismo, unía a esos «judíos y griegos en un solo cuerpo» (1 Co 12:13), de tal manera que las lenguas de esas personas se apoderaban milagrosamente de la suya para alabar al Dios de Israel, quien llegaba también a ser, ante los propios ojos de los judíos, el Dios de las naciones. Aquellos doce hombres, gente de ESTE PUEBLO, necesitaban de la señal de las lenguas para ser edificados tocante a la dimensión mundial que Su Jehová daba ahora a su salvación.

En más de una ocasión, he constatado hasta qué punto la inteligencia espiritual de algunos cristianos estaba oscurecida acerca de este punto de doctrina. Recientemente hice la siguiente experiencia: a tres amigos, recientemente convertidos y con un bastante bajo nivel educativo, les leí dos veces, lentamente, el relato de la visión de Pedro. Hice lo mismo con tres niños que tenían, uno ocho años y los otros dos, nueve años. Les pregunté en seguida qué habían comprendido. Con algunos titubeos muy excusables, me dieron la respuesta correcta, resumiendo de esta manera: «Pedro comprendía que él podía ir a hablar de la salvación a los extranjeros». Ahora bien, es necesario destacar

que en el relato de Hechos 10 la expresión tan evocadora de «lenguas extranjeras» ni aún se mencionaba y sin embargo, el mensaje fue recibido en forma completa por personas sencillas.

En cambio, hay gentes, en ocasiones de formación universitaria, que se jactan de ser conducidos, iluminados y animados por el Espíritu de verdad, a pesar del hecho de que en la expresión «lenguas extrañas» se encuentra escrito de manera evidente el concepto de extranjeros y de sus lenguas, y estas personas están como impedidas de ver el sentido de la señal con la que se identifican y que, como la anterior, significaba: a todo extranjero, a toda lengua; en una palabra: «a toda carne». Eso se lee sin necesidad de lupa y se comprende sin mayor explicación. De este modo, unos niñitos inconversos y unos nuevos convertidos de limitada instrucción han comprendido lo que la visión señalaba a Pedro, pero los «bautizados en el Espíritu» son incapaces de captar lo que indica tan directamente la señal de la cual hablan con mayor frecuencia¡

¿No es a algo semejante a lo que se aplica la palabra del Señor?: «De tal manera que se cumple en ellos la profecía de Isaías, que dijo: De oído oiréis, y no entenderéis; y viendo veréis, y no percibiréis. Porque el corazón de este pueblo se ha engrosado, y con los oídos oyen pesadamente, y han cerrado los ojos, *para que no vean* con los ojos, y oigan con los oídos, y con el corazón entiendan, y se conviertan, y yo los sane» (Mt 13:14-15).

CAPÍTULO 4

Jesús y las lenguas

Lo que ahora va a ayudarnos aún más a captar el verdadero PROPOSITO del don de lenguas es el ejemplo de Jesús, siendo el Señor en su persona la explicación de su doctrina. Pero aquí tenemos que argumentar en base del silencio. Expliquémonos.

En el Nuevo Testamento, es Jesús el primero que anunció esta señal: «Y estas señales seguirán… hablarán nuevas lenguas» (Mr 16:17). ¡Pero el hecho perturbador es que Jesús nunca habló en lenguas! Esta sencilla constatación siembra el desconcierto en las filas de los que, reclamando el ejemplo del Maestro que permanece el mismo ayer, hoy y por los siglos, se ven obligados a constatar que el vacío es total. ¿Cómo van a resolver este dilema?

Citamos a continuación dos lamentables explicaciones, diametralmente opuestas entre sí, y que demuestran hasta qué punto es imposible leer la Biblia serenamente cuando se ha puesto el dedo en el engranaje del error.

El primer subterfugio viene de un pastor pentecostal que dice así: «Si Jesucristo nunca habló en lenguas es porque era perfecto y, por lo tanto, no tenía necesidad de edificarse». El apóstol Pedro pondría al autor de esta afirmación en la categoría de «personas *ignorantes* que tuercen las Escrituras para su propia perdición» (2 P 3:16). Invocar la ausencia del don en nombre de la espiritualidad es una triste demostración de la más flagrante mala fe. A lo que constituye sólo una escapatoria, respondemos con una muy simple pregunta: ¿Por qué nuestro Señor exigió a Juan el Bautista que le administrase el bautismo de arrepentimiento, puesto que él no tenía necesidad de arrepentirse? Sin embargo, lo hizo. Y si lo hizo era, como Él mismo lo dice, para cumplir lo que

era justo y útil que supiéramos. Así, si el divino Hijo de Dios no habló nunca en lenguas, es porque Él sabía que, contrariamente al arrepentimiento, la casi totalidad de su Iglesia no lo necesitaría nunca. La realidad histórica confirma esta aserción.

La segunda explicación es casi peor que la primera. Despreciando el silencio de las Escrituras, algunos se atreven a decir (y lo escriben) a la inversa de lo primero: «No podemos imaginarnos ni por un solo instante que Jesús no haya hablado nunca en lenguas. Ciertamente Él lo hizo, porque no todo lo que Jesús dijo e hizo está en la Biblia (Jn 21:25). ¿Acaso estábamos nosotros allí para oírle hablar en lenguas cuando Él oró solo una noche entera, en la montaña? ¿Estábamos allí cuando, estando en agonía, Él oró en el Huerto de Getsemaní? ¿Estábamos allí cuando Él presentaba ruegos y súplicas con gran clamor y lágrimas al que le podía librar de la muerte? (Heb 5:7).» ¡Inaudito! Pobres amigos, reducidos a justificar su error ayudándose con nuevos errores que llevan en sí mismos el germen de todas las herejías: sobrepasar, ir más allá que la Palabra de Dios. Peligrosas reflexiones aquéllas. Bastaría con proseguir: ¿Estábamos allí cuando Él enseñaba a sus discípulos la corredención de María? ¿Estábamos allí cuando Él enseñaba acerca del Purgatorio? ¿Estábamos allí cuando Él hablaba de las indulgencias?, etc. ¡A qué extravíos nos dejamos llevar y a qué condenación nos exponemos, cuando a las palabras de las Escrituras añadimos las nuestras! Apocalipsis 22:18 nos da la respuesta: «Ser alcanzado por las plagas de Dios».

El prestidigitador

Agregamos una tercera consideración. La táctica empleada más a menudo consiste en atraer la atención sobre otros textos para poder ignorar mejor aquellos que perturban; un poco como el prestidigitador que fija la atención de los espectadores sobre una de sus manos mientras que la otra escamotea rápidamente el objeto en la sombra. La sala se asombra y aplaude. He aquí lo que leemos en la página 20 del *Dossier sur le parler en langues* [Expediente acerca del hablar en lenguas], de la pluma de T. Bres:

«Entre el número de objeciones hechas con más frecuencia en los medios cristianos, se oye decir: El Señor, nuestro modelo divino, no habló nunca en lenguas *y nunca tampoco enseñó nada a este respecto*». Encontramos aquí casi toda la dialéctica del libro. La objeción está compuesta de DOS proposiciones: 1) Jesús nunca habló en lenguas, 2) Jesús no enseñó nada a este respecto. Cada uno de nosotros ha aprendido en la escuela primaria que sólo se pueden sumar unidades del mismo orden. Un caballo más un huevo no dará nunca otra cosa que un caballo y un huevo. No se puede disertar acerca de los dos como si fueran uno solo. Sin embargo, es lo que hace T. Bres. Él diserta acerca de la segunda proposición en nombre de la primera, lo que le permite ignorarla soberbiamente, llevando su falta de elegancia hasta no darle siquiera un principio de respuesta. Fija las miradas sobre la segunda proposición y no dice nada de la otra, de aquella que dice: Jesús nunca habló en lenguas. Pone una bajo el reflector mientras se guarda la otra en el bolsillo. Pero hay algo más grave aún. Todo demuestra que la segunda proposición no existe. Ha sido fabricada por él mismo para al menos tener algo contra lo que disparar. En efecto, nunca, nunca jamás, ha habido ningún cristiano evangélico que haya afirmado que Jesús no había dicho algo del hablar en lenguas. Es conocido y aún reconocido por numerosos pentecostales que los evangélicos conocen sus Biblias mejor que cualquiera. Todos saben que Jesús fue el primero en profetizar acerca del hablar en lenguas (Mr 16:17). Eso no ha sido nunca discutido por parte de ninguno de ellos. Esta objeción la ha inventado T. Bres (o la tiene de oídas quién sabe de dónde) a fin de distraer la atención de la primera proposición que sí que es real. Eso le permite, ante los ojos de un lector superficial, esquivar esta terrible objeción planteada no por los evangélicos, sino por el mismo Espíritu Santo: ¡Jesús nunca habló en lenguas!

Un análisis tranquilo

Analicemos la situación de manera objetiva y sin apasionamiento. Jesús tenía la plenitud del Espíritu y tenía también todos los dones. Pero no tenía éste, sin que por aquello

le hiciera falta. No hablaba de ello; no lo buscaba; no lo ejercía. Si el hablar en lenguas fuera todo lo que se nos dice que es y hiciese todo lo que se nos dice que hace, a Él le habría hecho mucha falta. Él, que estaba a veces cansado hasta el agotamiento. ¿Por qué no usó las virtudes relajantes de las cuales se ha servido tan a menudo Thomas Roberts? Si ese don lo ejerció en su casa, o en el círculo de sus amigos, ¿por qué no lo hizo nunca en compañía de sus discípulos? Puesto que Él cantó antes de dirigirse al monte de los ólivos (Mr 14:26), ¿por qué no lo hizo en lenguas en esta ocasión tan propicia al asunto? ¿Por qué nunca habló con los ángeles en su lengua celestial, Él que los veía subir y bajar sobre Él? (Jn 1:51). ¿Por qué no buscó nunca esta señal para añadirla a las demás señales, para beneficio de su ministerio? Aquellos que necesitaban ver aquellas señales, ¿acaso no necesitaban ver ésta?

En Primera de Corintios 12 encontramos la lista de los nueve dones del Espíritu Santo: SABIDURÍA, CONOCIMIENTO, FE, SANIDADES, HACER MILAGROS, PROFECÍA, DISCERNIMIENTO DE ESPÍRITUS, DIVERSOS GÉNEROS DE LENGUAS, INTERPRETACION. Nuestro bienamado Señor los tenía todos y los ejerció todos, excepto el don de lenguas y su asociado natural, la interpretación. Así, si Jesús no tenía este don es que no había razón para el mismo, pero, ¿POR QUÉ NO?

Es justamente la ausencia de este don en el ministerio de Jesús lo que va a confirmarnos en la enseñanza general de la Biblia acerca de este tema.

Jesús, lo sabemos, casi no franqueó las fronteras de Palestina. Su Evangelio, como lo había dicho a sus discípulos, se extendía sólo a las ovejas perdidas de la casa de Israel (Mt 10:6). Hasta les había prohibido ir a los gentiles y a las ciudades de los samaritanos (v. 5). El aspecto multilingual y mundial de su obra redentora permanecía secreto. No se trataba todavía de «pueblos, tribus, lenguas y naciones». Nada o casi nada en sus palabras dejaba entrever la dimensión internacional de su salvación. En todo ello, nada podía provocar a los judíos y hacerlos sentirse celosos de los favores otorgados a los gentiles, puesto que aún no

se trataba de ellos. El don de lenguas, señal de la integración de los gentiles en el plan de Dios, no tenía aún razón de ser. Jesús revelaría el hablar en lenguas sólo una vez, en Marcos 16:17, *al final total de su ministerio hacia Israel.*

Es pues sumamente significativo ver CUÁNDO habla de ello: En el contexto de la frase precedente «Id por TODO EL MUNDO». Lo que desencadenó el hablar en lenguas fue el famoso «a toda criatura», es decir, a toda lengua, tribu, etc. Los estrechos y fijos límites de un nacionalismo judío van a volar hechos pedazos. Pero Jesús sabe que «ESTE PUEBLO» va a hacer todo lo posible para que las buenas nuevas no sean anunciadas a las gentes de otras lenguas. Él va entonces a dar la señal apropiada para los discípulos y para ESTE PUEBLO, la única que Él no había ejercido de todas las señales. Este «silencio» en la vida de Jesús nos instruye mejor que muchas palabras. Confirma que el propósito del don de lenguas era conforme a lo que han dicho Pablo y Pedro, a saber, que era la señal para «este pueblo» incrédulo de que Dios, según Joel 2:28, derramaba en adelante Su Espíritu no solamente sobre Israel, sino sobre «toda carne y sobre «todo aquél».

CAPÍTULO 5

¿Dos formas de hablar en lenguas?

Recapitulemos brevemente lo que ya hemos descubierto en la Palabra. Contrariamente a la doctrina y a la práctica de la moderna glosolalia:

I. El don de lenguas no se dirigía nunca a los hombres y no servía tampoco para la evangelización, según el mismo Donald Gee.

II. No era una señal para los creyentes, sino para los incrédulos.

III. Estos incrédulos eran exclusivamente los judíos que rechazaban admitir su identificación con los representantes de las lenguas extranjeras; confirmando el Espíritu Santo en ambos Testamentos que la señal era para «este pueblo» de Israel (1 Co 14:22).

Esto ya significa la existencia de muchos errores, demasiados. Y aún estamos lejos de haber terminado. Lo que sorprende desagradablemente cuando se participa en cultos donde se ejerce la glosolalia, es el lado siempre incomprensible de aquello que allí se dice. Los sonidos emitidos son a menudo extraños, y en todo caso no parecen una lengua verdadera. Basándose en Primera Corintios 13:12, algunos afirman que son «lenguas angélicas»; sin embargo, la verdad es que cada vez que en la Biblia han hablado los ángeles, ha sido siempre en lenguas comprensibles y coetáneas al suceso. Es más, salta a la vista que en este pasaje el Espíritu conduce a Pablo a emplear varias veces el «si» de la hipérbole. Pablo no tenía conocimiento de todos los misterios, puesto que añade, algunos versículos más adelante, que él conoce sólo en parte. No dio tampoco su cuerpo para ser quemado. No poseyendo nada o poquísimo, no tuvo tampoco

oportunidad de dar todos sus bienes a los pobres. No hablaba tampoco todas las lenguas humanas y angélicas. No podía hablar tampoco estas últimas, siendo que hace referencia a su arrebatamiento al tercer cielo, donde oyó «palabras inefables que no le es dado al hombre expresar» (2 Co 12:4). Es el «si» del modo condicional el que él emplea. Un niño lo entendería.

Con el fin de convencerme, unos especialistas del tema me explicaron que al hablar en lenguas uno se excede; del idioma propio se pasa a lo sublime, hasta alcanzar a los ángeles en su idioma celestial, y que, cuando a uno le faltan las palabras para dirigirse a Dios, el Espíritu Santo viene en nuestra ayuda para elevarnos en uno o varios grados, en transportes inaccesibles para las hermosas lenguas de Molière o de Cervantes.

El Matto Grosso

Les presenté de entrada mis reservas y les observé que bien al contrario había constatado ruidos insólitos, sonidos inarticulados, sílabas constantemente repetidas y hasta vociferaciones que nada tenían de angélicas. Entonces, esos mismos amigos que me habían explicado el asunto valiéndose de los ángeles, me lo explicaron de súbito valiéndose de los salvajes. Aquello podía ser, según ellos, un dialecto de las tribus indígenas de América del Sur, del Matto Grosso, de los indígenas de Borneo o de África Central. Aquello me pareció un tremendo contrasentido. Nuestra lengua se encuentra entre las más ricas y completas del mundo: ¿Cómo otra lengua rudimentaria, cuyo vocabulario es cien veces más limitado, habría podido sublimizar lo que el francés no podía hacer? Además, cuando el Señor hizo hablar el asna de Balaam, no la hizo expresarse con sonidos confusos; no chapurreó cualquier cosa; Balaam comprendió muy bien lo que decía, al punto de dialogar con ella. El Dios que ha creado al hombre a su imagen y que por la conversión ha renovado su entendimiento, ¿se rebajaría hasta hacerle hablar menos bien que una bestia de carga?

Para saberlo, basta ver lo que sucedió en Pentecostés, donde encontramos la norma de hablar en lenguas. Cada uno de esos

judíos, venidos de todas las naciones bajo el cielo, «cada uno les oía hablar en su propia lengua» (Hch 2:6) y dijeron: ¿Como, pues, les oímos nosotros hablar cada uno en nuestra lengua en la que hemos nacido? (v. 8). Una tercera vez, en el versículo 11, después de haber enumerado quince pueblos de diferentes dilectos, vuelven a formular la pregunta: ¿Cómo les oímos hablar en nuestras lenguas las maravillas de Dios? Se trataba, ciertamente, de lenguas humanas reales, habladas y coetáneas.

¿Contradicción?

¿Cómo, pues, ha podido otra glosolalia, en la cual no se comprende nada, deslizarse en los espíritus y enraizarse tan profundamente? Es preciso ir a buscar esta contradicción aparente en la Primera de Corintios 14:2, donde, contrariamente a Hechos 2, se dice: «nadie le entiende». Habría, pues, dos formas de hablar en lenguas, el de Hechos que se comprendía y el de después que ya no se comprendía. Salta a la vista que si el hablar en lenguas mencionado en Primera Corintios hubiese sido una glosolalia diferente de la de Pentecostés, eso debería encontrarse en el significado de los términos empleados para describirla. Ahora bien, no hay nada al respecto. Lucas, autor del libro de los Hechos, se sirve de las mismas palabras que Pablo en su carta a los Corintios. Luego, si las dos formas de hablar en lenguas no fuesen semejantes, Lucas lo habría señalado, aún cuando hubiese sido sólo con palabras diferentes. Se sabe que Hechos fue escrito mucho *después* que la epístola a los Corintios, y que esta última circulaba en las iglesias. Lucas, se da por sabido, estaba al corriente del contenido de esta carta, y ello tanto más cuanto que era compañero de viaje de Pablo. Nadie mejor que él estaba al corriente del pensamiento paulino al respecto. Así, si lo que informa en su libro fuera diferente de lo que Pablo había dicho en lo suyo, no habría dejado de señalarlo para evitar confusiones. Pero no hizo nada al respecto, habló de ello como Pablo habló y empleó la misma palabra para hablar de la misma cosa. Es la «glossa», en un caso como en el otro. Los textos griegos son formales. Pablo tiene en vista lenguas tan conocidas como aquellas de las cuales habla

Lucas, puesto que dice: «tantas clases de idiomas *hay seguramente en el mundo*» (1 Co 14:10). Se trata así, en el pensamiento de Pablo, de lenguas humanas. Si eran de «nuestro mundo» ¿por qué ya no eran comprendidas por los Corintios en tanto que lo habían sido algunos años antes en Jerusalén?

De vuelta a Jerusalén

Veamos de manera precisa qué es lo que sucedió en Jerusalén. En la venida del Espíritu Santo, se posaron lenguas como de fuego *separadas* sobre los discípulos, quienes hablaron con claridad y por separado en los dialectos de las personas presentes. Se citan quince países y pueblos, cada uno comprendiendo la lengua hablada en el país de donde él provenía. Al nivel de los oyentes, no había allí nada milagroso; la emisión era sobrenatural pero la recepción era natural, puesto que era la lengua propia de ellos, la cual comprendían. En cuanto a las catorce lenguas, a menos que las conocieran no podían comprenderlas, no más que los Corintios podían comprender lenguas que no conocían.

Recordando que un pequeño dibujo vale más que un extenso discurso, vamos a poner este axioma en imagen.

Supongamos que hubiese habido Corintios presentes en Pentecostés, provistos de quince grabadoras y que hubiesen grabado separadamente lo que hubiera sido dicho y comprendido. Imaginemos que, al regresar a su Iglesia en Corinto, hubiesen hecho escuchar esos quince «cassettes» a cristianos que conocían sólo una lengua, quizás dos. La inevitable conclusión habría sido la de Pablo: nadie las entiende. Forzosamente, puesto que en Corinto, aparte del griego, nadie podía comprenderlos. Vamos más lejos aún. Si esos cassettes grabados, atravesando los siglos, fueran escuchados en nuestros días en las asambleas de París, Barcelona, Ginebra, Londres o Melbourne, el resultado sería el mismo. Esos quince idiomas que eran comprendidos en Jerusalén no serían más comprendidos en nuestro tiempo que lo eran en Corinto en el primer siglo.

A la inversa, imaginémonos que con la ayuda de la máquina del tiempo hemos transportado en masa la asamblea de Corinto a

Jerusalén. Habrían comprendido las palabras pronunciadas milagrosamente en su idioma, pero no habrían comprendido las restantes catorce lenguas. Forzosamente: *¡Y si el idioma griego no hubiese estado en el programa del Espíritu Santo para aquél día, no habrían comprendido absolutamente nada!* Esto es precisamente lo que sucedía en sus reuniones en Corinto, era en otras lenguas diferentes al griego que se hablaba allí por el Espíritu. Nadie entendía nada, no porque fuese otra clase de hablar en lenguas, o un lenguaje extático o angélico, sino sencillamente porque no era griego. Lo que allí se decía, aunque en lenguas tan coetáneas como en Pentecostés, les era tan inaccesible como telefonear en árabe a alguien que sólo comprende castellano.

También en Jerusalén

Por las mismas razones, se observa que en Pentecostés hubo algunos, como en Corinto, que tampoco no comprendieron lo que allí se decía. Está claro, de acuerdo con Hechos 2, que había dos grupos de judíos presentes en la fiesta religiosa: 1) Aquellos que estaban de visita en Jerusalén (Hch 2:5), venidos de quince países diferentes, y que aparte del arameo hablaban una de aquellas quince lenguas; 2) Los judíos locales que, forzosamente, no hablaban ni comprendían ninguno de esos quince dialectos. Ellos eran «los otros» (Hch 2:13), que se burlaban diciendo «están llenos de mosto». Esos judíos autóctonos, que sólo conocían el arameo, no comprendieron tampoco las lenguas habladas milagrosamente aquel día. En vez de informarse con aquellos que habían comprendido, prefirieron cambiar las cosas en comedia, diciendo que los discípulos estaban bajo los efectos de la bebida. Lo que conviene recordar es que habrían podido decir exactamente lo que Pablo escribirá alrededor de veinticinco años más tarde a los Corintios: «nadie entiende». Y si nadie entiende, Pablo se atrevería a fustigarlos con una expresión dura: «¿No dirán que estáis locos?». En resumen; ¿qué prueba esto? Que el hablar en lenguas al que se hace referencia en Corinto no era una jerigonza extática ininteligible ni un inaccesible lenguaje

angélico, sino lenguas tan nacionales y coetáneas como las de Hechos 2. Y si, Pablo como dice, nadie las entiende, ¡es simplemente porque no había en su Iglesia, contrariamente a Jerusalén, *los quince oídos* para comprenderlas!

Para concluir, el «nadie le entiende» ha llegado a ser la muy cómoda pantalla bajo la cual disimular ese cuarto error que se sustrae así a toda posibilidad de control. Felizmente, el Espíritu Santo ha previsto un medio de verificación que arrojará mayor luz sobre el error del cual acabamos de hablar y que desembocará sobre un quinto de la más extrema gravedad. Este será el tema del próximo capítulo.

CAPÍTULO 6

La Interpretación

Vamos ahora a abordar el don de la interpretación. Al carisma de las lenguas, el Espíritu Santo había adjuntado el de interpretar estas lenguas.

Matemáticas divinas

En Pentecostés, habiendo comenzado los discípulos a hablar milagrosamente en lenguas extranjeras que la multitud comprendía, no había razón para traducirlas. Cuando el apóstol Pablo ejercía ese don, y él lo hacía más y mejor que cualquier otro, no se permitía ejercer ese don en la Iglesia, la cual es un círculo compuesto generalmente por creyentes. Como esa señal era para los judíos incrédulos, él dice que en la Iglesia prefiere hablar cinco palabras con su entendimiento que diez mil palabras en lengua desconocida. Él es, por lo tanto, DOS MIL veces más favorable a que se hable la lengua cotidiana a que se hable allí en lenguas o, si se prefiere, él era dos mil veces más opuesto a que se hable en lenguas que a que no se hable en ellas.

Cuando Pablo habla en lenguas, era no como golpeando al aire, como un metal que resuena o trompeta que diese sonido incierto. No, él era eficaz. Ejerce ese don en el marco previsto para su efecto, es decir, el Israel super patriótico y super santo que rechazaba esos agregados extraños que eran los gentiles, los *goyim*: Si le seguimos en sus numerosos viajes, le encontramos en todas partes siempre en conflicto con los judíos, e incluso con sus hermanos judíos convertidos, que estaban en desacuerdo con él acerca de este punto capital. Cuando regresó de su primer viaje misionero a la Iglesia de Antioquía de la cual había partido, relató «cómo Dios había abierto la puerta de la fe a los gentiles

(las lenguas extranjeras)» (Hch 14:27). Es cosa verosímil que en tales ocasiones ejerciese ese don de alabar al Dios de Israel en las lenguas de los gentiles. De esta manera confirmaría, ante los que no se sintiesen bien dispuestos a admitirlo, tanto el llamamiento de los gentiles como su apostolado a ellos (Gálatas 2:7, 9).

En dirección equivocada

De parte de Pablo no había riesgo de resbalones. Pero él no era el único en hablar en lenguas. Otros que tenían este carisma no hacían el mismo uso que él ; olvidando a quienes debía hacerse esta señal, experimentaban una satisfacción personal en hacerse oír hasta en las reuniones de la Iglesia, en ausencia de opositores judíos, allí donde, por lo tanto, no había ninguna razón para hacerlo, sino, ocasionalmente, por ejemplo una vez cada DOS MIL (1 Co 14:19).

Puesto que en esa época era un auténtico don del Espíritu, Pablo no deseaba prohibir su ejercicio. Pero había llegado a ser, entre algunos, como la fuerza hercúlea de Sansón, que era también un don de Dios. Tal como nuevos Sansones, se servían de ella a diestra y siniestra, sin entendimiento. Es lo que Pablo les recuerda: Deben emplear también el entendimiento. No era de dones de lo que carecían los Corintios, sino de la comprensión de esos dones. Pablo les ha de reprochar el haberse quedado en la etapa infantil. Estando todavía en la leche, hablando espiritualmente (1 Co 3:2), se dedicaban todos en conjunto a su pequeña demostración lingüística, siendo sólo bebés en la fe; se sentían todos orgullosos de mostrar que ellos tenían al menos «eso». Vamos a parafrasear en lenguaje popular lo que Pablo les ha de decir en los versículos 16 y 17 del capítulo 14: «Es bien bonito hacer hermosas oraciones y hermosas acciones de gracias en egipcio o en persa o en latín, pero no hay entre vosotros ni un solo judío integrista llegado esta semana de Alejandría, de Persépolis o de Roma. Queremos sin duda creer que tu latín es de lo más clásico que hay y que te produce placer e incluso que te hace bien. Pero, ¿para qué puede servir si nadie aquí comprende

nada? ¿Cómo quieres que alguien te diga amén, si no se sabe lo que has dicho?

Ya tenemos cuatro cosas que se desprenden en relación con la práctica correcta de la interpretación:

1) Asociada al hablar en lenguas, la interpretación debía complementarla y conseguir el fin primordial que era servir de señal a «este pueblo» y a su incredulidad, tema ampliamente debatido anteriormente.

2) A todo hablar en lenguas era necesario el acompañamiento de una traducción. ¿Para qué? Para que, como Pablo dice, se comprenda lo que había sido dicho y así se pueda añadir el amén personal y adherirse inteligentemente a la oración finalmente comprendida. Para traducir el hablar en lenguas en la Iglesia, Dios había dado a aquel que hablaba (v. 13) o a algún otro presente en la Iglesia, el don no menos extraordinario de la interpretación.

3) Lo que era dicho en lenguas debía *obligatoriamente* ser interpretado. No podía, en caso alguno, ejercerse sin su complemento explicativo (v. 28). Aún más, había obligación de asegurarse que hubiera un intérprete en la asamblea ANTES de comenzar a hablar en lenguas y no después: «Y si no hay intérprete, calle en la iglesia». A la luz de algunas de estas precisiones, nos damos cuenta de que los mismos Corintios estaban lejos del modelo divino. Hoy día, más que entonces, estos textos son puestos de lado con la mayor desenvoltura.

4) ótra práctica que era también antibíblica era la de orar o cantar juntos en lenguas. La interpretación, aún cuando se tuviese en cuenta, llegaba a ser imposible en esta chillería resultante. Era, aún ahí, una manera de actuar que Dios reprueba con un enérgico término: «confusión». Su Santo Espíritu no podía producir lo contrario de aquello que ordenaba. ¿Y qué ordenaba? He aquí la respuesta: «Si habla alguno en lengua extraña, sea esto por *dos, o a lo más tres,* y *por turno*; y uno interprete» (v. 27).

Llegados a este punto de nuestro estudio, si sumamos las distorsiones de la enseñanza divina, podemos constatar ya que los pentecostales conservadores, tanto como los carismáticos que ellos vilipendian, «han errado el blanco», hablando en términos de tiro. En términos de atletismo diríamos que se han salido de la pista.

Fantasía

Todo esto es muy grave, pero hay más aún. En todos los casos de interpretación que he verificado personalmente, con el mayor cuidado y con espíritu abierto, sólo he descubierto manipulación humana y engaño deliberado. Lo que me había sorprendido era la inaceptable falta de correspondencia entre la brevedad de lo hablado en lenguas y la extensión desmesurada de las interpretaciones como, por ejemplo, algunas lentas sílabas de un canto muy corto que se transformó en una escandalosa traducción. A fuerza de preguntas y procediendo por partes, terminaron finalmente por confesarme que:

a) El que habla en lenguas no entiende lo que dice.
b) Los oyentes no comprenden tampoco lo que dice.
c) El que interpreta no comprende tampoco lo que ha dicho aquel a quien traduce.

Habiéndome encolerizado ante tales engaños, se me respondió cándidamente que la interpretación no era una traducción real, ¡sino que era una traducción del corazón! Era, pues, cualquier cosa entregada a la fantasía de un pseudointérprete. Eso no es ni lo que dice la Biblia, ni lo que ha enseñado Donald Gee, el maestro del pensamiento pentecostal, que afirma que la interpretación era ciertamente una traducción.

Otro, tratando de salirse de esta situación embarazosa, me dijo que la interpretación no era la traducción de aquello que era dicho en lenguas, ¡sino la respuesta del cielo a aquello que acababa de ser dicho! Aquí vamos totalmente a la deriva. Las Escrituras son deliberadamente pisoteadas, aquella Palabra que

precisa (v. 16) que las acciones de gracias en lenguas debían ser interpretadas de tal forma que se comprenda «LO QUE SE HA DICHO», con el fin de que el auditorio pueda hacer notar su conformidad y hacer suyas estas acciones de gracias, diciendo: ¡Así es, amén!

Otro líder pentecostal se atrevió incluso a decirme que el mismo caso de hablar en lenguas podría bien tener diferentes interpretaciones (¡!). Entonces, si lo entiendo bien, es como una siembra de trigo que, cuando llega el momento de la cosecha, resulta ser de maíz, centeno, avena o cebada, y ello sin sorpresa alguna por parte del labrador. ¿Podemos esperar que una gata tenga a la vez dos gatitos, dos perritos y unos cuantos pollitos? Pero nadie se sobresalta cuando, en el ámbito espiritual, se nos pide que creamos que UN hablar en lenguas tiene varias distintas interpretaciones. ¿Es que existe un darwinismo pentecostal? ¿estamos asistiendo a una forma de mutación de las especies? ¿Es que tenemos que aceptar eso pasivamente sin señalar el fraude?

Una verdadera traducción

Para demostrar con toda certidumbre que la palabra aquí empleada es «traducir», el término griego aquí empleado por Pablo se encuentra en otros pasajes del Nuevo Testamento. A continuación damos algunos ejemplos:

–Jn 1:38 «Rabí (que *traducido* [*hermeneuö*] es, Maestro), ...»
–Jn 1:41 «Hemos hallado al Mesías (que *traducido* [*hermeneuö*] es, el Cristo).»
–Jn 1:42 «Tú serás llamado Cefas (que *quiere decir* [*hermeneuö*], Pedro).
–Jn 9:7 «Vé a lavarte al estanque de Siloé (que *traducido* [*hermeneuö*] es, Enviado).»
–Hch 9:36 «... una discípula llamada Tabita, que *traducido* [*diermeneuö*] quiere decir, Dorcas.»

Ahora sólo es preciso seguir con:

–1 Co 12:10 «... y a otro, *interpretación* [*hermeneia*] de lenguas».

–1 Co 14:26 «… cada uno de vosotros tiene … *interpretación* [*hermeneia*].»

Así, llegamos con Donald Gee, a la indiscutible evidencia de que la interpretación (*hermeneia*), el término escogido por el Espíritu Santo, no puede ser otra cosa que TRADUCCION.

Un Coronel jubilado del Ejército de Salvación me contó hasta qué punto se sintió consternado con ocasión de un culto al cual asistía. Había dado gracias en lingala, la lengua vernácula del oeste africano, su campo misionero. En la asamblea, un «intérprete» designado, creyendo que se trataba de un hablar en lenguas, puesto que no había comprendido nada, dio una «interpretación» que no tenía nada que ver, ni remotamente, con lo que se acababa de decir.

Fraude evidente

Constaté personalmente que esta falsificación era cosa conocida por los medios afectados. Yo mismo estuve presente en una reunión en la que un creyente de las islas del Cabo Verde acababa de orar en su idioma, un dialecto del portugués; apenas había dicho amén, un responsable más listo que los demás cortó la palabra de interpretación, diciendo: «Nuestro hermano acaba de dar gracias en la lengua de su país.» Aquello significa que, sin aquella intervención, se habría dado el milagro de una «interpretación», evangélica a nivel de los términos empleados, pero tan espiritualmente falsa como las palabras de la joven pitonisa de Hechos 16:17, que por medio del mismo espíritu de confusión pudo decir: «¡Estos hombres son siervos del Dios Altísimo, quienes os anuncian el camino de la salvación!»

Con oídos bien atentos escuché un hablar en lenguas a tropezones, entrecortado, incomprensible como todos los demás, en el transcurso del cual surgió de súbito por tres veces un «spiriti santi» en italiano. Habiendo captado esta triple repetición, esperé la llegada de tres menciones en la interpretación. Las esperé en vano. ¿Las habría olvidado en la interpretación el Espíritu Santo, que se suponía las había inspirado en el hablar en lenguas? ¿ó

bien el Espíritu de Dios no estaba para nada en lo uno ni en lo otro? Pero entonces, ¿qué «espíritu» había tomado el relevo?

Un amigo español, en una comunidad pentecostal francófona, había orado el «Padrenuestro» en su idioma materno. Siguió a ello una interpretación que era cualquier cosa excepto el *Padrenuestro*. Fue para él también una prueba más de que aquel que interpretaba no solamente no entendía más que los demás, sino que «*engañaba a todo su público bajo el disfraz de una fraseología evangélica*».

Profundamente entristecido por esta nueva falta de honradez, me decidí a llevar a cabo una verificación más a fondo. Pedí a un amigo escocés que tenía un acento típico de su país que grabase el Padrenuestro dos veces seguidas en el magnetófono. Provisto de este registro y de dos otros hablando en lenguas tomados a la rápida y seguidos de las interpretaciones que habían sido dadas, me fui a visitar amigos pentecostales muy moderados para quienes las exageraciones y los deslices se encuentran sólo entre los demás. Nadie en la comunidad ponía en duda su conversión, o su sinceridad, o la realidad de su «carisma». Después de haber orado juntos, les solicité que interpretasen aquellas frases y «verdaderas» lenguas. Aquello fue hecho sin objeción ni resistencia. ¡Ay!, ¡mil veces ay! El Padrenuestro en inglés se transformó en un mensaje de exhortación en francés. En cuanto a los demás, eran tan diferentes de las primeras interpretaciones como el Ródano es diferente del Rin y corre en dirección opuesta. Esta aventura la referí a mi amigo escocés, que se quedó atónito. Sólo podía balbucear: «Pero entonces…» «¡Pero entonces!»

En efecto, ¿se puede aún llamar cristiano a alguien que se apega tan de cerca a aquel que se disfraza también como ángel de luz (2 Co 11:14)? Para salir de este mal paso, algunos alegarán, sin creer demasiado en ello, que uno no debe someter un don del Espíritu a una prueba electrónica. Es necesario, por tanto, hacer notar que no es la prueba la que ha creado el engaño; sólo lo ha confirmado y ha demostrado con creces que esos pretendidos dones no están entre aquellos dones buenos y perfectos que vienen de arriba (Santiago 1:17).

El doctor Jeckill y Mr. Hyde

Lo que viene a continuación no tiene que ver con la electrónica. Véase sin embargo. Varios han descubierto que lo que se decía en lenguas estaba orientado en sentidos opuestos en función de corrientes de simpatía o de antipatía. He sido personalmente objeto de dos exhortaciones en lenguas y que tenían que ver con una misma situación. Según los sentimientos cultivados, ¡las palabras «divinas» eran todas de consuelo en un caso y todas de condenación en el otro! ¿Es serio esto? ¿Acaso el Espíritu Santo sería, de acuerdo con el talante del momento, consolador y condenatorio? Un pastor pentecostal no lo creía así tampoco. Su situación particular era difícil. En ciertas Iglesias se veía gratificado con una profecía en lenguas demasiado bien documentada y orientada para no ser premeditada. Él lo sabía. Su conclusión era la siguiente: ¡Sólo acepto aquello que se dice en lenguas allí donde no me conocen! Por tanto, él admitía el engaño. Pero según su opinión era sólo de una parte; no en el campo de aquellos que, no conociéndole, no le lanzaban ningún flechazo. Ahora bien, todo el mundo sabe que si una moneda es falsa por un lado, lo es también por el otro. ¡Cara o cruz, es la misma moneda!

Recapitulando, lo que demuestra fehacientemente que todo es solamente humano y subjetivo en el don de lenguas actual y que el Espíritu Santo no está para nada en ello, es que la interpretación es siempre el reflejo de corrientes y sentimientos particulares:

–Los carismáticos proclaman con ello su pertenencia al catolicismo romano.

–Los espiritistas encuentran allí revelaciones ocultas.

–Los hermanos pentecostales, siendo evangélicos, toman el lenguaje evangélico y los giros idiomáticos propios de su medio. Convencidos de la sanidad divina, proyectan allí su convicción. Sanidades que no se han efectuado se han profetizado por este medio, demostrando, según Deuteronomio 17:20-22, que el espíritu que preside esta cuestión no es de Dios.

–El día en que los musulmanes hablen lenguas, podemos estar

seguros que el falso profeta Mahoma tendrá un lugar preferente en su vocabulario «inspirado». ¿ótorgará eso al Islam una marca de autenticidad divina? Todo esto significa que una vez que el incomprensible don es confrontado con su interpretación, la máscara cae y se manifiesta su verdadero rostro.

Inmunidad diplomática

He comprobado además que mis interlocutores o mis corresponsales no estaban nunca tan irritados como cuando les hablaba de la verificación de aquellos dones. Eso les ponía fuera de sí; algunos iban hasta la lanzarme anatemas. Así pues, ¿es sólo el hablar en lenguas lo que no debería ser sometido a la prueba de la verdad? La Biblia, por el contrario, nos habla de probar los espíritus (1 Jn 4:1-3).

–El don del evangelista y del espíritu que le anima son puestos a prueba según 1 Co 15:1-4 «*el evangelio que os he predicado*, si no creísteis en vano»; o según Gá 1:8 «otro evangelio *diferente del que os hemos anunciado…*»

–El signo de autenticidad de la fe que prueba el don de sanidad es, según Marcos 16:17 y 18, que el enfermo a quien se ha impuesto las manos será sanado.

–El don de profecía debía ser probado según Primera Corintios 14:29: «Asimismo, los profetas hablen dos o tres, *y los demás juzguen*»; o, según el v. 32: «los espíritus de los profetas están sujetos a los profetas», lo que significa que un don de profecía no puede contradecir la profecía general que la pone así a prueba.

–En cuanto al don de Pablo, el de apóstol entre otros, puede decir (Ef 4:7-11): «*Las señales de apóstol* han sido hechas entre vosotros en toda paciencia, por señales, prodigios y milagros» (2 Co 12:12), etc.

¿Por qué sólo esos dos carismas gozarían de una especie de inmunidad diplomática o deberían ser puestos por encima de las leyes de la prueba? A personas que se negarían a someter su don al test decisivo del magnetófono en nombre de una ambientación que no sería propicia a la acción del Espíritu, les he recordado:

a) Que David Wilkerson, a quien ellos admiran, afirma (y muchos otros con él) poder hablar en lenguas a voluntad, en cualquier tiempo y en cualquier lugar.

b) Que en 1986 la TF1 programó una emisión donde tres pentecostales posaron ante las cámaras de televisión y tuvieron entre ellos una conversación en lenguas. El marco de un estudio de grabación se prestó a esta manifestación tan bien como una reunión de Iglesia y, siempre en este mismo ambiente de puntos de vista, se grabó una interpretación.

c) Que uno de sus principales líderes, Gordon Lindsay, dice en *The Gift of the Spirit* [El don del Espíritu], pág. 147, «¡Que para UN hablar en lenguas podía haber VARIAS INTERPRETACIóNES DESEADAS!».

A partir de estas tres premisas pentecostales, que ellos no podrían rechazar, mi proposición fue ésta: **preparad una reunión en la que uno de vosotros hable en lenguas y otros tres hagan, aislados, una interpretación grabada. Estas interpretaciones deberían decir más o menos lo mismo al ser comparadas**.

Esta proposición, que sigue sin aceptación, la mantengo aquí por escrito, frente a todas las comunidades carismáticas. ¿Por qué no hubo y no habrá alguna vez respuesta a este ofrecimiento, hecho con toda franqueza?

Una emboscada

He aquí la respuesta combinada de dos de entre ellos, que, escocidos, han tomado sus distancias frente a una posición doctrinal y una actitud moral que reprueban:

«Cuídese, hermano, si esas personas entran en su juego es sólo para hacerle entrar en el suyo y tratar de aprovecharse de usted mediante el engaño. Entrarán en la verificación de un don sólo si están seguros de hacer trampas desde la partida, es decir, ponerse de acuerdo por anticipado sobre un texto corto, como por ejemplo el Salmo 23 que aprenderán de memoria, cambiando una palabra aquí o allá. Pero si usted les exige una interpretación espontánea con intérpretes que no se conocen entre sí, sólo

logrará su rechazo. Nosotros también hemos creído durante mucho tiempo que nuestra Iglesia era escena de manifestaciones del Espíritu. En el culto, en ocasiones en que se hablaba en lenguas interpretadas, se oían "revelaciones" de carácter privado, innegablemente exactas referidas a casi todas las familias de la Iglesia. Se ponía aquello a la cuenta de un don de "conocimiento" que se revelaba en lenguas. Terminamos finalmente por asombrarnos y luego a inquietarnos. Aquello duró hasta que se descubrió el secreto. La ocasión que reveló la mascarada fue una reyerta que produjo una división en la Iglesia.

»Entonces se soltaron las lenguas. Se supo que uno de los ancianos visitaba las familias y se ponía de acuerdo con otras dos, ¡que el domingo siguiente revelaban en lenguas primero y en interpretación luego, hechos a menudo anodinos que habían sido observados durante los contactos de los días precedentes!»

Frente a este engaño organizado, queda en pie el consejo de estos amigos de permanecer en guardia, porque allí donde el fraude se erige en principio, debemos esperarnos lo peor. Allí donde sólo hay el nombre del cristiano, todos los golpes bajos están permitidos. Podemos admitir que, frente al mundo, sea necesario, como ovejas en medio de lobos, ser prudentes como serpientes y sencillos como palomas. Pero hace zozobrar el corazón hasta lo más hondo que sea necesario aplicar esas medidas extremas frente a aquellos para quienes la sinceridad, la rectitud y la lealtad deberían ser la regla de la vida. «El Señor dice: porque este pueblo se acerca a mí con su boca y con sus labios me honra, pero su corazón está lejos de mí y su temor de mí no es más que un mandamiento de hombres que les ha sido enseñado» (Is 29:13).

Naturalmente no se pueden juzgar *a priori* las intenciones de todos los hermanos pentecostales, acusándolos de impostura y de mala fe. La caridad cristiana ordena creer, sobre todo entre los moderados, en su sinceridad, HASTA QUE les sea ofrecida ocasión de probar la buena fundamentación de la confianza que se les otorga. Hemos dicho desde luego HASTA QUE, y no más allá. Porque cuando se rehúsa la verificación del don discutido

termina la honestidad moral y el error doctrinal se convierte en pecado. Es la misma conclusión que Jesús dio al pecado de encegamiento de los fariseos, con ocasión de la restauración de la vista del ciego de nacimiento de Jerusalén: «Si fuerais ciegos, no tendríais pecado; mas ahora, porque decís: Vemos, vuestro pecado permanece» (Jn 9:40-41).

Un informe pentecostal sobre electrónica

Muchos, por no decir todos, rehúsan obstinadamente la prueba magnetofónica, bajo el falaz pretexto de que no tenemos derecho a someter un don del Espíritu a un examen electrónico. ¿Es que los que dicen eso tienen temor hasta este punto de que se descubra la verdad? ¿Cómo admitir que para los mismos carismas uno se sirve tanto y aun más de lo audiovisual? Se fotografían sanidades y milagros atribuidos al Espíritu, y se filman, reproducen y difunden. Se graban hablares en lenguas y sin interpretación y luego son vueltos a oír y comentados en círculos privados o más amplios. Circulan por el mundo millones de cassettes con mensajes evangélicos y son difundidos por las ondas, escuchados, copiados y analizados por multitudes. Estos cassettes magnetofónicos son hasta tal punto portadores del Espíritu de Dios que muchos son edificados y otros nacen de nuevo por medio del Espíritu Santo al escucharlos.

No, este rechazo de un análisis por medio de una técnica neutra e imparcial es motivado sólo por el temor a que se descubra que la combinación lenguas-interpretación existe sólo en forma de imitación. ¡Cuando un automovilista da media vuelta al avistar un puesto de control de policía, es porque no tiene la conciencia tranquila! Aportamos ahora la prueba decisiva de que este rechazo de análisis no forma parte de una convicción escrituraria, sino de una táctica que no es otra cosa sino el arte muy político de esquivar las preguntas embarazosas.

La revista *Expériences* es indiscutiblemente de orientación pentecostal. El número 73 de 1989 trata acerca del extraordinario descubrimiento de las pasmosas estructuras matemáticas de la Biblia por medio de *ordenadores ultra rápidos* (pág. 24 y otras).

Los medios humanos de estas investigaciones son los más importantes matemáticos israelitas y americanos de las universidades de Jerusalén, Tel Aviv, Yale y Harvard. Estas investigaciones son trabajos serios llevados a cabo por personas serias (pág. 24). Faltan superlativos para calificar la empresa y, sobre todo, los resultados. El ordenador demuestra que la Biblia es única y que contiene en sí misma la firma del Creador más allá de lo que los hombres de Dios más llenos de fe podían imaginar (pág. 4). ¿Y qué es lo que pone esta verdad en evidencia? La electrónica. Ahora bien, la redacción de la Biblia ha sido un carisma que Primera Corintios 13 llama el don del conocimiento y de la profecía. La Escritura está constituida por esos dos elementos. Dicho de otra manera, todo en la Biblia es conocimiento y profecía. Esto es el contenido de la revelación escrita y es el carisma no sólo más inspirado, sino el más indudablemente inspirado de todos. «Toda la Escritura es inspirada por Dios» (2 Ti 3:16) y «Porque nunca la profecía fue traída por voluntad humana, sino que los santos hombres de Dios hablaron siendo inspirados por el Espíritu Santo» (2 P 1:18).

Así pues, *Expériences* aprueba sin reservas y con un entusiasmo desbordante (que compartimos) el examen electrónico de ese carisma divino que presidió la redacción del canon de las Escrituras. No podemos hacerle a Dios la injuria de creer que las palabras que se atribuyen a Él en boca de los hermanos pentecostales sean menos verificables que las pronunciadas por Moisés o por Jeremías o por Jesús, Pedro o Pablo. Si la técnica moderna sólo duplica nuestra confianza en la Palabra, debería hacer otro tanto con respecto a esas otras palabras de las cuales se nos afirma con énfasis que son de Dios. ¿Por qué todas esas tergiversaciones? ¿Habrá alguna duda? ¿Dónde está el problema? La razón del problema está en el texto de la citada revista, el cual vamos a reproducir íntegramente (págs. 6 y 7). En lugar de «Biblia» pondremos simplemente «lenguas», lo que equivaldría a los dones de hablar e interpretar. Solicitamos a los lectores leer y releer con la mayor reflexión las líneas siguientes:

Hemos llegado a conclusiones fantásticas. Se trata de hechos de los que nada podemos cambiar. Un científico que desea evidencias podrá verificar los hechos. Pero nos enfrentamos a un problema psicológico (moral). *Es un asunto esencial que comprende la vida y la muerte y que implica un compromiso, porque o bien* las lenguas *son verdad, o bien todo es desechable; o bien este trabajo aporta un nuevo descubrimiento, o bien nada es cierto. Numerosos son los que se han interesado en nuestros trabajos, pero muchos,* ***en cuanto se aperciben de adónde les lleva eso, rehúsan ir más allá, diciendo: «cada cual puede creer lo que desea» ... ¡pero no!*** *En su imaginación, en el plano psicológico, cada uno puede encontrar lo que quiere, pero aquí nos encontramos frente a una estructura matemática... Dos más dos son cuatro para todo en mundo. En este dominio no se puede creer lo que se desea.*

«En cuanto se aperciben de adónde les lleva eso»: he ahí la razón oculta de la objeción a ir más lejos en la investigación del don de lenguas; es el temor a tener que admitir que si la prueba electrónica confirma que la Biblia es la firma de Dios, la misma prueba haga aparecer la firma de aquel que imita al ángel de luz. Cualquiera puede verificar esto. La verificación es tanto más fácil cuanto que no exige ningún aparato costoso o complicado. ¿Quién, a estas alturas, no tiene una grabadora portátil en casa? Que el honesto buscador de la verdad grabe su propio hablar en lenguas o capte uno en su Iglesia.

Si cree que ese don es auténtico, debe obligatoriamente creer que el don de la interpretación de los demás no lo es menos. Que vaya a los que son reconocidos por tener ese carisma. Que solicite a varios, SEPARADAMENTE, con desconocimiento unos de otros, que interpreten lo que ha sido registrado sobre cinta magnetofónica, y que compare en seguida las diversas «interpretaciones». Personalmente lo he hecho. La firma no era la del Padre de las luces, sino la del padre de mentira (Santiago 1:17; Juan 8:44).

Otra clase de prueba

Puesto que la prueba electrónica hace saltar de falsa indignación a todos aquellos que temen descubrir su error, les he propuesto otro tipo de verificación. Al más conocido de todos los pentecostales de Francia y a uno menos conocido de Suiza, quienes, ambos, me habían escrito violentas cartas de oposición, les he hecho recientemente la siguiente proposición:

> Puesto que ustedes creen, pretendidamente de buena fe, que su don de lenguas todavía existe y que es auténtico, ustedes creen también que su inseparable corolario, el don de la interpretación, posee forzosamente las mismas características. Dejaremos pues de lado la prueba electrónica que ustedes reprueban, y procederemos como sigue: tomaremos cada uno a dos testigos y nos dirigiremos juntos al culto de una asamblea pentecostal de mi elección, donde no se nos conoce y donde se exige la interpretación de todo hablar en lenguas en la asamblea. Allí, yo hablaré la algarabía de ustedes y ustedes mi jerigonza. Verán que de esas dos «lenguas» saldrán dos «interpretaciones» cien por ciento evangélicas que demostrarán que todo es solamente una burda imitación en este asunto. Una vez constatada la superchería, estableceremos *ipso facto* un informe de los hechos que firmaremos con los cuatro testigos y que haremos conocer a todas las Iglesias de nuestros dos países.

Esta proposición quedó sin respuesta en el primer caso. ¡El segundo declinó en una carta en la que me acusaba de como blasfemo y falso profeta! Ninguno de ambos líderes se atrevió a aceptar el desafío. ¿Por qué? Porque sabían muy bien que el único resultado posible habría sido la puesta en evidencia de la superchería seguida de una difusión oficial de la verdad.

¿Sería un cristiano todavía digno de ese nombre si se mostrara menos honesto que los abominables profetas de Baal, que aceptaron el desafío de Elías tocante a la autenticidad de su dios? (1 R 18).

Una explicación necesaria

¿Cómo explicarse que personas debida o pretendidamente convertidas, nacidas de nuevo y cuya vida ha sido cambiada, a menudo incluso en profundidad, puedan ser manipuladas hasta este punto por el padre de la mentira? Parece imposible. Un verdadero cristiano no puede mentir ni continuar mintiéndose a sí mismo sistemáticamente. Eso merece una explicación. Es preciso haber vivido en o flanqueado ampliamente esos medios para captar la atmósfera en la cual están inmersos a lo largo de los años. Por ejemplo, se comprende mejor la vida desordenada de un Sansón cuando se sabe que vivía en una época en la cual «cada uno hacía lo que mejor le parecía». Sansón era un hijo de su época, condicionado por su medio. Esto es cierto para el cristiano que se desarrolla en una comunidad en la cual el uso del tabaco es admitido, donde los dirigentes dan el ejemplo y donde se tiene mucho cuidado de no decir palabra del tema. Este cristiano no será nunca liberado de la esclavitud de la planta de Nicot. Tanto menos deseará esta liberación cuanto que la droga estará en su sangre y en su modo de vida sin que su conciencia sea alertada al respecto. ¿Por qué arrepentirse de un lazo que quienes le rodean aprueban o, en todo caso, no desaprueban?

De igual manera para el católico, que no puede separarse de una mundanalidad que le es tan natural que su vida religiosa está totalmente impregnada de ella. Del pórtico de la Iglesia pasará sin transición a la puerta de la taberna de enfrente y jugará a las cartas con los amigos, llenará la cartilla de la lotería o de la quiniela y brindará con su sacerdote, que le confiará la organización del próximo baile parroquial. La mundanalidad del ambiente que comparte le impedirá tomar conciencia de su estado de perdición. Creerá de buena fe que está agradando al Buen Dios y añadiendo una buena obra a la obtención de su salvación. ¿Cómo abrirá la puerta al arrepentimiento? ¡La llave le ha sido quitada por su director de conciencia!

Es también lo que sucede en las comunidades con una fuerte tendencia carismática. La experiencia prima por encima de la doctrina. Se da valor a la exaltación mística. Las historietas,

experiencias, testimonios, visiones o profecías suplantan el estudio serio y en profundidad de la Palabra de Dios. Es la preparación ideal para la renuncia de la razón. La falta de fe es estigmatizada hasta la exageración. «Todo lo que pidiereis orando, creed que lo recibiréis, y os vendrá» (Mr 11:24), es el género de verdad bíblica que es hipertrofiada hasta el extremo a fuerza de estrujarla. Cada cual se considera con el deber de testificar de lo que ya ha recibido, incluso si todavía no lo ha recibido o nunca lo recibirá. Con un pie en la sepultura, se os afirma sin vergüenza que estáis sanos. Y no es mentira, no: al contrario, es el triunfo de la fe. Es necesario continuar creyendo, cueste lo que cueste, y, sobre todo, no dudar. Es esta desmesura en la distorsión de los textos lo que conforma las mentalidades, de modo que cuando alguien interpreta mal una lengua, de la que no ha comprendido nada, no comete fraude, no miente, simplemente cree. Honra a Dios por su fe en el ejercicio de un don que cree haber recibido porque lo ha pedido, o porque le han hecho creer que lo poseía. Y como nadie en su congregación se permite discutir y controlar los tópicos evangélicos que disemina, queda atrapado cada vez más en lo que cree ser cierto, aún cuando aquello se estrelle de frente con la verdad. Cuando aquel pastor afirmó que la gran sala donde había predicado aquella tarde estaba colmada, mientras que allí había menos de quince presentes, no mentía; creía simplemente que Dios, a quien había pedido con fe que la llenase, no podía haber dejado de cumplir su promesa. Puesto que está escrito… «creed que lo recibiréis» y él lo creía, por tanto lo había recibido y podía decirlo en voz alta *en presencia de aquellos que habían sido testigos de lo contrario*.

Estas son verdades que han perdido el control y que dan origen a disposiciones particulares que se transforman en estados de ánimo desconocidos por los demás cristianos evangélicos, a los que les cuesta creer que tales abusos puedan verdaderamente existir. Se trata, de hecho, de una enfermedad espiritual cercana a las religiones orientales y ocultistas. Es el abandono de la voluntad, la renuncia al pensamiento, la desvalorización del razonamiento. ¿Acaso, uno de ellos, G. Ramseyer, no escribió un

libro (del cual hablaremos más adelante) titulado *Usted piensa demasiado*? [*Vous raisonnez trop*]. Es la aniquilación del *yo* hasta la pérdida de la conciencia para ser lleno de otro espíritu. ¿Pero de qué espíritu? Es fácil adjudicarlo al texto de 1 Co 14:14 «si yo oro en lengua desconocida, mi espíritu ora, pero mi entendimiento queda sin fruto». Se separa del versículo que sigue, que impone equilibrio, al recomendar también el uso de la inteligencia, y se llega a acoger todo aquello que no es pensamiento inteligente. Indirectamente, eso pasa al desprecio de lo que distingue al hombre del animal, y conduce a la negación del primer y mayor mandamiento: «Amarás al Señor tu Dios con toda… *tu mente*» (Lc 10:27), es decir, con todo tu saber, con toda tu inteligencia, con toda tu alma. Allí donde el lenguaje favorito es al contrario: «No resista, abandónese, no razone más, deje todo el lugar al Espíritu, déjese llevar, déle confianza, déjese invadir y subyugar por él, haga el vacío de sí mismo», se puede tener la seguridad de que, según Mateo 12:44, el enemigo, al encontrar que no existe la resistencia recomendada en Santiago 4:7, se apresurará en venir a llenarlo bajo el falso apelativo del Espíritu Santo. Es la única explicación del «don» de interpretación que acabamos de analizar extensamente.

Falsificación, y uso de falsificaciones

En definitiva, lo que va a dar un mayor peso a nuestra investigación al respecto es la confesión de aquellos que han estado inmiscuidos en este tráfico de dones falsificados y que, una vez convertidos de esta impostura, han declarado que su empleo de estos «dones» sólo había sido una *falsificación y uso de falsificación*. Si esta última fórmula llegara a causar dolor a alguien, debiera recordar que es en los términos más virulentos que el pentecostalismo clásico condena a sus hermanos carismáticos que ejercen los mismos dones que, por otra parte, éste les ha transmitido.

Un ex pentecostal nos ha dejado por escrito esta valerosa pero terrible confesión y requisitoria: «Entre nosotros, la argumentación lógica no es la mejor manera de enfrentar el

problema; estamos enfermos; lo que necesitamos es ser sanados». Esto él nos lo escribió después de ser sanado.

Nadie puede impedir a los falsificadores imprimir «buenos» billetes, ni usarlos, ni hacerlos circular. Los falsos billetes, como los falsos dones, procuran a sus poseedores un verdadero gozo, verdaderos bienes, una verdadera notoriedad, una hermosa confianza en sí mismos y en el porvenir, hasta el día que son detenidos. El día se acerca cuando todos los falsarios deberán hacer frente al terrible emplazamiento redactado en esos términos:

1) «Da cuenta de tu mayordomía…» (Lc 16:2).

2) «Está establecido para los hombres que mueran una sola vez, y después de esto el juicio» (He 9:27).

¿Qué harán aquel día aquellos que en el dominio de lo sagrado se hayan servido de la mentira bajo pretexto de hablar mejor en el Nombre del Señor? Ya no podrán invocarlo. Es hacia las peñas que se volverán, para decirles, así como a los montes: «…caed sobre nosotros, y escondednos del rostro de aquel que está sentado sobre el trono, y de la ira del Cordero; porque el gran día de su ira ha llegado; ¿y quién podrá sostenerse en pie?» (Ap 6:16-17).

Haberse equivocado, cada cual lo sabe, ya es grave por sí; haber rehusado verificar si uno se ha equivocado, o si ha sido engañado, es aún más grave; pero haber arrastrado a otros en el engaño, eso sólo puede desembocar en un solo resultado, aquel del cual nuestro amado Salvador habló: «Si el ciego guiare al ciego, ambos caerán en el hoyo» (Mt 15:14).

Que nadie que practique tales iniquidades se confíe esperando poderle decir en aquel día: «Señor, Señor, ¿no profetizamos en tu nombre y en tu nombre echamos fuera demonios y en tu nombre hicimos muchos milagros? Y entonces les declararé: Nunca os conocí; apartaos de mí, hacedores de maldad» (Mt 7:22-23).

El viejo reloj de sobremesa

Cuando yo era joven, mi padre regresó a casa un cierto día con una antigüedad. Era un reloj de bronce cincelado bajo una

campana de vidrio representando una escena y personajes campestres. Cada visitante tenía derecho a una contemplación del objeto, acompañada de comentarios acerca de esta preciosa obra de arte. Se le daba cuerda al mecanismo con infinitas precauciones. Era un ceremonial casi religioso. Durante quince años esta obra de orfebrería reinó sobre la chimenea del salón, suscitando muchas envidias. Yo pasaba largos momentos contemplando esta maravilla que tocaba las horas y las medias. Se adelantaba sus buenos veinte minutos entre cada acto de darle cuerda, pero aquel dato era sólo para nosotros. ¡Venerable péndulo, que durante tanto tiempo aguantó y midió el paso del tiempo! Fue nuestro orgullo durante quince años. Cuando mi padre murió, fue necesario separarnos de él. Mi madre y yo pedimos consejo a un especialista para fijarle el precio. El hombre le fijó un precio tan irrisorio que nos sentimos ofendidos. ¡Cómo! ¡Una antigüedad de bronce de artesanía por un mendrugo de pan! Con una sonrisa dolida, el experto tomó el tesoro en sus manos, lo inclinó y me hizo mirar el interior. ¡Era sólo estaño moldeado cubierto con dorado! ¡Aquello que parecía tan auténtico era todo falso! Era sólo una imitación sin verdadero valor. A pesar de ello, nos dio pena verlo partir, siendo que nos había proporcionado alegría, sueños, hasta felicidad y, sobre todo, la ilusión de una cierta riqueza, de un «plus» que al fin era sólo un «menos», porque mi padre había sido engañado. Aquello no habría sucedido si antes de comprarlo hubiera mandado hacer una sencilla peritación.

El paralelo con el hablar en lenguas es evidente. Nosotros hubiéramos podido guardar el reloj y su triste secreto, y en secreto continuar admirando su oropel, soñando despiertos al escuchar con éxtasis sus campanadas cada media hora, todo ello cargado de un verdadero falso historial.

Eso es precisamente lo que muchos hacen con el hablar en lenguas. La peritación bíblica y magnetofónica les ha revelado lo que presentían confusamente, a saber, que era, en el mejor de los casos, un éxtasis psíquico sin relación, cercana ni lejana, con la antigua autenticidad apostólica. Pero sienten pesar de

desprenderse de sus recuerdos, de sus disposiciones particulares, de los sueños acariciados, del retintín de las palabras que han marcado su recorrido. Esa nostalgia la podemos comprender.

Para volver a nuestro reloj, lo que hubiera sido más grave que guardar su nostalgia, lo que ya habría sido una manera de mentirme a mí mismo, hubiese sido mentir a los demás y continuar hablándoles como si hubiera sido auténtico, y llegar hasta tratar de venderles la mercancía.

Charlatanería de vendedor

Lamentablemente, es lo que muchos hacen en el dominio de las cosas sagradas. Organizan reuniones de avivamiento y de espera y propagandizan su artículo. La forma en que lo hacen suena tan a falso como lo que proponen. Lo que sigue es sólo un pálido reflejo de lo que hemos visto y de lo que nos han relatado testigos oculares.

Comienza primero la sesión de calentamiento, en la cual se refieren los sinsabores de los no bautizados en el Espíritu y donde se evoca toda la panoplia de eficacia y de poder para aquellos que hablarán en lenguas. Cuando el auditorio ha sido conquistado para tan brillantes perspectivas, (¿y quién no sucumbiría al encanto de este condicionamiento mental?), se pasa a la fase activa. Es el turno entonces de la oración intensa, emotiva, la espera del acontecimiento sobrenatural en medio de suspiros, palabras y gritos confusos que llegan casi siempre a la vociferación. Luego viene la imposición de manos acompañada de llamamientos atronadores y de órdenes dadas al Espíritu para que Él (o *él*) caiga sobre el buscador. Entonces se apremia a éste para que ore, con la esperanza de que ya no lo haga en castellano. Cuando el sujeto se resiste, su consejero lo impulsará hasta la última trinchera. Le inculcará una frase como: «Aleluya, Jesús vive», que deberá repetir diez veces, veinte veces, cincuenta veces, cada vez más aprisa, alentando a ello con frases como: «aún más rápido, aún más rápido» hasta que, ya no pudiendo más, su lengua se revuelva en la boca y emita sonidos forzosamente extraños. Un clamor de victoria saludará a este

«bautismo en el Espíritu». Seguirán luego felicitaciones, abrazos, palmoteos, rostros resplandecientes y miradas lacrimosas.

Desde hace algunos años, en ciertas comunidades, está en uso una novedad, los nuevos «bautizados del Espíritu», a fin de estar seguros de perseverar en este camino, ¡podrán seguir CURSOS PARA HABLAR EN LENGUAS! Escandaloso, dirán algunos; ¿No es esto, en nombre del Espíritu Santo, una manera de blasfemar contra Él?

Si hay algunos que se sienten exasperados por estas prácticas propiamente escandalosas, otros, por el contrario, relatan las cosas del modo más natural del mundo, dando su plena adhesión a ese lavado de cerebro al cual se han sometido y que a su vez hacen someter a otros.

En nuestra región, un hombre ejerce su recién hallado don de conducir a niñitos al «bautismo del Espíritu». Con la aprobación de las asambleas cercanas, visita a las familias cristianas de las mismas ¡y enseña a sus hijos cómo hablar en lenguas!

Es siempre culpa del otro

Algunos hermanos del Movimiento dirán que aquello no sucede entre ellos. Pero vaya usted a saber. Ese amigo piadoso y tranquilo, que rechaza el extremismo cuando habla con usted en privado, ¿por qué se transforma en un agitado cuando entra en su círculo? Esos hermanos cristianos tenían ademanes entristecidos cuando les informaba acerca de esos excesos. ¿Eran sinceros cuando me dieron la respuesta clave: «Eso les sucede a los demás, pero no pasa entre nosotros»? Y fue entre ellos, sin embargo, en la periferia parisina, que me encontré inopinadamente en la reunión de oración de su grupo de jóvenes al cual iba a hablar una hora más tarde. Lo que vi y oí allá desafía a toda descripción. Las lineas siguientes las escribo delante de Dios. Empleo la fórmula cuatro veces utilizada por Pablo: «Digo verdad, no miento». He aquí la única comparación capaz de hacer comprender de qué fui testigo aquella tarde; Un día me detuve en el área de aparcamiento de un gran supermercado en Biel, ocupado en parte por la colección ambulante de fieras de un circo. Llegué a la hora

de comida de las fieras. Era espantoso oírlas rugir. La reunión de oración a la cual hago alusión, era eso: clamores, rugidos, vociferaciones, donde cada cual parecía querer gritar más fuerte que todos los demás juntos; hasta tal punto que me encontré orando interiormente en sentido contrario. Me sentía aterrorizado, y salí de allí trastornado hasta la náusea.[4]

En otro lugar, además, y veinticinco años antes de la «Bendición de Toronto», en un lugar donde se dicen ser dignos y moderados, y sobre todo no como los demás, en un culto de domingo por la mañana, una mujer fue atacada por una risa «espiritual» estridente. El pastor, según se cree un modelo de moderación, confirmó esa «risa espiritual» alentando a todo el auditorio para que rieran. «Rían, rían en el Espíritu Santo». Surgieron entonces risas de todos los lados hasta que toda la asamblea se puso a reír. Todo el mundo reía, excepto uno, mejor dicho, una, que no debía estar receptiva al Espíritu aquella mañana. ¡Era mi esposa!

[4] Con algunos decibelios de diferencia, experimenté personalmente en otras dos ocasiones esta lastimosa experiencia.

CAPÍTULO 7

Edificarse a sí mismo

Abordaremos ahora la frase tantas veces citada para tratar de justificar el actual hablar en lenguas: «El que habla en lengua extraña, a sí mismo se edifica» (1 Co 14:4). Se trataría, por tanto, de un don para la edificación personal; y como todos necesitan edificación, todos deberían tener ese don. Sacado de su contexto, es lo que esta media frase parece querer significar. ¿Pero tenemos derecho a extirpar las cinco palabras «a sí mismo se edifica» de los capítulos 12, 13 y 14, y a darles un sentido que va contra la corriente de todo el contexto? ¿Cuál es la idea maestra, el hilo conductor de estos tres capítulos? Los demás, la utilidad común, la iglesia. Siempre, lo que se pretende es el bien del otro, la edificación del otro. Eso vuelve siempre como un tema recurrente: el otro, el otro, el otro, bajo diferentes vocablos:

12:7: «... a cada uno le es dada la manifestación del Espíritu *para provecho*».
12:25: «... sino que los miembros todos se preocupen *los unos por los otros*».
14:3: «... pero el que profetiza *habla a los hombres* para edificación, exhortación y consolación».
14:4: «... edifica *a la iglesia*».
14:5: «... para que *la iglesia* reciba edificación».
14:6: «... *¿qué os aprovechará si no os hablare?*».
14:7: «... *¿cómo se sabría*?».
14:8: «... *¿quién* se preparará?».
14:9: «... ¿cómo *se entenderá*?».
14:12: «... para edificación *de la iglesia*».

14:16: «... *el que ocupa lugar de simple oyente, ¿cómo dirá* Amén?».
14:16: «... pues [*él*] *no sabe* lo que has dicho».
14:17: «... pero *el otro* no es edificado».
14:19: «... para entender también *a otros*».
14:26: «... hágase».
14:31: «... para que *todos* aprendan».
14:31: «... y *todos* sean exhortados».

Todo el capítulo 13 desarrolla el tema del amor, el cual, por excelencia, es un fruto *para los demás,* porque un árbol no lleva fruto para sí mismo. Pero, he aquí que en medio de este altruismo general que es el PROPOSITO de todo don del Espíritu, surge la más soberbia muestra de egocentrismo que se pueda encontrar: uno ya no edifica a los demás, sólo se edifica a sí mismo, precisamente lo que Pablo condena en Primera Corintios 13:5: «[el amor] no busca lo suyo». ¡Qué mezquindad! ¡Hacerse señal a uno mismo! Reservar para uno mismo un carisma que Dios daba como señal para los demás. ¡Qué infantilismo, les dirá Pablo en el versículo 20! Porque es, y por cierto con un tono de reproche, o, como lo dice en Hebreos 8:8: «Porque reprendiéndolos», que Pablo les hace comprender que aquel que hablaba en lenguas sólo se edificaba a sí mismo. Es significativo constatar que es en la misma frase que Pablo opone el profeta al que hablaba en lenguas. El hecho es que este último sólo se edificaba a sí mismo, «*Pero* el que profetiza habla a los hombres ... edifica a la iglesia» (14:3-4). Al decir «*Pero*», el Espíritu Santo no sobreentiende que el profeta no se edificara a sí mismo al edificar a los demás. También él sacaba provecho de su carisma, pero *no sólo* se edificaba a sí mismo.

No existe ningún don que no lleve en sí mismo su propia fuente de edificación. El pastor se edifica también cuando apacienta el rebaño del Señor, pero no solo se instruye a sí mismo, instruye a los demás. El doctor de la Palabra no sólo se edifica a sí mismo cuando expone la doctrina, sino que edifica a

los demás. El evangelista obtiene edificación personal de su don, pero son los llamados quienes se benefician. Si el Espíritu pone en oposición los resultados de la profecía y del hablar en lenguas en la misma frase, ello es no sólo porque el primero edificaba a la Iglesia, contrariamente al otro, que sólo se edificaba a sí mismo, sino también porque este último pasaba por extranjero para los simples oyentes (14:11). De hecho, Pablo dice a los Corintios que aquel que profetizaba alcanzaba el objetivo: los demás. En cambio, el que hablaba en lenguas en las condiciones que hemos visto, erraba el blanco. Por su parte, Pedro confirma que el único objetivo posible es: «... Cada uno según el don que ha recibido, minístrelo *a los otros*» (1 P 4:10).

John Stott, en su libro *From Baptism to Fulness of Life* [Del bautismo a la plenitud], dice que «... la edificación de uno mismo no es conforme a la enseñanza del Nuevo Testamento acerca de la edificación. ... ¿Acaso no estamos obligados a admitir que había un uso abusivo de un don espiritual? ¿Qué pensaríamos de un profesor que se diera lecciones particulares a sí mismo? ¿ó de alguien que tuviese un don de sanidad y sólo se sanase a sí mismo? Es difícil justificar el uso para fines personales de un don expresamente dado para el bien de los demás.»

En privado

Es de esta mala interpretación que ha nacido la idea, desconocida en la Escritura, que se podía hablar en lenguas en el propio domicilio, en casa. Pero no hay ni un párrafo, ni una línea, ni una palabra, ni aún una alusión que vaya en tal sentido. Forzosamente: ¿cómo daría Dios este don para uso privado cuando Él lo designó como una señal de uso público para una categoría bien definida de personas? Ejercer ese don en privado... ¡pero eso es la negación del signo y su función! ¿Nos podríamos imaginar al evangelista Billy Graham haciendo una campaña de evangelización en su dormitorio, teniendo como todo su auditorio sólo su propia imagen reflejada en el espejo de su cómoda? ¿Podríamos verle, bajo el pretexto de edificación personal,

predicándose la salvación a sí mismo y, mientras tanto, haciendo invitación a adelantarse a personas que no estuviesen allí? Es posible que obtuviese enseñanzas para sí mismo, pero ese espectáculo de pantomima sería un absurdo. ¿Podríamos comprender que Pablo hubiese escrito sus trece epístolas, señales de su apostolado, pero que las hubiera guardado para su propia edificación, leyéndolas en privado en el transcurso de sus numerosos viajes? De igual modo, hacer señal de lenguas en privado es hacer señal a ... ¡nadie! Es como escribir cartas y nunca enviarlas al correo. ¿Podríamos ver a un predicador pentecostal ejerciendo su don de sanidad para él solo, a puertas cerradas y haciendo el simulacro de imponer las manos a enfermos que no estuviesen allí? ¿No sería la negación de las palabras del Señor Jesús: «Y estas señales seguirán ... sobre los *enfermos* pondrán sus manos ...»? Pero si los enfermos no están allí, la señal es como una rueda loca que gira en el vacío. Lo mismo sucede con el hablar en lenguas distintas al hebreo: Si ESTE PUEBLO de los hebreos no está ahí para ver la señal que le está destinada de manera específica, no va con nada. ¿Admitiríamos acaso en el juego de los bolos que nos limitásemos sólo al placer de lanzar la bola, sin los bolos? Sin ellos, el juego no sería más que una falsa apariencia.

Del mismo modo, hablar en lenguas en solitario, sin su objeto (la señal) y sin su objetivo (el incrédulo), es como jugar a la petanca sin el boliche, o peor aún, jugar al tenis sin contrincante al otro lado de la red.

Los semáforos son señales puestas para los usuarios de las vías públicas. ¿Qué pensaríamos de los responsables del tráfico si montasen los semáforos en una sala del ayuntamiento para hacerlos funcionar en privado? Fuera de los cruces, carece de sentido todo uso de estas señales. De igual manera, ¿de qué serviría la luz verde de hablar en lenguas en solitario, entre cuatro paredes, fuera de la mirada de ESTE PUEBLO al que está destinada la señal? Porque esto es precisamente lo que significa esta señal: que a partir de Pentecostés la luz ha pasado de rojo a

verde, dando vía libre a todas las lenguas de la tierra para que se uniesen a los redimidos entre de los judíos, y ofrecer las alabanzas destinadas al Salvador de *todos* los hombres.

Hay creyentes que creen que ejerciéndolo en privado, pueden servirse de UNA de las componentes de la señal, dejando de lado las otras. Pero no se puede cortar un carisma en rebanadas para retener una parte. Un automóvil tiene una compleja mecánica, y funciona entero, o no funciona. No se puede hacerle girar las ruedas y dejar la carrocería en el garaje. Cuando un automóvil rueda, es todo el automóvil el que avanza. Del mismo modo, las lenguas no se pueden cortar en rodajas como un salchichón. Tenían que edificar a aquel que las hablaba ***Y*** edificar a los otros ***Y*** ser inteligibles o ser hechas inteligibles ***Y*** ser señal para los judíos incrédulos. Habían de ser todo eso a la vez. El don era inseparable de su único y *permanente* propósito: ser señal para los judíos que no creían en la universalidad del ofrecimiento de la salvación (Hch 2:17).

Algunos piensan entrever la posibilidad de ejercer este carisma en privado cuando Pablo dice que, si no hay intérprete en la iglesia, el que tiene el don debería callar y «hable para sí mismo y para Dios» (1 Co 14:28). Desafortunadamente para ellos, la idea de hablar *en lenguas* no se halla en esas palabras. Para encontrarlas ahí, se debe añadir el pensamiento, y por ello manipular el texto. Difícilmente podría Pablo haber imaginado tal cosa, por cuanto acababa de decir: «Las lenguas son por señal … a los incrédulos» (14:22). *Siendo las lenguas una señal vocal audible, ¿cómo podría nadie hacerse oír verbalmente por los incrédulos si estaba hablando en forma no audible, en secreto, a sí mismo y a Dios?*

Después de leer la primera edición de mi libro, un amigo me dijo: Para ti, todo se reduce a que se trata de una señal. ¡Claro! Tomemos una señal de tráfico, por ejemplo. Uno puede discurrir dilatadamente acerca de su altura, su forma, el color, la fosforecencia y el tamaño de sus letras. Pero por muy preciso que uno sea en sus observaciones, no hay manera de rehuir el hecho de que su único y definitivo propósito será el de actuar como

señal. Lo mismo con el hablar en lenguas: se mire como se mire, el Espíritu Santo dijo que eran SEÑAL para el Israel incrédulo.

Acerca de este punto, como en los demás, constatamos que no se observan las reglas del juego. En lugar de las reglas divinas, el hablante en lenguas aislado ha puesto las suyas. La gravedad de este asunto debe valorarse de acuerdo con Segunda Timoteo 2:5: «Y también el que lucha como atleta, no es coronado si no lucha legítimamente.»

CAPÍTULO 8

El fin de hablar en lenguas

Hemos visto en la introducción la severa condena que hace el pentecostalismo conservador contra lo que llama las falsas doctrinas carismáticas. Los mismos puntos de su doctrina, analizados según su propio método, ya han revelado siete importantes pasos falsos:

1. Las palabras dichas en lenguas no se dirigían nunca a los hombres.
2. No era una señal para los creyentes.
3. Era una señal para los judíos incrédulos.
4. No era una lengua incomprensible.
5. La interpretación actual es una falsificación.
6. Que Jesús no hablara en lenguas confirma el concepto de una señal dirigida exclusivamente a *este pueblo* (Israel) acerca de la entrada de los gentiles en la iglesia.
7. El uso privado del hablar en lenguas es desconocido en la Escritura; sería la negación de la señal de la cual es portador.

Procedamos en primer término por deducción. Los puntos 3 y 6 serían suficientes, por sí mismos, para probar, según lo que el Espíritu dice, que el don ha cesado desde hace ya mucho tiempo.

Agustín de Hipona había comprendido muy bien el propósito del hablar en lenguas. Era, para él, la señal dada a «este pueblo», que Dios derramaba su Espíritu sobre toda carne, es decir, sobre todo hombre, fuese cual fuese la lengua o nación a que perteneciese. «Eran señales apropiadas para aquella época. Estaban destinadas a anunciar la venida del Espíritu Santo entre los seres humanos de todas las lenguas para demostrar que el Evangelio debía ser anunciado a todas las lenguas de la tierra: Eso

sucedió para anunciar algo y luego desapareció» *(Homilías acerca de la primera epístola de Juan.)*

Esto es de una claridad y de una lógica tales que hacen de ello casi una perogrullada. La Iglesia primitiva fue siendo cada vez menos judía y cada vez más compuesta por personas de todas las lenguas, y por tanto cada vez más convencida de la universalidad de la oferta de salvación. Una vez el asunto estuvo plenamente admitido, no quedaba nadie por convencer de que Dios había amado de tal manera «al mundo» y no solamente a Israel. Jehová era más que el Dios de aquellos que hablaban hebreo. Era también el Dios de los que hablaban otras lenguas. Una vez que esta verdad ya no se pone en duda en la Iglesia (y ni siquiera en el mundo), el carisma que era su señal ya no tenía su razón de ser. Dios lo retiró, como había retirado al cielo el lienzo que había aparecido por tres veces a Pedro, porque ya no lo necesitaba. Conservar una señal que ha dejado de señalar nada a nadie equivaldría a mantener letreros de disminución de velocidad en una carretera donde los trabajos hubieran terminado desde hace tiempo. Eso sólo sembraría la confusión en el espíritu de los automovilistas.

Un poco más de conocimiento, por favor

Para muchos incondicionales del hablar en lenguas, lo que más les exaspera es que esos dones del Espíritu, tan útiles para la Iglesia apostólica, pudieran ya no existir cuando la Iglesia aún existe. Dicen que si la Iglesia de los primeros tiempos los necesitaba, cuánto más la que ha llegado a los difíciles tiempos finales. ¡Ay de ellos! Esta aparente lógica no resiste un mínimo de reflexión y de conocimiento de las Escrituras.

Al debatir acerca del tema con unos de mis buenos amigos, me citó esos dos pasajes más que conocidos: «Jesucristo es el mismo ayer, y hoy, y por los siglos» (He 2:18) y «Porque irrevocables son los dones y el llamamiento de Dios» (Ro 11:29). Según su opinión, todo lo que está escrito en la Biblia, así como todos los dones de antaño, eran válidos hoy día. Le pregunté si, según la Palabra, había hecho circuncidar a su hijo y si ofrecía los

sacrificios prescritos para las fiestas de Jehová. Sorprendido en primer término por la pregunta, reconoció que había hablado apresuradamente, porque, si bien es cierto que la Palabra de Dios permanece para siempre, algunas de sus enseñanzas ya no son aplicables en la actual dispensación. Precisó diciendo que desde luego ciertas prácticas del Antiguo Testamento ya no nos concernían, pero que no era así con el Nuevo Testamento; debemos recibirlo enteramente y, por encima de todo, las palabras de Jesús. Abriendo entonces mi Biblia, le pedí que me explicara las palabras de Jesús en Mateo 10:5, donde él envía a los doce con esa orden precisa: «Por camino de gentiles no vayáis», lo que significaba que no debían ir a predicar el Evangelio más que a los judíos.

–¿Acepta usted esta palabra del Señor para usted mismo hoy en día? Después de un momento de reflexión respondió que no había pensado nunca en ello.

–Por consiguiente, ¿esta palabra ya no es actual?

–No.

Le pregunté entonces si existía aún el don del Espíritu, el más auténtico y verificable de todos, el de añadir paginas de doctrina y de profecías inspiradas, tan útiles para edificar la iglesia.

–No.

–Entonces, ¿cree usted también que Dios ha retirado ese don?[5]

–Sí.

–En su opinión, ¿dice la Biblia que ese don ha cesado?

–No, que yo sepa.

–¿Y, sin embargo, usted cree que ha cesado?

–Sí.

–Por tanto, usted cree que este don del Espíritu ha cesado, aún

[5]Algunos piensan haber encontrado el fin de la inspiración de la Biblia en Ap 22:18, pero ese versículo sólo concierne a «la profecía de ESTE libro». La misma prohibición de añadir sea lo que sea a la ley se encuentra en Dt 12:33. Sin embargo, numerosos libros han sido añadidos al Pentateuco. La razón de la finalización de la inspiración se encuentra en otro lugar, pero eso desbordaría el marco de nuestro estudio.

cuando la Biblia no dice en ninguna parte que haya cesado. Dígame, ¿porqué rehúsa usted creer en el final del don de lenguas, cuando la Biblia dice que las lenguas cesarán? (1 Co. 13:8).

En cuanto al final de la inspiración, el pentecostalismo comparte la posición doctrinal común a todos los medios evangélicos. Pero descubrimos, entre muchos de ellos, como una incomodidad para hablar al respecto. ¿Por qué? Porque se hace necesario entonces admitir que Dios ha retirado ese don. De este modo se abre una brecha en sus flancos, porque si el Espíritu Santo ha retirado el carisma más evidente de todos, nada puede ya oponerse a la idea bíblica de que otros hayan cesado.

Por lo demás, el mismo Espíritu que el día de Pentecostés hizo acompañar su bautismo de un viento recio y de lenguas como de fuego, ha hecho cesar estas dos manifestaciones que no volvemos a encontrar en ninguna parte en la continuación de los acontecimientos bíblicos. Por lo tanto, ya no se puede invocar este falaz argumento que consiste en decir que si la Iglesia del primer siglo tenía necesidad de aquellas dos manifestaciones, con tanta más razón la de hoy; ni que si aquellas señales se han producido antaño, deben obligatoriamente verse todavía. Dios las retiró muy poco después de haberlas dado, y debemos conformarnos con ello. Por tanto, si la Iglesia ha pasado muy bien sin las «lenguas de fuego» y el «estruendo», durante diecinueve siglos, y continúa sin ver eso hoy en día (y eso también es cierto en el caso de las Iglesias Pentecostales), es porque la iglesia no tiene necesidad de tales cosas. Es la prueba de que ciertos dones y sus manifestaciones no iban a ser permanentes.

¿Cuándo?

Pasemos de la deducción lógica a los textos. La pregunta que viene de forma natural al pensamiento es: ¿Cuándo debían cesar las lenguas? La idea admitida en las esferas pentecostales y carismáticas es que el final del don de lenguas estaría ligado a esta frase de primera Corintios 13:10: «Cuando venga lo perfecto», eso perfecto siendo, según ellos, el regreso de

Jesucristo. Ahora bien, **¡en ninguna parte de la Biblia se encuentra escrito que el don de lenguas cesará a la venida de lo que es perfecto!** Basta con leer lenta y reposadamente la Palabra de Dios. Todo es transparente en los versículos de ese capítulo 13, a menudo explicados al revés. En el versículo 8 está escrito:

1. – Las profecías se acabarán,
2. – cesarán las lenguas (no continuarán),
3. – la ciencia[6] acabará.

Queda muy claro. Sin transición alguna, el versículo 9 que sigue nos va a decir qué es lo que va a desaparecer cuando venga lo perfecto. Leamos atentamente:

1. – En parte conocemos (don de conocimiento).
2. – En parte profetizamos (don de profecía).
3. – ¿¿¿ ???

¿Qué ha sucedido con el don de lenguas? No lo encontramos aquí. Alguien nos escribió que en efecto no está aquí, *¡pero que era como si estuviese!* Es de temer que algunos lo introducen mentalmente en el versículo 9 para persuadirse de que este don permanece con los demás hasta que haya venido «lo perfecto». Pero el Espíritu Santo nunca lo dijo ni lo enseñó. Al contrario, lo que Él enseña, como ya lo hemos destacado una y otra vez, es que

[6]Para tratar de probar que el don de conocimiento existe siempre, algunos le dan el sentido de evidencia y de revelación profética, como por ejemplo, tener conocimiento de un hecho, de una situación, de un pecado ignorado, que serían entonces revelados por una palabra que recibe el nombre de «conocimiento». Esta palabra *gnosis*, que se encuentra 28 veces en el Nuevo Testamento, nunca se emplea en este sentido. Se comprende siempre en el sentido de «saber inteligentemente», de «ciencia».

—1 Co. 8:1: «En cuanto a lo sacrificado a los ídolos, sabemos que todos tenemos *conocimiento*.»

—1 Co. 8:7: «Pero no en todos hay este *conocimiento*.»

—1 Co. 8:10-11: «Y por el conocimiento tuyo se perderá el hermano débil.»

—1 Co. 14:6: «Si yo voy a vosotros hablando en lenguas, ¿qué os aprovechará, si no os hablare con revelación, o con *ciencia*, o con profecía, o con doctrina?» Este último texto demuestra claramente que el conocimiento es otra cosa que la profecía, que la revelación o que cualquier otra evidencia. Es, según Ro 2:17-20 (J.N.D) «Tener el conocimiento de la voluntad de Dios, discernir las cosas excelentes (diferenciar las cosas); es el verdadero *conocimiento* que tiene a la ley por regla.

este don está unido a algo absolutamente diferente. Está unido al PROPOSITO para el que Dios lo dio. Y este propósito fue plenamente alcanzado cuando fue admitido ampliamente en la Iglesia que «las lenguas, tribus, pueblos y naciones» entraban en el nuevo pacto al mismo nivel que «este pueblo». Habiendo llegado este hecho a ser de tal manera evidente, universalmente creído, aceptado, y sobre todo, no siendo ya discutido por nadie, esta señal ya no tenía razón de ser. Estas «lenguas como de fuego» se han apagado, no por la venida de lo que es perfecto, sino por falta de su combustible natural: la presencia de «este pueblo» y de su incredulidad para aceptar la salvación de los demás pueblos. Las estrellas, como lo sabe cada cual, sólo se ven y son útiles de noche. Se apagan a la luz del día. Igualmente, las lenguas sólo eran útiles para el oscurantismo de un Israel anclado en una incredulidad en cuanto a la elección de personas de lenguas extrañas.

Para ponerme en un apuro, uno de los grandes líderes carismáticos de Francia me preguntó recientemente cuándo exactamente se extinguió el don de lenguas, y cómo se llamaba la última persona que lo tuvo. Le respondí en plan humorístico: «¡Dígame cuándo y por qué decreto fueron declaradas obsoletas las luces de gas en nuestras ciudades, y el nombre y la edad del último encendedor de lámparas!» Pero todo el mundo sabe que la iluminación con gas llegó a su fin natural con la llegada de las lámparas eléctricas. El don se extinguió por sí solo cuando se hizo toda la luz acerca del llamamiento de los gentiles.

Puesto que el Espíritu Santo no vincula el final de las lenguas con la venida de lo que es perfecto, es superfluo extenderse para saber si ese «lo perfecto» se identifica con el Señor Jesús y su regreso, o si se trata, como muchos piensan, de la culminación de la revelación escrita. Que se trate de lo uno o de lo otro, ya no tiene ninguna incidencia sobre nuestro estudio. Las consideraciones que se hacen habitualmente en el debate, como: «lo que es en parte se acabará», «mas entonces veremos cara a cara», «entonces conoceré como fui conocido», etc. ... del final del capítulo 13, carecen en adelante de interés por lo que respecta

al final del don de lenguas, porque no tienen relación con este final. Puesto que el Espíritu Santo ha descartado soberanamente las lenguas del versículo 9, sólo enlazando el conocimiento y la profecía con la venida de lo perfecto, ¿quién va a tener la audacia de introducirlas (lo que falsearía el debate), como si Dios el Espíritu Santo se hubiera «olvidado» de ponerlas allí?

¿Seis, o tres?

Para no dejar en suspenso una respuesta ulterior, haremos *como* si las lenguas se encontrasen en el versículo 9. Vamos a demostrar que «lo perfecto» no puede ser sinónimo del regreso de Cristo.

Es necesario señalar que Pablo no habla de tres cosas sino de SEIS:

–conocimiento
–lenguas
–profecías
–fe
–esperanza
–amor.

El Espíritu precisa que de estas seis, las únicas que no cesan son las tres últimas, la fe, la esperanza y el amor,[7] que persisten hasta el regreso de Cristo. Es imposible expresarse con mayor claridad. Si de seis hay tres que PERMANECEN, significa que hay tres que NO PERMANECEN. ¿Y cuáles son? Se describen con todas sus letras: el conocimiento, las lenguas y las profecías. Persistir en negar la desaparición precoz de aquellas tres equivaldría a hacer decir al Espíritu Santo: SEIS COSAS PERMANECEN hasta la venida de Jesús. ¡Perdón! dice Pablo: De las seis, hay sólo tres que van a permanecer hasta el final; las otras no van a permanecer, van a detenerse antes. ¿Y cuándo van a detenerse? *Cuando venga lo perfecto.* Puesto que la venida de esto perfecto se sitúa antes del regreso de Jesús, estando Él al

[7]El amor, siendo eterno, no cesará jamás. La fe y la esperanza cesarán de estar presentes cuando venga el Señor (2 Co 5:7; Ro 8:24-25).

final junto a las otras tres, por tanto, esta expresión no puede en modo alguno significar el día de su Advenimiento. Porque si es aquello lo que significa, es necesario tachar la Palabra de Dios y recargarla con una rectificación, que algunos ya han realizado mentalmente: ¡¡SEIS COSAS PERMANECEN!! El Espíritu Santo ha dicho TRES. Hay que elegir.

¿Qué significa «lo perfecto»?

Antes de cerrar este capítulo vamos a responder a una última objeción que permitirá explicar lo que significa «cuando venga lo perfecto». Algunos dirán que si las lenguas han cesado, el don de conocimiento y profecía también han sido retirados. Esto lo admitimos sin dificultad, y vamos por ello a explicarnos:

Cuando Pablo escribía estas líneas (v. 8) el canon de las Escrituras no estaba cerrado. Casi todo el Nuevo Testamento, incluyendo tres de los cuatro evangelios, estaban aún por escribirse. ¿De qué está compuesta la Palabra de Dios? De *conocimiento* que comunica y de *profecías* que revela. En la época en la cual estos dos elementos constitutivos por la fe cristiana no estaban aún sellados en el Nuevo Testamento, había en las reuniones de la Iglesia primitiva, y dadas por el Espíritu, una palabra directa de conocimiento y una edificación profética también directa (1 Co 12:8). Pablo, y otros con él, nos darán a conocer por escrito el conocimiento del Señor y de su enseñanza y nos darán todas las revelaciones proféticas necesarias para el desarrollo de nuestra vida espiritual. Pablo dirá a los Efesios: «... podéis entender cuál sea mi conocimiento en el misterio de Cristo» (Ef 3:3-4). Este conocimiento y estas profecías, incluso las escritas, son, a pesar de todo, sólo parciales (Jn 21:25; 1 Cor 13:9), pero son plenamente suficientes para nuestra salvación y nuestra edificación, juzgando Dios que no era útil decir más ni acerca de su Hijo ni acerca del porvenir. Pero una vez todo este conocimiento y todas estas profecías, aunque parciales, estén consignados en el Nuevo Testamento, estos dos carismas también tendrán su fin. Con la finalización del canon de las Escrituras ha llegado «lo perfecto». Los numerosos testimonios de la

perfección de la Biblia se resumen todos en este maravilloso versículo 96 del Salmo 119: «A toda perfección he visto fin; amplio sobremanera es tu mandamiento (la Palabra).» Esta perfección es tal que desde hace alrededor de mil novecientos años no se ha añadido nada a ella. Desde entonces hay sólo un conocimiento y profecías en un segundo grado; son sólo comentarios de las primeras. Son una explicación de las mismas, una interpretación que nunca añadirá nada a lo que ha sido escrito, y cuyo valor inspirado no puede en caso alguno serle comparado; si no, sería necesario añadirlos a la Biblia. Puede haber una profecía del género de las de Ágabo que anunció una gran hambre (Hch 11:28), pero que no tiene nada en común con aquellas de las cuales Pablo decía: «Edificados sobre el fundamento de los apóstoles y profetas, siendo la principal piedra del ángulo Jesucristo mismo» (Ef 2:20). Hay, por tanto, el conocimiento y la profecía de los *fundamentos,* a los cuales nadie puede añadir nada. De este «conocimiento» y de estas «profecías» de los fundamentos, Pablo había dicho que cesarían a la venida de lo perfecto. Habiendo llegado la revelación perfecta, todo cristiano puede decir con él que el uno y las otras han cesado con las últimas líneas escritas por el autor del Apocalipsis.

He aquí lo que dice al respecto el doctor Scofield en su Biblia con comentarios, página 1181: «El profeta del Nuevo Testamento no era un simple predicador, sino un predicador inspirado que comunicaba las revelaciones correspondientes a la nueva dispensación (1 Co 14:29-30) *hasta que hubiese sido terminada la redacción del Nuevo Testamento*».

Como la serpiente de bronce

La serpiente de bronce que Moisés había fabricado lo había sido por orden de Dios y había servido para la salvación de aquellos que habían creído a la Palabra de Dios. El Señor Jesús la evoca con ocasión de su memorable entrevista con Nicodemo. Llega hasta a trazar un sorprendente paralelo entre su persona, su

obra y la serpiente: «Y como Moisés levantó la serpiente en el desierto, así es necesario que el Hijo del Hombre sea levantado» (Jn 3:14). Esa serpiente de bronce había sido piadosamente conservada durante siglos. ¿Qué hizo con ella el buen rey Ezequías? «Él quitó los lugares altos, y quebró las imágenes, y cortó los símbolos de Asera, e hizo pedazos la serpiente de bronce que había hecho Moisés, porque hasta entonces le quemaban incienso los hijos de Israel; y la llamó Nehustán (cosa de bronce)» (2 R 18:4). Aquella serpiente había llegado a ser una ocasión de caída para Israel. Era, sin embargo, la misma serpiente de antaño. No era una copia trucada, no se trataba de una imitación de la verdadera. Era la verdadera, la buena, la original. El uso inicial, que había sido mirarla, había sido reforzado y enriquecido con los siglos. Se le ofrecían perfumes. Bajo el pretexto de afecto a Dios, había terminado por tomar el lugar de Dios y había llegado a ser un ídolo como los demás. ¡Podemos estar seguros de que el que denunció el uso caduco de la serpiente no logró la unanimidad a su alrededor! Los partidarios de la serpiente de bronce podían, en apoyo de su fe, invocar antecedentes históricos, bíblicos y, sin duda, experimentados. Podían argumentar que el Dios que lo había ordenado no cambia porque permanece el mismo ayer, hoy y por los siglos; y que lo que había sucedido en el desierto podría aún suceder en sus días; que el poder de Dios no había cambiado y que, sobre todo, **no se había dicho ni una palabra con respecto al fin de su acción, de su uso y de su utilidad**.

En realidad, las actividades espirituales que rodeaban a esta reliquia habían llegado a ser una abominación. Para muchos, las lenguas son también una reliquia que llevan en su corazón, de las cuales hablan sin cesar, y a las cuales consagran una devoción sin límites. Las defienden diciendo que Dios mismo las dio. Pero Dios había dado también una serpiente de bronce, para una ocasión determinada y por un tiempo limitado. Más allá de ese tiempo, llegaba a ser caduca, como alimentos o medicamentos que han sobrepasado la fecha límite de consumo y que llegan a ser peligrosos. La sanidad se transforma en infección. Es lo que

sucedió con la serpiente de bronce; la vida espiritual de sus adoradores quedó con ello infectada. Cuando la serpiente les fue quitada, muchos debieron ver declinar su fervor espiritual porque no tenían nada tangible a lo cual aferrarse. He llegado a comprender también por qué algunos se aferraban al hablar en lenguas con una especie de frenesí. Su vida espiritual era tan pobre, tan poco fundamentada sobre la Biblia, que si perdían aquello ya no les quedaba absolutamente nada.

El maná

Durante sus cuarenta años en el desierto, los Israelitas recibieron, seis días de cada siete, aquel don del cielo que era el maná, el pan de arriba que descendía a la tierra. Ese don era la señal, la prueba por anticipación de que ricas cosechas les esperaban en Canaán. Aquello duró cuarenta años, pero desde su entrada en la tierra prometida, el maná cesó de caer. El Dios que lo había dado lo retiró también. ¿Por qué? Porque tenían en adelante las cosechas del país. Habiéndose hecho realidad el don, señal y figura a la vez de las cosas prometidas, se detuvo. Y así como el maná anunciaba al pueblo judío las cosechas de Canaán, el don de lenguas anunciaba al pueblo judío la cosecha de los gentiles. Y así como el maná no continuó, el don de lenguas tampoco continuó cuando la cosecha de los gentiles llegó a ser una evidencia que nadie pudo negar o combatir.

Pasemos de la ilustración bíblica a la doctrina:

I. El juicio[8] que el hablar en lenguas anunciaba sobre el Israel incrédulo (Is 28:11-13; 1 Ts 2:16; 1 Co 14:21) cayó dramáticamente sobre la nación, a partir del año 70 en adelante con la caída de Jerusalén, y la dispersión mundial del pueblo judío.

[8]Ver capítulo 10, *Las lenguas de fuego.*

II. La entrada masiva de los pueblos de lenguas extranjera en la Iglesia, anunciado también en el hablar en lenguas extranjeras, se realizó paralelamente con la puesta aparte y el juicio de Israel. La señal había sido enteramente consumada. Tan consumada como el gran «Consumado es» de la cruz que prohíbe toda renovación de ese sacrificio. El hablar en lenguas tampoco se perpetúa, según lo profetizado por el Espíritu: «Cesarán las lenguas» (1 Co 13:8).

CAPÍTULO 9

La séptuple bendición del Espíritu

Siendo la Biblia divinamente inspirada, las palabras que se emplean en ella son siempre las que mejor convienen para hacernos comprender las verdades que desea comunicarnos. Allí donde se emplean ciertas expresiones, no tenemos libertad de entremezclarlas ni de hablar de ellas como si fueran intercambiables o sinónimas. Vamos a verlo en relación con la séptuple bendición del Espíritu Santo.

I. El DON del Espíritu Santo. Leemos en Hechos 2:38: «Arrepentíos, y bautícese cada uno de vosotros en el nombre de Jesucristo para perdón de los pecados; y recibiréis el don del Espíritu Santo.» El Espíritu era el DON del Padre a la Iglesia, y, se da por sabido, a cada creyente individualmente, según la promesa reiterada de Jesús en Hechos 1:8. Esta promesa se cumplió el día de Pentecostés. Es un hecho histórico. El Espíritu fue dado, como la herencia fue dada a Abraham y a Israel, como un don de Dios a su pueblo. Pero, aunque Dios haya dado a Israel esta herencia completa y de una sola vez, Moisés dijo: «Todo lugar que pisare la planta de vuestro pie será vuestro» (Dt 11:24). ¿Cómo podía decir aquello si ya les pertenecía por don divino? Porque hay que hacer una distinción entre la herencia y la posesión. La herencia era todo lo que Dios daba a Israel sin reserva; la posesión era aquello de lo que se apropiaban. Así sucede con el Espíritu Santo; Dios nos lo ha dado y Él no puede dárnoslo más enteramente; pero hay un sentido en el cual, habiendo recibido el don, es necesario hacer de esa herencia nuestra posesión. Siempre que hay una donación ha de haber una recepción. Así, tanto para el don como para la salvación,

llega a ser propiedad personal sólo cuando lo recibimos. Es necesario apropiarnos de él por la fe, como se dice en Gálatas 3:2, 14. Es «*por la fe*» que hemos «recibido la promesa del Espíritu.»

II. El SELLO del Espíritu. «Habiendo *creído* en él, fuisteis sellados con el Espíritu Santo de la promesa» (Ef 1:13); «... con el cual fuisteis sellados para el día de la redención» (4:30). «Sellados» por Aquel que es el DON y el SELLO. Es significativo que eso sea dicho a los Efesios. Éfeso era un puerto marítimo animado por un gran comercio de madera. Los negociantes compraban en Éfeso los troncos de árboles que eran en seguida encaminados por flotación hasta su destino. Al adquirir sus lotes, les ponían el sello que certificaba que les pertenecían hasta el día de la recuperación (redención). Así, se nos presenta este SELLO no como el primer beneficio de la redención sino como su aspecto final, la glorificación de nuestro cuerpo. Pero, aún cuando aquel día no haya aún amanecido, cada hijo de Dios lleva el SELLO que atestigua que es propiedad indubitable de Dios.

III. La MORADA del Espíritu. «¿No sabéis que sois templo de Dios, y que el Espíritu de Dios mora en vosotros?» (1 Co 3:16). En el aposento alto, Jesús había dicho a sus discípulos, hablando del Espíritu: «Mora con vosotros, y estará en vosotros» (Jn 14:17). ¿No estaba aún en ellos? El Espíritu Santo estaba en acción en el Antiguo Testamento. Venía sobre el pueblo de Dios y tomaba posesión de algunos para un servicio especial, pero no moraba en ellos como en el Nuevo Pacto. Lo que distingue la nueva dispensación de la anterior es que el creyente ha recibido el Espíritu de adopción (Ro 8:15) que hace de él su morada interior y permanente. Y esto independientemente de su nivel espiritual y de su carácter. Es necesario observar que este pasaje aparece en la carta a la Iglesia de Corinto, y sabemos en qué estado estaba aquella Iglesia: la calidad de vida era mediocre, el testimonio indigente

y sus miembros eran culpables de errores morales y doctrinales. Pablo no les alentó a buscar esta morada interior; la reconoce de hecho y se sirve de ella para invitarles a un género de vida cristiano más noble y más digno de esta morada. Por lo demás, no nos es dada ninguna advertencia en el sentido de que Él pudiera abandonar algún día nuestra vida. Podemos entristecerlo y acallarlo a causa de nuestros pecados, pero no podemos desterrarlo de nosotros. Dios se ha apropiado de nosotros para su morada interior.

IV. Las PRIMICIAS del Espíritu. Segunda Corintios 1:22 y Efesios 1:14, dicen que el Espíritu de la promesa es las arras o prenda, o primicias de nuestra herencia. Es un adelanto de lo que ha de venir. Los espías que fueron enviados para explorar Canaán dieron un informe a Moisés y trajeron el racimo de uvas de Escol. Esas uvas eran las primicias de lo que esperaba al pueblo cuando entrara en la tierra prometida. Era una prueba y una muestra de lo que les estaba reservado. Del mismo modo, el Espíritu Santo es la prueba, el saboreo anticipado, la muestra, las arras de lo que nos espera. Por más enriquecedoras que hayan podido ser nuestras experiencias en el Espíritu Santo, las más benditas son sólo un anticipo. Es una forma de decir que, para el creyente, lo mejor está siempre por venir. Es triste para un hombre que sus más hermosos días estén ya en su pasado; para nosotros, los que creemos en Cristo, nunca es así. Todo está por delante de nosotros.

V. La UNCIÓN del Espíritu. «Y el que nos confirma con vosotros en Cristo, y el que nos UNGIO, es Dios» (2 Co 1:21). La unción señala una puesta aparte para el servicio. Era practicada sobre diversos objetos de culto (Ex 30:26-29). En el Antiguo Testamento, los sacerdotes, los reyes y los profetas eran ungidos para el servicio que les era impartido. En el caso del Señor Jesucristo, esta unción no fue de orden físico, sino la que venía directamente del Espíritu Santo (Lc 4:18; Hch 10:38). Esta unción le puso aparte para el triple ministerio de Sacerdote, Rey

y Profeta. Sus redimidos, habiendo sido apartados por Dios como reyes y sacerdotes (1 P 2:5, 9) han recibido también una unción espiritual (2 Co 1:21) mediante la venida del Espíritu de adopción en sus corazones. Acerca de esta unción se dice además en Primera Juan 2:20, 27: «Pero la unción que vosotros recibisteis de él permanece en vosotros.» Pero, uno puede ir y enterrar el talento y la unción que la acompaña, ó evadir sus responsabilidades como Saúl, que, aun cuando había recibido la regia unción, trataba de eludir sus responsabilidades ocultándose detrás del bagaje, ó aún peor, se puede servir a Dios con una mentalidad contraria a la unción recibida, lo que sucedió más tarde a Saúl. Su servicio a Dios fue manchado por tales desobediencias que la unción con la cual había sido ungido irreversiblemente llegó a ser a tal punto ineficaz que Dios debió retirarse de él.

¡Qué diferencia cuando esta unción que permanece encuentra en el creyente a un instrumento obediente y consagrado! Hay entonces ríos de agua viva que brotan para bendición de los demás y de él mismo.

VI. La PLENITUD del Espíritu. «No os embriaguéis con vino, en lo cual hay disolución; antes bien sed llenos del Espíritu» (Ef 5:18). Dado que el Espíritu Santo es una persona, no podemos recibir menos que su Persona y la plenitud que Él representa. Es de notar que la plenitud del Espíritu Santo es dada al creyente desde el inicio de su nueva vida, según lo que nos dice Juan 3:34: «Pues Dios no da el Espíritu por medida». Es llamado a vivir en la medida de esta plenitud. Si Dios no nos ha medido el Espíritu nosotros no hemos de medirlo. Es como si un mendigo, de súbito heredero de una fortuna, continuara vestido de harapos. Se le podría decir: ¡Ahora que usted es rico, séalo! Haga que su plenitud de riqueza se refleje en su manera de ser. Es así como los gramáticos ven Efesios 5:18: «Sed, estando llenos del Espíritu». Dicho de otra manera: «No seáis más príncipes con apostura de vagabundos. ¡Sed príncipes!» Siendo este el sentido, es evidente que se puede ser cristiano sin

gustar la plenitud. Mi seguridad interna no estará comprometida, pero mucho en mi vida estará afectado por ella. Alguien preguntará: ¿Quiere usted decir que es posible, para un verdadero creyente, vivir, morir e ir al cielo sin haber vivido alguna vez la plenitud del Espíritu? Sin titubear contesto: «¡Sí!». ¿Qué significa esta exhortación a ser llenos del Espíritu? Sencillamente dejar al Espíritu que nos posea y controle. Si un vaso está lleno de agua, el agua toma posesión del vaso pero no lo controla, hasta ahí llega la comparación. Pero cuando el contenido es el Espíritu Santo, hay una idea de control desde el interior añadida a la llenura. Si le cedo a medias mi personalidad hay probabilidades de que la otra mitad de mí mismo escape de Su control. Pero, ¿cómo ser lleno? Muchas predicaciones hechas en este sentido apelan a las emociones antes que a la inteligencia. Pero la fe debe tener una base intelectual; debemos saber lo que nos demanda y como hacer frente a aquellas demandas. Ser lleno del Espíritu Santo significa que Él tome vuestro espíritu y piense a través de él; que tome vuestro corazón y sienta a través de él; que tome vuestra conciencia y juzgue por medio de ella; que Él tome vuestra voluntad y decida por ella; que Él tome todo vuestro ser y que lo use como a Él le plazca. Eso puede hacerse sin una pizca de emoción. Ninguna de estas bendiciones se apoya sobre sentimientos de exaltación. Algunos son más emotivos que otros; ¿acaso estos últimos se sienten más frustrados que los primeros? En absoluto: Todas las familias del mundo, ya sean latinas, germanas, eslavas u otras pueden, con calma, comprendiendo aquello que se les solicita, abrir su vida a la plenitud del Espíritu.

VII. El BAUTISMO del Espíritu Santo. Cada una de las operaciones que acabamos de ver a vuelapluma viene sólo del Espíritu Santo. Si Él las ha diferenciado no es para que nosotros las confundamos. Estoy seguro de que Dios nos perdonará si a la bendición precedente la llamamos «bautismo» en lugar de «plenitud», pero, por favor, pongamos en orden nuestra

clasificación. No pongamos la etiqueta de un buen Rioja ni siquiera en un excelente manchego. La naturaleza de estos dos vinos «produce of Spain» no quedaría afectada, pero la confusión sería intolerable. La Palabra de Dios nos dice en Hebreos 4:12 que es viva y eficaz; corta, penetra y discierne. Cada uno de sus calificativos es específico. Por tanto, si deseamos hablar del bautismo del Espíritu, debemos concederle su especificidad. El bautismo no es el don, ni el sello, ni la morada interior, ni las primicias, ni la unción, ni la plenitud, aún si han venido juntas al mundo y están asociadas orgánicamente. Un niño no viene al mundo en piezas de repuesto intercambiables. Sería un pequeño monstruo si fuéramos a decir que su cabeza camina, sus pies piensan, su hígado respira y sus pulmones ven. Cada cosa en su lugar y un lugar para cada cosa, como decía mi padre. En la compleja obra del Espíritu Santo, ¿cuál es el lugar, el papel y el objetivo de este bautismo?

A. ¿Dónde se sitúa en el tiempo?

Veamos, en primer término, el lugar que ocupa en el tiempo. No es superfluo volver a decir que es mencionado en cada uno de los evangelios y en el primer capítulo de los Hechos siempre en el futuro: «Él os bautizará …». Pero después de Hechos 1 sólo es visto en el pasado. Esta constancia parece insignificante a la primera vista, pero va a ocupar un importante lugar en el debate. Haciendo abstracción de mis convicciones y de mis investigaciones anteriores al respecto, emprendí la búsqueda de todo aquello que pudiera encontrar acerca de este punto preciso. Sin excepción alguna, los comentarios iban todos en la misma dirección, salvo en los escritos pentecostales, en los cuales esta verdad no es nunca, pero nunca jamás, revelada. No se trata de un olvido; procede de una voluntad determinada a ignorarla. Es el silencio total. Los medios carismáticos, en todas sus tendencias, enseñan que el creyente debe buscar el bautismo del Espíritu Santo. Ahora bien, he aquí que la Biblia sitúa este bautismo en el pasado de los creyentes, aún de los creyentes infantiles como los de Corinto. Y no solamente habían sido bautizados en el Espíritu, sino que TODOS lo habían

sido. Si existe un bautismo tal que un cristiano no poseyera y debería tratar de obtener, ciertamente habría alguna Escritura para decirlo y algunos pasajes exhortando a buscarlo y a recibirlo, pero no encontramos ninguno. En tanto que Dios exhorta a hacer todo lo posible para intentarlo todo con vistas a

–ser lleno de la plenitud del Espíritu (Ef 5:18)
–esforzarse para conservar la unidad del Espíritu (Ef 4:3)
–no contristar al Espíritu (Ef 4:30)
–andar en el Espíritu (Gá 5:16,25)
–no apagar al Espíritu (1 Ts 5:19), nunca encontramos una exhortación semejante para el bautismo del Espíritu. No se recomienda ninguna búsqueda, ninguna «espera». Este bautismo es como el matrimonio y la salvación, se vive cada día, sin nunca más ser contraído ni buscado. A la Iglesia de Corinto, que vivía muy por debajo del nivel normal de la vida cristiana, Pablo escribió así: «Porque por un solo Espíritu fuimos todos bautizados en un cuerpo …» (1 Co 12:13). El tiempo empleado excluye toda posibilidad de error en cuanto al momento y al suceso apuntado. Mateo, Marcos, Lucas, Juan miran hacia delante; Primera Corintios 12:13 mira hacia atrás. ¿Dónde coinciden ambos? Sin discusión posible, en Pentecostés.

B. ¿Es el bautismo del Espíritu una Segunda Experiencia?

¿Es acaso EL BAUTISMO DEL ESPÍRITU una segunda experiencia? Si esta doctrina es el fundamento de todo el sistema pentecostal, es necesario saber que no todos entre ellos ven el asunto de igual forma. Un muy querido amigo pastor, que evoluciona en la franja moderada del movimiento, me certificó que él veía el bautismo del Espíritu Santo no como una segunda experiencia, sino como la entrada del creyente en el cuerpo de Cristo. En cuanto al hablar en lenguas como señal emocional, obligatoria o evidente de ese bautismo, algunas voces, aunque tímidas, se elevan en estos medios para plantear el asunto, pero son aún la excepción. En cuanto a la «segunda» experiencia, es el libro de los Hechos el que va primeramente a informarnos al respecto.

a) En Pentecostés

Es en Pentecostés, y no algunas semanas antes, en Juan 20:22, que los discípulos tuvieron la experiencia inicial del don del Espíritu. No podía ser de otro modo, porque el Espíritu Santo no había sido dado de aquella manera antes de aquel día. Es lo que se expresa claramente en Juan 7:38 y 39: «… de su interior correrán ríos de agua viva. Esto dijo del Espíritu que habían de recibir los que creyesen en él; pues aún no había venido el Espíritu Santo, porque Jesús no había sido aún glorificado.» Así, es sólo después de su glorificación que Jesús dio el Espíritu y no antes. A partir de esta constatación doctrinal y cronológica, ya no hay dificultad para comprender Juan 20:22, donde, antes de ascender al cielo, Jesús «sopló, y les dijo: Recibid el Espíritu Santo». Era allí una promesa profética inminente de la cual he aquí el cumplimiento: «Y de repente vino del cielo un estruendo como de un viento recio que soplaba» (Hch 2:2). De nada serviría querer convencer citando a todos los mejores comentaristas (entre ellos Shallis, Pache, Kuen, Campbell Morgan), los cuales todos opinan en este sentido. Más vale volverse hacia lo que dice al respecto un pentecostal de la talla de un Emirian, en su libro *Le Don du Saint-Esprit* [El Don del Espíritu Santo], pág. 89: *«Aquí yo estoy en desacuerdo con mis hermanos pentecostales y carismáticos y de acuerdo con mis hermanos evangélicos, incluso si el resultado del don del Espíritu no tiene para nosotros el mismo sentido. Creo con Pache, Kuen, Blocher y otros que este gesto de Jesús, aquella tarde de la resurrección, NO ES OTRA COSA QUE UN GESTO PROFÉTICO DE LA GRAN PROMESA anunciada en los textos citados más arriba».* Emirian precisa que *no se trata aquí del nuevo nacimiento.* Pentecostés no fue, por tanto, una segunda experiencia en la vida de los discípulos.

b) En casa de Cornelio

Lo que sucedió en Hechos 10 nos es aún mucho más cercano, por cuanto Cornelio pertenece a nuestro bando, ya que era como nosotros un extranjero de entre los gentiles. Lo que sucede en su casa es, por lo tanto, normativo en la conversión de los gentiles.

Es en su primera experiencia, la de la conversión, que el Espíritu Santo desciende sobre él y su casa como sobre los discípulos en Pentecostés. Por cierto, ya no hay viento recio ni lenguas como de fuego, pero Pedro insiste y dice que es la misma cosa (Hch 11:15). Toda la casa de Cornelio entra en el bautismo del Espíritu primero (v. 16) y a continuación en el bautismo de agua (10:48).

c) Los doce discípulos de Éfeso

En Hechos 19 volvemos a encontrar el mismo escenario, pero esta vez con judíos. Eran alrededor de doce en total y no eran, como algunos lo han creído, discípulos de Cristo sino, como se precisa, discípulos de Juan el Bautista, que vivían al margen de la Iglesia de Éfeso. Discerniendo una anomalía de comportamiento, Pablo les plantea la pregunta de partida: ¿Recibisteis el Espíritu Santo cuando creísteis? Eso demuestra que para ser bautizados del Espíritu Santo basta con haber creído en el Señor Jesucristo. Eso concuerda con Efesios 1:13, que lo confirma: «habiendo creído en él, fuisteis sellados con el Espíritu Santo de la promesa».

Su respuesta muestra que no eran discípulos de Cristo: «Ni siquiera hemos oído si hay Espíritu Santo.» Sabiendo como sabemos la importancia que se le concedía al Espíritu Santo en la iglesia apostólica, hubiera sido imposible no haber oído de él si hubiesen sido discípulos cristianos. Y no sólo no habían oído que hubiera Espíritu Santo, sino que no sabían nada del bautismo cristiano, lo que sería igualmente imposible si hubiesen sido discípulos de Cristo y de su Palabra. ¿Cómo hubieran podido perderse un bautismo administrado justo después de la conversión tal como se ilustra en el libro de los Hechos en el siguiente sumario?

–Hechos 2:41 «los que recibieron su palabra fueron bautizados.»
–Hechos 8:12 «pero cuando creyeron … se bautizaban hombres y mujeres.»
–Hechos 8:38 El eunuco cree y es bautizado
–Hechos 9:18 Saulo de Tarso es convertido y bautizado

–Hechos 10:47 Cornelio y los que oyeron son bautizados.
–Hechos 16:15 Lidia abre su corazón y es bautizada.
–Hechos 16:33 El carcelero de Filipos cree y es inmediatamente bautizado.
–Hechos 19:5 «Cuando oyeron esto [que creyesen en Jesús el Cristo], fueron bautizados en el nombre del Señor Jesús.»

Esos doce eran judíos de la diáspora como tantos otros, que formaban parte de una colonia judía que había fijado su residencia en Éfeso. Evidentemente, no se habían relacionado con cristianos. Todo quedó clarificado cuando Pablo les preguntó en qué bautismo habían sido bautizados. Ellos respondieron: «En el bautismo de Juan». Ahora todo queda claro. Eran discípulos de Juan el Bautista; eran judíos emigrados al Asia Menor. El gran doctor de la Iglesia captó rápidamente la situación. En pocas palabras les explicó su posición espiritual: «Juan bautizó con bautismo de arrepentimiento, diciendo al pueblo que creyesen en aquel que vendría después de él, esto es, en Jesús el Cristo». Ellos creían en lo que Juan había anunciado en el desierto, en un Mesías que iba a venir. Por medio de Pablo van a creer en Aquel que ya había venido. En el acto, fueron bautizados en el nombre del Señor Jesús. Pablo les impuso las manos (por las mismas razones que veremos en el párrafo siguiente) y ellos también recibieron el Espíritu Santo. La pregunta de Pablo tenía ahora una respuesta: Sí, hemos recibido el Espíritu Santo *cuando creímos.* Aquí, al igual que en las dos ocasiones precedentes, el bautismo del Espíritu Santo no es visto como una segunda experiencia.

d) Los samaritanos

Sólo queda el episodio de los samaritanos de Hechos 8. Es el único que parece diferente a los otros tres, porque transcurre un lapso de tiempo entre su conversión y su recepción del Espíritu Santo. Este és el único lugar de la Escritura que da una apariencia de verdad a la teoría de la segunda experiencia; es el único pasaje que el pentecostalismo puede invocar en apoyo de su doctrina. La

explicación, por extensa que sea, no es sin embargo complicada, aún cuando sea necesario el conocimiento bíblico consiguiente. Como consecuencia de la persecución contra la Iglesia en Jerusalén y de la dispersión de los discípulos en Judea y Samaria, la predicación del Evangelio se extendió y los samaritanos comenzaron especialmente a convertirse. ¿Por qué entonces no recibieron el Espíritu Santo como los demás, de una vez después de haber creído?

¿Quiénes eran los samaritanos? Ya hemos rozado el tema en el capítulo 3; aportamos ahora detalles complementarios. Eran personas que Nabucodonosor había trasplantado a esta provincia de Palestina después de haberla vaciado de sus habitantes nativos. Esas personas habían adoptado el idioma y la religión de los judíos, religión que practicaban a manera muy poco ortodoxa. En lugar de subir al templo en Jerusalén, habían edificado el suyo en el monte de Samaria (Jn 4:20) creando así un cisma, al punto que los judíos ya no tenían tratos con los samaritanos (Jn 4:9). Entre ellos había una barrera religiosa, racial y cultural. Se odiaban recíprocamente. Cuando, con ocasión de un viaje, el camino más corto pasaba por Samaria, los judíos, contrariamente al Señor Jesús, no vacilaban en alargar la ruta haciendo un desvío. Los samaritanos, como bien lo suponemos, les pagaban con la misma moneda. Una tarde en que Jesús y sus discípulos se detuvieron en un pueblo de los samaritanos con la intención de pasar ahí la noche, no se les recibió porque se dirigían a Jerusalén (Lc 9:52-56). A los discípulos se les subió la sangre a la cabeza. Fue en esa ocasión que preguntaron al Señor: «¿Quieres que mandemos que descienda fuego del cielo y los consuma?» ¡Vaya! No habrían sido ellos, en todo caso, los que les hubiesen impuesto las manos para que recibiesen el Espíritu Santo; para que se asasen en el fuego sí, pero no para otra cosa. Y nunca un samaritano se habría dejado poner las manos encima por un execrado judío. El peor insulto que se le podía hacer a un judío era escupir en tierra y decirle: «Eres un samaritano» (Jn 8:48). Entre las dos partes la situación no podía ser más explosiva.

Por tanto, si los samaritanos hubiesen recibido el Espíritu Santo en este estado de ánimo en el momento que habían creído, el terrible abismo que los separaba se habría prolongado en la Iglesia cristiana. ¿Por qué? Porque Pentecostés había sido un acontecimiento judío. La Iglesia, que había nacido en Jerusalén aquel día, estaba formada por creyentes judíos. Si los samaritanos hubiesen despegado con su propio grupo, sus rivalidades ancestrales se habrían así perpetuado. HUBIESE SIDO LA NEGACIÓN DEL BAUTISMO DEL ESPÍRITU SANTO, del cual está escrito: «hemos sido todos bautizados por un solo Espíritu PARA FORMAR UN SOLO CUERPO». Aquellos samaritanos debían admitir que lo que sucedía entre ellos no era un «Pentecostés samaritano» y que había solo un Pentecostés, un solo nacimiento de la Iglesia. El Pentecostés en Jerusalén era el comienzo de una nueva era, mientras que el despertar de Samaria era sólo la entrada en las bendiciones de esa era y no la inauguración de la dicha era. El episodio de Samaria era un crecimiento de la Iglesia y no un nacimiento. Era fundamental que todos los presentes en Samaria supiesen que no había dos Iglesias, sino una sola.

Un retardo deliberado

Se debe observar que los creyentes samaritanos no «esperaron» por el Espíritu Santo, sino que fue de hecho el Espíritu Santo quien esperó a la llegada de Pedro y Juan de Jeruusalén. La autoridad de los apóstoles había de ser reconocida más allá de la cultura y de los límites del judaísmo. Era crucial que los samaritanos reconocieran lo que Jesús había dicho a la mujer de Samaria: «La salvación viene de los judíos» (Jn 4:22), y que reconocieran asimismo la autoridad de sus apóstoles, los depositarios de la Verdad. Así, el retardo entre el momento en que los samaritanos recibieron a Cristo y el momento en que recibieron al Espíritu Santo no es accidental. Fue un retardo deliberado, porque así como era necesario que los samaritanos viesen que dependían de la autoridad de los apóstoles judíos, era igualmente necesario para los apóstoles (aquellos apóstoles que

habían querido orar para que descendiese fuego del cielo sobre los samaritanos para quemarlos) comprender que aquellas personas con las que tenían aquella relación tan hostil iban a entrar en la misma iglesia, a tener el mismo Cristo, la misma salvación, el mismo Dios y el mismo Espíritu Santo, siendo este el único sentido que Pablo daba al bautismo del Espíritu Santo: la formación del «un cuerpo» (1 Co 12:13).[9] Actuando de esa manera, el Espíritu Santo derribaba las barreras de amargura y derribaba el muro de separación (Ef 2:14) desde el principio.

Estas reflexiones son válidas para el grupúsculo aislado de Hechos 19, que vivía al margen de los cristianos y de los paganos. La imposición de manos reviste allí un carácter análogo al de los samaritanos. Por medio de esta imposición y por el hablar en lenguas que le siguió, fueron conducidos a aceptar que formaban un solo cuerpo, no sólo con los apóstoles sino también con aquellos extranjeros cuyas lenguas hablaban milagrosamente.

Stuart Olyott, pastor de la Iglesia Bautista de Lausana, Suiza, explica de manera gráfica por qué el bautismo del Espíritu Santo no puede ser una segunda experiencia que supliría a la primera. El nuevo nacimiento, dice, es como el nacimiento físico. Cuando un bebé viene al mundo, viene completo, no le falta nada. Sus piececitos son aún muy diminutos, pero serán quizás los de un atleta; sus manecillas llegarán a ser quizás las de una enfermera o de un gran cirujano; ese pequeño cerebro en esa cabecita aún arrugada será quizás el de un ilustre matemático. ¿Seríamos menos completos y tendríamos menos posibilidades cuando

[9]De pasada mencionaremos, bajo la pluma de John MacArthur, lo que eminentes gramáticos dicen a propósito de Hechos 8:16: «El Espíritu Santo *no había aún descendido* (caído) *sobre ninguno de ellos.* La palabra griega *no todavía* es *ondepo.* Este término no solamente significa que algo no ha sucedido sino que algo *debía suceder* aún no había sucedido. Esto significaría que los samaritanos eran salvos, pero que, por una cierta razón (la venida del Espíritu Santo) no había tenido lugar. La palabra griega traducida por *no todavía* implica que, normalmente, la venida del Espíritu Santo habría debido suceder. Encontramos allí los dos componentes de *un mismo* suceso». La norma bíblica es de este modo representada (salvación y Espíritu Santo al mismo tiempo). El intermedio de Samaria, a la ley de su contexto particular, no afirma lo contrario.

nacemos de arriba, no por voluntad humana, sino de Dios? ¿Nos habría hecho nuestro Padre Celestial menos bien que nuestros padres terrenales? Es lo que algunos quisieran hacernos creer. Vienen a ver el bebé y nos dicen: «¡óh, pero le faltan los pulmones, o el hígado, o un riñón!». No, gracias. Cuando Dios nos regenera por su Palabra y por su Espíritu, no crea monstruos o abortivos. Nada le falta al recién nacido espiritual de la séptuple bendición del Espíritu y, sobre todo, no le falta el Bautismo del Espíritu Santo, por el que se forma la unidad de la familia divina (1 Co 12:13). «Vosotros estáis completos en él» dice Pablo (Col 2:10). Y todos lo estamos desde nuestro nuevo nacimiento, pero va a ser necesario desarrollarlo por medio de todo lo que la Palabra de Dios es para nosotros: leche, pan y agua. «Hasta que todos lleguemos a la unidad de la fe y del conocimiento del Hijo de Dios, a un varón perfecto, a la medida de la estatura de la plenitud de Cristo» (Ef 4:13).

El propósito del bautismo del Espíritu Santo

Todavía no hemos abordado lo esencial de la doctrina acerca del propósito del bautismo en el Espíritu. Es ese propósito el que va a terminar de demostrarnos, más allá de toda duda, que no puede tratarse de una segunda experiencia. Vamos a explicarnos siguiendo la misma aproximación que para el bautismo en agua, el cual es:

–anunciado en los Evangelios
–practicado en los Hechos
–explicado en las Epístolas.

Sucede lo mismo en cuanto al bautismo del Espíritu. También es anunciado sin explicación en los evangelios; es vivido en el libro de los Hechos como la experiencia inicial del creyente; es explicado en las epístolas. A decir verdad, es necesario decir epístola en singular, porque en el Nuevo Testamento la única explicación que nos es dada de este bautismo se encuentra en Primera Corintios 12:13. Está allí, sólo allí y en ninguna otra parte. De ahí la importancia capital que reviste este versículo, el cual, en mis discusiones con mis amigos pentecostales, siempre

ha sido pasado por alto. Los editores del reciente libro ultra pentecostal *Expediente acerca del hablar en lenguas* (1988) han logrado la hazaña de unir a tres autores, y no de los menos importantes (A. Thomas-Bres, H. Horton y Donald Gee) para hacer un libro de 119 páginas, formato 210 x 135, acerca del bautismo del Espíritu Santo, *¡sin escribir ni comentar, siquiera por una sola vez, el único versículo de la Biblia que lo explica:* Primera Corintios 12:13! Es imposible imaginar que esos especialistas de la causa no conozcan este texto determinante. Para explicar las cosas a su manera, han esquivado a sabiendas la única explicación doctrinal que el Espíritu Santo da de su bautismo.[10] A eso es a lo que se le llama cultivar a su más alto nivel el anticristiano arte del disimulo y de la desinformación. Este olvido «voluntario» nos entristece profundamente, porque atenta contra la honestidad exegética. Confirma la mala fe, que han reconocido aquellos que han abandonado el movimiento, porque *«los textos de la Biblia que contrariaban aquello que allí se enseñaba eran sistemáticamente descartados»*. Cuando uno más sabe que Primera Corintios 12:13 es la rectificación de toda la enseñanza pentecostal al respecto, se comprende que hayan declarado a este pasaje la guerra del silencio. Así decapitado, Primera Corintios 12:13 puede exclamar, parafraseando a Camille Desmoulins, célebre periodista de la Revolución Francesa al pie del cadalso: ¡Verdad, verdad,[11] cuántos crímenes se cometen en tu nombre!

En la página 49 del mismo libro, H. Horton hace una sagaz mezcolanza de antiverdades y de citas sin apoyo, revestidas de palabras evangélicas: «Si estudian cuidadosamente las epístolas, llegarán necesariamente a la conclusión de que fueron escritas por cristianos que estaban todos llenos del Espíritu Santo…». Hasta allí podemos todavía estar de acuerdo con él, pero prosigue: «y que, por consiguiente, hablaban, habían hablado

[10]Es tan poco creíble como pretender explicar Waterloo sin hablar de Napoleón.

[11]Libertad, libertad …

otras lenguas». ¡De dónde habrá sacado esto! ¡Como si la redacción inspirada del Nuevo Testamento dependiera del ejercicio del don de lenguas! ¡Estamos en plena divagación[12]! Pero hay cosas peores. Apoya lo que dice haciendo referencia a Primera Corintios 12:13, *cuidándose mucho de dar el texto y de proveer la explicación,* por cuanto está fuera del marco de referencia de lo que acaba de decir. Se apoya en la improbabilidad de que el lector interrumpa su lectura y verifique la referencia. ¿Es esto honrado?

Más de cerca

Veamos más de cerca el propósito del bautismo del Espíritu Santo. ¿Qué dice del mismo el apóstol de las naciones, bajo la inspiración del Espíritu? «Porque por un solo Espíritu fuimos todos bautizados para…» ¿Para qué?

–¿Para tener acceso a los dones del Espíritu? ¡No!
–¿Para lograr una edificación personal? ¡No!
–¿Para hablar en lenguas? ¡No!
–¿Para tener «más» que los demás creyentes? ¡No!
–¿Para tener un testimonio más poderoso? ¡No!

Entonces, ¿para qué? Basta con leer: «… para que los judíos y los griegos formen un solo cuerpo». He ahí el para qué, el PROPOSITO: Formar ese cuerpo, introduciendo en él a aquellos que van a constituirlo, es decir, hombres y mujeres de todas las lenguas (judíos y griegos) nacidos de nuevo por el Espíritu Santo. Casi no hay, en el Nuevo Testamento, una verdad expresada más simplemente y que sea más fácil de comprender que ésta. He efectuado todos los esfuerzos para tratar de comprenderla de otra manera, sin lograrlo.

Lo que me ha sorprendido enormemente en todos los comentarios que he podido consultar, es un olvido tanto más asombroso cuanto que es de una importancia capital para la

[12]Medido con esta regla, Jesús no habría podido nunca escribir una epístola y menos aún inspirada, puesto que nunca habló en lenguas. Por tanto, no habría conocido tampoco la plenitud del Espíritu.

comprensión del texto. En las primeras veinte palabras que constituyen la esencia del versículo, hay cuatro, o sea, una quinta parte del texto, que están como olvidadas por los exegetas: «... *sean judíos o griegos*». Es como si en Juan 3:16 pasáramos por alto una quinta parte del versículo, como por ejemplo: «Porque de tal manera amó Dios al mundo, para que todo aquel que en él crea, no se pierda, más tenga vida eterna» dejando de lado: «... ha dado a su Hijo Unigénito». Le faltaría al texto una dimensión que debilitaría su alcance. Es lo que los comentaristas hacen con Primera Corintios 12:13. Parece escapárseles una quinta parte de la frase. El resultado es que tienen, tanto acerca de las lenguas como acerca del bautismo del Espíritu, una visión borrosa e incompleta, porque les faltan esas «cuatro longitudes». El «sean judíos o griegos» es la distancia que falta para la justa interpretación de las lenguas y del bautismo. Son dos verdades que se interpenetran pero en un sentido totalmente diferente al que le da el pentecostalismo. El «sean judíos o griegos» nos devuelve a Jerusalén, al día en que Pedro explica la convergencia de las lenguas y del bautismo que acaban de recibir, con esta cita: «Derramaré de mi Espíritu sobre ... ¿sólo los judíos?» ¡No! «sobre toda carne», es decir, sobre personas de toda condición, sean judíos o griegos. El término «griegos» engloba a todos los que no eran judíos, y el «sean judíos o griegos» nos conduce de nuevo a la visión de Pedro, la cual tenía un alcance equivalente al hablar en lenguas. El «sean judíos o griegos» nos hace comprender que el bautismo en el Espíritu es más que la entrada del creyente en el cuerpo de Cristo, es la entrada de los creyentes de *toda lengua,* judíos y griegos y de toda condición, esclavos o libres. Primera Corintios 12:13 dice: «Hemos sido todos, judíos y griegos, bautizados en el Espíritu para formar un solo cuerpo» o, mejor aún: «Es para formar un solo cuerpo que judíos y griegos hemos sido todos bautizados en un solo Espíritu».

Es, por encima de todo, aquello que los judíos no querían creer: que los extranjeros, los griegos, los bárbaros, las otras lenguas, en una palabra, los gentiles, formaban con ellos una entidad nueva: la Iglesia.

Así, vuelto a colocar en su contexto, nada se opone a que mencionemos las lenguas extranjeras cuando se habla del bautismo del Espíritu Santo, con tal que sepamos verdaderamente en qué consiste.

Es lo que Pablo dice en otro lugar de una forma mucho más extensa: «Por tanto, acordaos de que en otro tiempo vosotros, los gentiles en cuanto a la carne... en aquel tiempo estabais sin Cristo, alejados de la ciudadanía de Israel y ajenos a los pactos de la promesa, sin esperanza y sin Dios en el mundo. Pero ahora, en Cristo Jesús, vosotros que en otro tiempo estabais lejos, habéis sido hecho cercanos por la sangre de Cristo. Porque él es nuestra paz, que de ambos pueblos hizo uno, derribando la pared intermedia de separación... las enemistades... para crear en sí mismo DE LOS DOS UNO SOLO Y NUEVO HOMBRE, mediante la cruz, reconciliando con Dios A AMBOS EN UN SOLO CUERPO, matando en ella las enemistades. Y vino y anunció las buenas nuevas de paz a vosotros que estabais lejos y a los que estaban cerca; porque por medio de él los unos y los otros tenemos entrada por un mismo Espíritu al Padre. Así que ya no sois extranjeros ni advenedizos, sino conciudadanos de los santos, y miembros de la familia de Dios» (Ef 2:11-19). «A mí, que soy menos que el más pequeño que todos los santos, me fue dada esta gracia de anunciar... EL MISTERIO escondido desde les siglos en Dios...» (Ef 3:8-9). ¿Qué misterio? Escuchemos la respuesta de Pablo en Efesios 3:6 y en 1 Corintios 12:13: «Este misterio es que ... **los gentiles son coherederos juntamente con Israel**».

Ahora ponderemos bien esta cuestión: ¿Cómo se llama la operación por la que el Espíritu Santo forma este cuerpo compuesto en adelante por judíos y griegos? La única respuesta se encuentra en Primera Corintios 12:13: «¡EL BAUTISMO DEL ESPÍRITU SANTO!» «Porque por un solo Espíritu fuimos todos bautizados en un cuerpo, **sean judíos o griegos** ...». ESTO ES el bautismo del Espíritu Santo y estoy bastante sorprendido que un buen número de comentaristas evangélicos no lo hayan visto. Desde luego, están en la línea correcta y dan en el blanco, pero no completamente en el centro.

Las últimas palabras de Jesús

En Hechos 1:4-8 encontramos una notable serie de versículos que, en su encadenamiento lógico, explican la misma verdad con idénticos elementos. Son las últimas palabras de Jesús sobre esta tierra, de ahí su importancia, y se refieren al bautismo del Espíritu Santo. Basta con seguir el texto en el orden que le plugo a Dios darlo para descubrir el pensamiento del Señor a este respecto.

«Y estando juntos, les mandó que no se fueran de Jerusalén, sino que esperasen la promesa del Padre, la cual, les dijo, oísteis de mí. Porque Juan ciertamente bautizó con agua, mas vosotros seréis bautizados con el Espíritu Santo, dentro de no muchos días». Ante la inminencia y la importancia de este gran acontecimiento, reaccionan como judíos. «Entonces los que se habían reunido le preguntaron diciendo: Señor, *¿restaurarás el reino de Israel* en este tiempo?». He ahí el concepto que tenían ellos del acontecimiento: Israel, siempre Israel y sólo Israel. Siendo esta idea la negación de la extensión internacional del bautismo del Espíritu, el Señor les reprende con cierta energía: «Y les dijo: No os toca a vosotros saber los tiempos o las sazones que el Padre puso en su sola potestad.» Con eso les muestra que el bautismo del Espíritu Santo es una cosa bien diferente de la restauración de Israel. En la frase que sigue, les dice lo que constituye la esencia misma de este bautismo: es su dimensión multilingual: «Pero recibiréis poder, cuando haya venido sobre vosotros el Espíritu Santo, y me seréis testigos en JERUSALÉN, en toda JUDEA, en SAMARIA y HASTA LO ÚLTIMO DE LA TIERRA».

Con a estas palabras proféticas de Jesús, oímos un avance de la explicación que hace luego Pedro del bautismo del Espíritu y del hablar en lenguas: «Derramaré de mi Espíritu sobre toda carne» = Jerusalén, Judea, Samaria, lo último de la tierra.

También es un avance de la explicación de Pablo de la misma doctrina: «Porque por un solo Espíritu fuimos todos bautizados en un cuerpo, sean judíos o griegos ...» = Jerusalén, Judea, Samaria, lo último de la tierra.

He ahí la magistral descripción profética que nos ha dejado nuestro Señor y que confirma la extraordinaria unidad de Su

Palabra. Así pues, sea cual sea el texto al cual se quiera apelar, vemos que el bautismo no es, en caso alguno, una segunda experiencia, no sólo porque la Biblia no enseña en ninguna parte que sea necesario buscarlo, sino porque, en su misma esencia, no puede serlo.

El bautismo del Espíritu Santo tiene dos fases, como el simbolismo del bautismo con agua explicado por Pablo en Romanos 6: la muerte y la resurrección.

–Fase 1: la muerte al pecado, al desaparecer en el agua.

–Fase 2: la resurrección con Cristo en vida nueva, al salir del agua.

Sucede lo mismo con el bautismo del Espíritu:

–Fase 1: la pluralidad de las lenguas y de quienes las hablan (y que hace enfrentar a unos contra otros) es sumergida en el Espíritu Santo, quien las absorbe. Las diferencias y los privilegios mueren sumergidos en este baño de la regeneración (Tit 3:5).

–Fase 2: Salir a vida nueva, para hablar otra lengua que la de la división, la de la unidad del Cuerpo: Fuimos todos, sean judíos o griegos, sean esclavos o libres, bautizados en un mismo Espíritu, y ello para formar un solo cuerpo. Así es el bautismo del Espíritu Santo. Es eso, todo eso, y nada más que eso.

Allí donde hoy en día las personas nacen de nuevo, el Espíritu Santo prosigue su obra de la misma manera. Sumerge, en su bautismo interior y espiritual, el problema de las lenguas (sean judíos o griegos) y el de las clases (sean esclavos o libres). Igual que sucede en los materiales de propiedades diferentes, se funden y se unen, bajo el efecto de ese baño de la regeneración, para formar una nueva aleación, que es la Iglesia. Pero, como lo hemos visto, ahora que está probada por todas esas lenguas, ¿a quiénes puede Dios hacer señal todavía? ¿A los judíos de hoy? Pero ellos ya no tienen poder para oponerse a la evangelización del mundo ni a la formación de la Iglesia[13]. Este gran programa está en

[13]Ni están reconocidos ostensiblemente en relación de pacto con Dios desde la destrucción del Templo en el año 70 d. C.

manos de los convertidos de todos los pueblos, tribus, naciones y lenguas. La señal, si aún existiera, ya no serviría de señal a nadie. Habiéndose anunciado su cese desde el comienzo (1 Co 13:8), sólo existe como imitación fraudulenta, como se ha demostrado en el capítulo 5.

CAPÍTULO 10

«Las Lenguas de Fuego»

Al capítulo acerca del bautismo del Espíritu es necesario agregarle otro más corto, el del bautismo de fuego, que explica un aspecto ignorado del hablar en lenguas. Las lenguas no sólo han sido asociadas al bautismo del Espíritu (en el sentido que acabamos de estudiar[14]) sino también con el bautismo de fuego.

¿Sabemos, por ejemplo, que la primera vez que se habló «en lenguas» no fue en Pentecostés, sino en la torre de Babel? La diversidad de las lenguas era un JUICIO. Hay en la Biblia lo que se ha llamado la ley de la primera mención. Eso significa que una verdad que se menciona allí por primera vez, mantendrá su significado inicial hasta el fin. En el camino, podrá cargarse de sentido, desarrollarse, enriquecerse, pero su valor inicial no se anulará.

¿Es posible, entonces, que el hablar en lenguas lleve en sí una idea de juicio? Eso es en todo caso lo que afirman los versículos que tienen que ver con eso. El texto básico del hablar en lenguas que Pablo cita se encuentra en Isaías 28:11. Inspirado por el Espíritu, Pablo lo cita libremente: «En otras lenguas y con otros labios hablaré a este pueblo» (1 Co 14:21). La cita de Isaías continúa con una precisión que confirma que el juicio está ciertamente contenido en el hablar en lenguas: «... hasta que vayan y *caigan* de espaldas, y sean *quebrantados, enlazados* y presos». Esta enseñanza básica no ha sido tomada en cuenta por

[14]Damos esta precisión entre paréntesis, a fin de impedir de antemano toda tentativa ulterior tendiente a deformar lo que hemos dicho acerca de la relación existente entre las lenguas y el bautismo del Espíritu. Eso ha sido precisado en las páginas 17-29 y se encuentra en el polo opuesto a la posición pentecostal a este respecto.

la totalidad del movimiento pentecostal, aun cuando desde siempre se lea en Hechos 2 que las lenguas que descendieron y se repartieron sobre cada uno eran como de FUEGO. Ahora bien, en la Escritura, el fuego es, sin contradicción, un símbolo de juicio. Es también Isaías quien lo dice, resumiendo así toda la enseñanza bíblica al respecto: «He aquí que Jehová vendrá con fuego... su reprensión con llama de fuego. Porque Jehová juzgará con fuego» (Is 66:15-16). Segunda Tesalonicenses 1:7-9 precisa: «Cuando se manifieste el Señor Jesús desde el cielo... *en llama de fuego* para dar retribución a los que no conocen a Dios ni obedecen al evangelio de nuestro Señor Jesucristo». En el Nuevo Testamento, el fuego, en sentido figurativo, es mencionado sesenta y tres veces, *sin ninguna excepción,* siempre como un juicio.[15]

El bautismo de fuego

Aun cuando algunos de sus efectos son purificadores, el sentido del juicio se encuentra en todas partes en el fuego. Eso se encuentra claramente explicado en un texto, a menudo comprendido y citado al revés. Juan el Bautista dijo unas palabras que están repetidas cinco veces en el Nuevo Testamento, de las cuales cuatro lo están en los Evangelios: Él (Jesús) os bautizará en Espíritu Santo y *fuego.* Una lectura atenta permite descubrir que Juan, Marcos y Hechos 1 omiten hablar del fuego. Solo Mateo y Lucas lo hacen, porque los fariseos, los opositores están allí presentes y citados en el contexto. Es a causa de su presencia y con referencia a ellos que se menciona el fuego. Estando ausentes los opositores del contexto de Marcos, Juan y Hechos 1, el bautismo de fuego y el juicio están también ausentes. Es el mismo Juan el Bautista quien da la explicación: «recogerá el trigo en su granero (es el bautismo del Espíritu Santo) y quemará la paja en el «fuego» (es el bautismo de fuego). Y para evitar toda especulación al respecto, se refiere tres veces a ese fuego como

[15]Hebreos 1:7 no es una excepción (cp. Hch 12:23; 1 Ts 1:7, He 2:2 y los juicios ejecutados por los ángeles en Apocalipsis.)

aquel que «nunca se apagará» (vv. 10 y 12) y no como un entusiasmo cualquiera o revestimiento de poder.

Este doble aspecto no debería asombrar a nadie, puesto que el evangelio, que es sin embargo la Buena Nueva por excelencia, conlleva también consigo este concepto de juicio. Leemos en Segunda Corintios 2:16, con referencia a los salvos y a los perdidos, que «el evangelio es a éstos *olor de muerte para muerte,* y a aquellos olor de vida para vida». El hablar en lenguas extrañas tenía que ver también con dos clases de personas. Fue, para los judíos bien dispuestos, la revelación del gran misterio de la entrada en la Iglesia de las personas de lengua extranjera para formar en adelante un solo cuerpo con ellos; pero también para los otros judíos fue el anuncio, como lo precisa Isaías, de un terrible juicio hecho de caída, quebrantamiento, atadura y prisión (Is 28:13). ¿Cuál fue pues la actitud de aquellos judíos para que una amenaza así estuviera contenida en una tal bendición? Nos es descrita por un judío del otro lado: «... los judíos... que nos han perseguido..., que no agradan a Dios, y que se oponen a todos los hombres, impidiéndonos hablar a los gentiles para que éstos se salven; así colman ellos siempre la medida de sus pecados, pues vino sobre ellos LA IRA hasta el extremo (1 Ts 2:14-16). Y este terrible bautismo de fuego que les anunciaban estas lenguas de fuego comenzó a alcanzarles nacionalmente con ocasión de la histórica caída de Jerusalén en el año 70, y con la más larga y dolorosa diáspora de toda su historia.

Planteamos una simple pregunta: ¿Dónde está la señal de ese juicio en el actual hablar en lenguas, y dónde está el pueblo a quien se dirige?

CAPÍTULO 11

El puente de los seis pilares

El don de lenguas es como el evangelio; no basta con decir cualquier cosa y luego pretender que es palabra del evangelio para que sea cierta. El evangelio, como el hablar en lenguas, está sometido a reglas estrictas y a puntos concretos. El Espíritu Santo da un resumen, tan notable como preciso, del verdadero evangelio, el único que salva, en Primera Corintios 15:1-4: «Además os declaro, hermanos, el evangelio que os he predicado, el cual también recibisteis, en el cual también perseveráis; por el cual asimismo, si retenéis la palabra que os he predicado, sois salvos, si no creísteis en vano. Porque asimismo os he enseñado lo que asimismo recibí: Que Cristo murió por nuestros pecados, conforme a las Escrituras; que fue sepultado y que resucitó al tercer día, conforme a las Escrituras». El evangelio es el puente de la salvación que cruza el río de la perdición. Está construido sobre un número de seis pilares según el plano del divino Arquitecto. El verdadero evangelio debe reposar sobre:

1. La muerte de Cristo como nuestro sustituto por nuestros pecados (v. 3).
2. La resurrección de Cristo para nuestra justificación (v. 4).
3. El anuncio de estos dos componentes.
4. La recepción de la Buena Nueva (v. 1).
5. La perseverancia en la vida y la doctrina (v. 1 y 2).
6. La salvación, y la seguridad de la salvación (v. 2).

Sólo este puente de seis arcos dará acceso a esta seguridad de la salvación. Esta es la razón por la cual el Espíritu tiene cuidado de precisar: «si lo retenéis en los términos que os lo he predicado, de otro modo habríais *creído en vano*». Dicho de otro modo, sólo

se puede alcanzar la ribera de la salvación si los seis elementos están en su lugar.

Si faltare sólo un pilar, *aun con la fe* (v. 2) toda esperanza de salvación sería en vano. Aun cuando contuviera algunas migajas de verdad, no sería más que un falso evangelio:

–Si se cree que Jesús murió pero se racionaliza su resurrección, la fe llega a ser vana porque falta un pilar y el puente ya no es viable.

–Si se tienen estos dos puntos esenciales pero no son predicados (o solamente para sí mismo en privado, en vista a una edificación personal) nadie puede ser salvo, porque Dios dice en Romanos 10:14: «¿Y cómo creerán en aquel de quien no han oído? ¿Y cómo oirán sin haber quien les predique?

–Si se reúnen estas tres condiciones, pero quienes oyen la oferta de salvación no la reciben personalmente por la fe, no pueden llegar a ser hijos de Dios (Jn 1:12). Falta un pilar y el puente es inutilizable,

–Si se dan esas cuatro condiciones, pero este evangelio eterno no se inscribe de manera permanente en la vida diaria por la perseverancia, la Biblia dice que se cree en vano.

–Si no se retiene *según* el enunciado bíblico y se aparta de *aquellos términos,* la mayor fe del mundo sería vana y nunca se llegaría a la ribera de la salvación. Un evangelio que tuviera los cinco sextos se su contenido no sería más válido que si sólo poseyera dos o tres sextos. Sería tan inútil como el célebre puente de Avignon que llega sólo hasta el medio del Ródano; antaño tuvo su plena utilidad, pero hoy en día sólo sirve como tema de una canción.

Lo mismo sucede con el don de lenguas. Es como un puente de seis pilares que podría llamarse el gran puente de Pentecostés, que permitió a los judíos y a los no judíos encontrarse por encima del río de separación que los había mantenido distanciados entre sí. Pero para poseer el auténtico puente de las lenguas, será necesario que estén los seis pilares y ni uno menos. Cualquier persona sabe que un billete de banco que sea verdadero en cinco de sus seis partes será siempre un billete falso. El verdadero

hablar en lenguas, el de la Biblia debería al menos contener estos seis puntos:

1. Ser una lengua real y existente (1 Co 14:10; Hch 2:8).
2. Dirigirse sólo a Dios, nunca a los hombres (1 Co 14:2).
3. No ser una señal para los creyentes (1 Co 14:22).
4. Servir de señal a «este pueblo» judío incrédulo en cuanto al llamado de los gentiles.
5. Anunciar el fuego de un juicio a «este pueblo» (Is 28:11-13; 1 Co 14:21; Hch 2:3).
6. Concordar con su corolario explicativo, la interpretación.

Si hoy día se nos presentara un don de lenguas que contuviera en sí mismo la garantía bíblica de estos seis elementos, diríamos también: «no impidáis el hablar en lenguas». Pero en el siglo veinte no se encontrarán nunca reunidas estas seis condiciones mínimas en ningún movimiento o Iglesia en el mundo entero. Lo que se nos propone hoy no tiene nada que ver, ni de cerca ni de lejos, con el modelo escriturario; es solo una burda, muy burda falsificación. Y cualquiera debería saber a qué se exponen los falsificadores. Esta es la razón por la cual nunca se verá a un falsario presentándose en la Casa de la Moneda para hacer examinar allí sus billetes falsos. Es por la misma razón que los habladores en lenguas de hoy no se apaciguan, sino que excomulgan a aquellos a quienes acusan de blasfemar contra el Espíritu Santo simplemente porque les proveen de medios bíblicos y otros para someter su «don» a la más imparcial de las verificaciones.

CAPÍTULO 12

Las experiencias

Antes de examinar el tema de las experiencias, rogamos encarecidamente al lector que examine las páginas 19 a 21 del capítulo 2 y que las vuelva a leer con atención.

Lo que mantiene a gran cantidad de personas en la creencia de la permanencia y de la actualidad del don de lenguas es no tanto fruto de un conocimiento bíblico como el argumento decisivo, según ellos, de las experiencias.

Recordemos la respuesta de mi vecino, un pastor pentecostal, confrontado con la Biblia: «No puedo renegar de una experiencia». Es lo que me contestó una mujer católica a quien le presentaba la Biblia: «Regresé de Lourdes, y lo que vi allá me basta». Igualmente, y despreciando las enseñanzas de la Biblia, unos amigos pentecostales me expresaron un rechazo categórico en nombre de unas «evidencias» que les satisfacen. Es lo que se llama subjetivismo o teoría de la experiencia, plaga de nuestro siglo que, cual una ola de gran altura, arrastra con ella a una parte del pueblo de Dios. Sin duda nos encontramos frente a una reacción que es producto de un racionalismo reseco y mortífero. A un cristianismo cerebral le responde ahora un cristianismo místico, en el cual la doctrina nace de la experiencia, de las emociones, de las visiones, de la exaltación, del sentimiento de bienestar, etc. D. Cormier, a quien ya he citado anteriormente, ha escrito: «*Vivimos en un mundo donde ya no se cree en la verdad absoluta sino en verdades relativas, subordinadas a la experiencia humana. Se pone mayormente el acento sobre las experiencias antes que sobre la doctrina*». Aprovecharemos para plantear la pregunta: ¿De qué vale una teología humana llamada de la experiencia que se estrella frontalmente con la Palabra de

Dios? ¿A quién es necesario obedecer, a aquello que se disfraza como ángel de luz, o a Dios?

Nada debe ser más objeto de cautela que la arena movediza de las experiencias. ¿Qué pensar de este amigo que, irritado al verse llevado incesantemente al terreno de las Escrituras, exclamó: «¡Pero, al fin y al cabo, he oído una profecía en lenguas, y se realizó en mi vida!»? Para él, el cielo había hablado. ¿Estamos seguros de ello? Porque el cielo, y de ello estamos seguros, ha hablado por medio de la Biblia y esta experiencia queda contradicha allí. Entre una experiencia que dice que, por medio de una lengua, el cielo habla a los hombres, y la Biblia, que precisa lo contrario, es necesario hacer una elección. ¿A quién es necesario darle la razón? Job resolvió ese dilema cuando dijo: «Del mandamiento de sus labios nunca me separaré» (Job 23:12).

¿Qué demuestra la experiencia?

La experiencia se encuentra por todos lados en la vida, pero no prueba gran cosa. En efecto, tampoco el horóscopo se equivoca, y miles de personas están dispuestas a dar el testimonio de ello. La Señora Soleil, la gran vidente francesa, sabe decir cosas a veces extraordinariamente ciertas. Jeanne Dixon, la vidente americana, había predicho el asesinato de John F. Kennedy, y otra, el atentado contra el presidente R. Reagan. Las paredes de la capilla de Nuestra Señora de la Guarda en Marsella están cubiertas de placas conmemorativas que atestiguan de respuestas a oraciones. Las muletas y las prótesis suspendidas en la gruta de Lourdes acreditan la doctrina mariana de la mediación de María. Aquello también es experiencia. El radiestesista, que indica el lugar de un objeto perdido a centenares de kilómetros de allí, sólo con pasar su péndulo sobre un mapa de carreteras, o que diagnostica exactamente una enfermedad sin auscultar al paciente, eso también es experiencia. Miles de personas, en nuestros días, se abalanzan sobre los brazaletes y otras joyas magnéticas; algunos atestiguan de un «plus» en su vida, sus relaciones, su salud, sus negocios, etc. Multitudes recurren cada vez más a estas prácticas porque la realidad de las experiencias

les impide comprender el lenguaje bíblico y ver el lado ocultista y adivinatorio de esas cosas.

La Biblia también relata numerosas «anti-experiencias» y nos pone en guardia contra ellas. Porque si es el Espíritu Santo el que habla en situaciones en las que hay sólo un mínimo elemento de verdad, ¿en qué categoría hemos de clasificar la experiencia de Hechos 16, donde una jovencita, dotada de un extraordinario «don» de profecía, se pone a seguir a dos hombres, a quienes nunca ha conocido anteriormente y, durante tres días, grita a quien quiera oírla que aquellos son siervos de Dios y anuncian el camino de salvación? Aquello también era experiencia, revestida con palabras evangélicas. Pero era un demonio quien hablaba, y Pablo le hizo abandonar su presa. Por más que esa muchacha pudiera decir esas verdades, estaba en el error. Fue sólo cuando quedó librada de esas «experiencias» e fue incapaz de reproducirlas, que estuvo en la verdad. ¡Experiencias! Faraón las tenía a más no poder. Sus hechiceros cambiaban el agua en sangre, hacían proliferar las ranas y transformar sus varas en serpientes. Eran de verdad, experiencias auténticas, pero ¿quién se ocultaba detrás de ellas? Auténtica era también la experiencia de esas mujeres en Jeremías 44:16-18: «cuando ofrecíamos incienso a la reina del cielo... tuvimos abundancia de pan y estuvimos alegres y no vino mal alguno. Mas desde que dejamos de ofrecer incienso a la reina del cielo y derramarle libaciones, nos falta todo...» ¡Qué informe más abrumador para la ley de Dios! ¡La experiencia de esas mujeres les daba la razón contra la Biblia! Pero, ¿qué es lo que determina que algo es según Dios? ¿El testimonio, incluso experimentado en la propia vida, o la autoridad soberana de las Escrituras?

Descubriendo engaños

Es hora de mostrar el engaño de ciertas experiencias que son sólo negaciones de la Escritura. Tal como la del joven creyente cuyos padres dicen que, cuando descendía de su cuarto después de haber permanecido ante Dios en lenguas, era un poco como Moisés cuando descendía de la montaña, transfigurado por la

presencia de Dios. Testimonio seductor, pero que no cuadra con la Escritura. que es maltratada en varios puntos:

1. Sólo se había edificado a sí mismo, contrariamente al propósito de todo don.
2. Su experiencia-señal no había hecho señal a «este pueblo».
3. La práctica privada de las lenguas es desconocida en el Nuevo Testamento.
4. Aquello era percibido por padres *creyentes* como señal de la espiritualidad de su hijo.
5. Se había expresado en lenguas inexistentes.
6. No había tomado en cuenta en absoluto la enseñanza divina acerca del cese del don.

Eso son ya muchos puntapiés a la Biblia. El lector podrá preguntar: Pero ¿y el hecho de conseguir la iluminación de Moisés en el rostro? En primer lugar, no vemos en ninguna parte en la Biblia que las lenguas dieran un rostro radiante, ni que tengamos que buscar un resultado así. En segundo lugar, es bien sabido que las religiones orientales de carácter místico pueden producir estas experiencias y muchas más. ¿No se dice acaso en Ezequiel 8:14 que las mujeres en la puerta del templo de Jerusalén estaban inmersas en una devoción que les arrancaba lágrimas? Nadie duda que experimentaban un bienestar y un alivio interior, pero era un ídolo abominable llamado Tamuz quien las hacía acceder a ese éxtasis.

El Padre Chiniquy testifica que, en su vida de sacerdote, los momentos más sublimes los vivió arrodillado en adoración ante la hostia. Estaba transportado y como transfigurado. Después de su conversión a Jesucristo, esta sublimación, resultado de la abominable doctrina de la transubstanciación, llegó a verla como una evidente idolatría. Y, sin embargo, ¡qué elevación, qué exaltación ante su Buen Dios en miga de pan, y qué testimonio de esta experiencia!

Siendo jóvenes convertidos, un amigo y yo, con ocasión de un campamento bíblico en Alsacia, nos pusimos una tarde al margen en la disciplina del campamento, con el deseo sincero de evangelizar el poblado vecino. En el nombre de Jesucristo,

vivimos una escapada anodina y gloriosa. Creíamos haber hecho hazañas. En el camino de regreso, estábamos resplandecientes y ligeros en nuestro caminar, como llevados por ángeles. Desde lo alto de nuestra euforia, juzgábamos al director del campamento, sin embargo hombre de Dios y experimentado, como no comprendiendo nada de nada. Nuestra beatitud era nuestra justificación. ¡Estábamos tan seguros de nosotros mismos! Pero esta exaltación no duró y no nos hizo falta mucho tiempo para ponerle otra etiqueta diferente al éxtasis, la revelación o la espiritualidad. Se trataba sólo de un recalentamiento místico emocional muy efímero, que fue luego seguido de melancolía, sentimiento de fracaso y frustración.

Las disposiciones particulares del talante no auguran nada bueno cuando es la serpiente de bronce, aun la bíblica, quien las inspira. ¿Desde cuándo la intensidad emotiva, aun la religiosa, es sinónimo de verdad y de espiritualidad? Siempre será verdad que Dios prefiere la obediencia a los sacrificios (1 S 15:22). Hoy día, sobre todo, cuando tantas experiencias psíquicas y místicas suplantan el puesto de la simple fe obediente a la Palabra de Dios, debemos exclamar con el profeta: «¡A la ley y al testimonio!» (Is 8:20).

La Biblia nos pone en guardia contra la tentación de vivir por la vista, a golpe de milagros, de señales, de visiones y de experiencias. Aquellos que se comprometen en esa vía peligrosa serán presa fácil para el Anticristo, que viene precisamente «con gran poder y señales y prodigios mentirosos y con todo engaño de iniquidad» (2 Ts 2:9-10). Su espíritu satánico está activo en nuestro tiempo, y su camino está muy preparado en el corazón de aquellos que, todo y decir que pertenecen a Cristo, se colocan en su terreno favorito.

Diagnóstico y Remedio

Y, mientras tanto, ¡cuántas perturbaciones espirituales! Varias personas me han hablado de su confusión. El ejercicio de este «don» era sólo una fachada que disimulaba la realidad de una bancarrota espiritual y moral casi total. Su glosolalia era una

especie de compensación ante una vida de fracaso. Permanecían superficiales, mientras daban la impresión de lo contrario. Pero lo necesitaban para hacerse señal a sí mismos y de este modo revalorizarse ante sus propios ojos y ante los ojos de los demás. Aquellos que se consagraban con mayor frecuencia a esta práctica eran alcanzados por una aflictiva inestabilidad, la cual sufrían en secreto, sin atreverse a confesarla, y sin adivinar su causa. Debían siempre doblar la apuesta para no sentirse mal ante los demás y para sentirse seguros ante sí mismos. Giraban en redondo alrededor de sus experiencias, como cogidos en un círculo vicioso. Las arenas movedizas de las experiencias místicas –para llamarlas sólo con ese nombre– los conducían a una vida de altibajos y de cambios de estado de ánimo imprevisibles: ora en la alegría, ora en el abatimiento. El diagrama de sus vidas era un diente de sierra: seguros de su salvación hoy y dudando de ella mañana; incensando a su pastor el mes anterior y denigrándolo al mes siguiente; cambiando de asamblea como de camisa.

El camino que conduce a la liberación es el siguiente: primeramente, asegurarse de que efectivamente uno ha nacido de nuevo, que las cosas viejas han pasado y que todas las cosas han llegado a ser nuevas por la fe en el Señor Jesucristo, el único Salvador y único Mediador entre Dios y los hombres. En seguida, hacer como el buen rey Ezequías, que destrozó la serpiente de bronce *que Moisés había hecho,* es decir, traer el error de calificación bíblica y sus consecuencias en una plena confesión, acogiéndose a la sangre de Jesucristo (1 Jn 1:7-9). Dios, que perdonó a Israel su descarrilamiento bíblico, perdonará también éste. La fe debe entonces asirse del pleno perdón y de la plena liberación de esas fuerzas psíquicas y de su desestabilizadora influencia. A los pies de Jesús, el inestable Legión, el hombre de los gritos inarticulados, el abonado a las montañas rusas (Mr 5:5) que terminaba siempre por encontrarse abajo, encuentra la paz, el reposo, el buen sentido, y el poder de presentar un testimonio por fin coherente a quienes le ven y le escuchan.

Que el Espíritu Santo, que conduce a toda la verdad y que

libera de toda alineación, libere también a aquellos que aún están retenidos cautivos por la muy seductora pero muy peligrosa teología de la experiencia.

Ray H. Hugues, superintendente de la pentecostal Iglesia de Dios de Cleveland, escribió: «Toda experiencia que no concuerde con el marco de la Escritura debe ser rechazada como falsa, por más impresionante que sea». Si un hombre así sabe decir tan buenas cosas, y al mismo tiempo admite en su vida y en su movimiento «experiencias impresionantes» las cuales no puede discernir que entren en el marco de las Escrituras, ello se debe manifiestamente a que:

–O bien tiene sólo uno conocimiento truncado de las Escrituras que invoca,

–O bien está afectado de una ceguera parcial.

–O bien, como lo ha confesado un ex-pentecostal: «Éramos bíblicos sólo cuando nos convenía. Cuando nos señalaban una verdad incómoda, la actitud invariable era hacer como si no existiera».

CAPÍTULO 13

El origen de las lenguas actuales

Tal como nos son presentadas en el Nuevo Testamento, y armonizadas con las correcciones de Pablo a los Corintios, las lenguas eran un don del Espíritu y tenían un carácter milagroso e infalible.

A grandes rasgos, la resurgencia moderna de las lenguas data de comienzos del siglo xx. Ya hemos debatido suficientemente al respecto para darnos cuenta de que no tienen el mismo origen celestial que las de los tiempos apostólicos. Constituyen sólo una mala falsificación muy alejada del original. Y quien dice falsificación dice falsificador, es decir, la paternidad espiritual de aquel que es padre de mentira desde el comienzo.

Pero es necesario admitir que en esas tinieblas hay grados de culpabilidad y de responsabilidad. Toda mentira proviene del diablo, cierto, pero no todos aquellos que han mentido son forzosamente diabólicos.

1. Es convenientemente recordar que un buen número de cristianos pentecostales, y aún algunos de sus pastores, no han hablado nunca en lenguas, y que el resultado es que les va mejor. Son semejantes a los cristianos de las demás denominaciones evangélicas. No caen en la categoría de los falsificadores. Se excluye en este caso la influencia satánica.

2. En muchos otros casos el interesado, arrastrado por el ambiente particular y la enseñanza del medio, ha balbuceado algunas palabras aisladas, a las cuales se ha asignado de inmediato la etiqueta del «bautismo del Espíritu Santo», sin que nunca más la cosa se haya renovado en su vida. La falsificación

es, en este caso, tan tenue y ocasional que no puede imputárseles una intención de fraude. Si el Espíritu de Dios no está en ello para nada, el otro no está allí tampoco.

3. Tenemos luego el caso de aquellos que han sido inducidos a error, que se han equivocado y que lo han reconocido. Al inicio de su experiencia pasajera no había más espíritu malsano que lo que había de Espíritu Santo. Hemos acogido algún tiempo entre nosotros un joven con problemas, que frecuentaba un grupo de jóvenes de obediencia pentecostal. Sin haberse producido alguna vez un nuevo nacimiento, fue apremiado a ser bautizado con el Espíritu para tener acceso a los dones, y lo logró sin dificultad. Esta «victoria» fue seguida por derrotas sucesivas y se hundió cada vez más en el pecado. Ya que hablaba en lenguas, sin arrepentimiento ni conversión, ya no se trataba entonces de indicarle el camino de arrepentimiento y conversión. Para liberarlo de sus caídas, le recomendaron orar en lenguas lo más menudo posible. Redobló su ardor en la pronunciación de sílabas desarticuladas, y el resultado moral fue desastroso. El Espíritu Santo no tenía nada que ver con todo eso y el diablo no gran cosa, sino sus malos consejeros. Era sólo una polea loca que giraba en el vacío y que sólo se detuvo por sí sola, cuando, desalentado, abandonó el grupo que le hacía girar. El asunto naufragó en el olvido y él en la delincuencia.

Antes de enviar este libro a la imprenta, hemos sabido de primera mano que, hace algunas semanas, un hombre piadoso pero inconverso, consejero parroquial de su Iglesia reformada, juzgando insuficiente su bautismo infantil, se dirigió a una Iglesia pentecostal para ser bautizado como adulto por inmersión, lo que fue hecho, sin averiguar si había nacido de nuevo. Se le habló de otro bautismo, el llamado del Espíritu, alentándole para que lo buscase. Como la señal había de ser la glosolalia, entró en esta experiencia, que no fue seguida por ningún «plus». Su vida cristiana prosiguió en la mediocridad. Una pariente cristiana le prestó casetes de mensajes que yo había grabado poco antes sobre los avivamientos del Antiguo Testamento. Los escuchó mientras

conducía su automóvil. Es entonces cuando, asido por la Palabra y sin poderse contener, se desplomó en sollozos ¡y se *convirtió a Jesucristo*! Fue entonces que nació de nuevo y que su vida fue radicalmente transformada. Eso demuestra, en este caso como en los anteriores, que el Espíritu no tiene arte ni parte en el asunto de las lenguas contemporáneas, y que el otro espíritu tampoco tenía mucho que ver, si algo hubiera tenido que ver. Pero sí demuestra que la glosolalia actual acontece sin el Espíritu Santo y que, en el curso que llevaba, su falso hablar en lenguas, interpretado por el mismo espíritu, habría dado un mensaje «auténtico», evangélico al ciento por ciento, como ya hemos visto en el capítulo 6, en el cual se pone en evidencia el fraude interpretativo.

He aquí el testimonio de un joven católico ferviente que descubrió la verdad oyendo la predicación del sencillo evangelio de la gracia. Descartó el romanismo y se adhirió mental y cordialmente a esa verdad, a la cual se entregó por completo. Como Saulo de Tarso, que era irreprochable en cuanto a la ley, llegó a ser irreprochable según la doctrina de su Iglesia, que hizo de él su joven Anciano, el más activo, con mucho, entre todos ellos. Sus talentos organizativos le convirtieron en punta de lanza del programa de evangelización. Se casó con una joven de la Iglesia. Exteriormente, todo iba bien, tanto en la asamblea como en el hogar. Pero en lo espiritual, con su Señor, en su consagración, a pesar de todos sus esfuerzos, había, como se dice, «agua en su gasolina». Mientras tanto, unos nuevos miembros de la Iglesia, que habían abandonado decepcionados el pentecostalismo sin renegar nada en él, le dijeron que todo se arreglaría si solamente fuese bautizado en el Espíritu, porque estaría entonces revestido de poder. Sin darse el trabajo de verificar lo que la Biblia decía al respecto, buscó esta segunda experiencia, cuya señal debía ser hablar en lenguas. Y habló, pero el prometido poder no llegó a la cita. Algún tiempo más tarde, este hombre irreprochable, «bautizado en el Espíritu» y ello demostrado con el signo «evidente» del don de lenguas, descubrió por qué las cosas no le iban bien en su vida cristiana. En contacto con cristianos que niegan esta segunda experiencia y

que lo combaten ¡SE CONVIRTIÓ A JESUCRISTO! Lo que «el bautismo del Espíritu» no le había dado, la conversión a Jesucristo (y no la adhesión a una doctrina correcta) sí lo trajo. Y aquello con gran prejuicio para quienes no lograban comprender cómo había podido hablar en lenguas por el Espíritu Santo sin haberlo recibido. A su vez, podrían preguntarse si ellos no se encontraban en el mismo caso.

¿Habría ahí otro espíritu, diferente al de Dios, en la esterilidad de esta experiencia extrabíblica? No nos atreveríamos a afirmar que algunas frases incoherentes, ciertamente falsas en su esencia, pero sin consecuencias, hayan hecho de este hombre honesto un falsario patente de las cosas divinas, tanto menos cuanto que muy pronto reconoció y confesó su error. No, sino que habiendo llegado en este capítulo hasta este punto en nuestro análisis, no le concedamos al diablo un lugar que no tiene; sería hacerle demasiado honor.

4. En cambio, lo que sí es inquietante es cuando lo ocasional se vuelve obsesivo, hasta el punto de cultivar el arte de chapurrear cualquier cosa y atribuirlo a la acción del Espíritu. La polea loca de la falsedad ya no gira libremente sobre su eje, sino que engrana y comienza a controlar el movimiento de todo el mecanismo, de modo que ya nada puede detenerla. Aquel que permite al engaño instalarse en su vida termina adherido a ese engaño. Es lo que afirma enérgicamente el Espíritu de verdad: «Por cuanto no recibieron el amor de la verdad para ser salvos, por esto Dios les envía un poder engañoso, *para que crean la mentira*» (2 Ts 2:10, 11). Ahora que creen en ella, la mentira ha llegado a ser su verdad. Quienes han llegado hasta este punto ya no pueden salirse de él, porque el enemigo está en el lugar y lo tratan como si fuera el Señor. De benigna, la dolencia se ha tornado maligna. Estas palabras pueden parecer duras, pero, ¿no es ése el juicio divino que, en la década de los 70, el pentecostalismo evangélico pronunciaba todavía acerca del don de lenguas que ejercían los carismáticos? Recordemos los términos: «*Este movimiento es el cruce del pentecostalismo protestante y de la idolatría católica... ES UNA FALSIFICACIÓN DEL DIABLO que prepara la venida*

del Anticristo». ¿Y qué es lo que era a los ojos de ellos una falsificación del diablo? El «bautismo del Espíritu» y su signo evidente que es el don de lenguas entre aquellos con los que (y se llega a ello muy suavemente) están hoy en buena armonía. Ahora bien, es de ellos de quienes recibieron esta segunda falsa experiencia, y cualquiera que sea la forma diferente que toma entre unos y otros, es la misma experiencia que choca con las Escrituras.

¿Acaso el origen oculto de esta experiencia no se revela cuando pastores pentecostales reconocen que los espiritistas frecuentan algunas de sus reuniones, siendo que huyen de todas las de los demás? Esto es porque encuentran allí un ambiente que les conviene. He oído personalmente decir al presidente del espiritismo francés: «Entre nosotros se habla también en lenguas como entre los pentecostales, pero con la ventaja sobre ellos de que, entre nosotros, se trata de lenguas comprensibles». Hay motivo para que se nos pongan los pelos de punta.

Con ocasión del reciente paso del Dalai Lama por Francia, la prensa informó acerca de un acontecimiento particular de su joven infancia. Aunque vivía en una provincia alejada de Lhasa, hablaba el dialecto de la capital sin haberlo estudiado nunca. Ese hablar en lenguas era verificable y nadie puede poner en duda su autenticidad. Pero, ¿mediante qué espíritu habla el Dalai Lama en lenguas? Los pentecostales clásicos han dicho que es el mismo que aquel que hace hablar a los carismáticos. Pero el de los pentecostales clásicos es semejante, puesto que ya no es el de los apóstoles. Es fácil llegar a esa conclusión.

5. Es siempre con mucho escepticismo que he leído y oído informes acerca de hablar en lenguas que se revelaban diabólicas cuando eran comprendidas por uno de los oyentes presentes. El doctor Gaebelein afirma que un misionero ha oído hablar en lenguas donde frases dichas en un dialecto chino que él conocía eran demasiado viles y obscenas para ser repetidas. En otra ocasión el que hablaba en lenguas habría blasfemado el nombre del Señor Jesús de la manera más horrible. Es con reticencia que

otorgaba crédito a estos testimonios. Tengo por principio no dar fe a lo que «se dice», del lado que sea, y no de formarme nunca una opinión por las cosas que oigo decir. Pero cuando es un cristiano de la talla de Ralph Shallis el que da testimonio de su experiencia personal en este dominio, estamos obligados a prestarle atención. En las páginas 281 y 282 de su libro *Le don de parler diverses langues* [El don de hablar diversas lenguas], él dice esto:

> *Recordaré toda mi vida la reunión de oración privada a la cual pude asistir. Quienes estaban presentes se dejaron llevar por exageraciones que chocaron profundamente mi espíritu. Súbitamente, uno de ellos, aquel que, por lo demás, me parecía el más espiritual de todos (¿o quizás el menos carnal?) se puso a cantar extrañamente en una lengua desconocida. Sólo pronunció una frase, cuyas dos primeras palabras retuve muy bien: MAHA DEVI. Este hombre interpretó entonces esta frase en francés de la siguiente manera: «Yo soy el Dios Todopoderoso; pon tu confianza en mí». Siempre con la misma curiosa melodía, repitió SEIS VECES esta frase de manera idéntica y SEIS VECES la tradujo con exactamente las mismas palabras, lo que la fijó en mi memoria. Para las demás personas que asistían a la reunión, «era Dios quien hablaba»; aclamaban esta «lengua» con Amén y Aleluya... pero para mí era una cosa absolutamente distinta; reconocí finalmente la voz del espíritu al cual estaba confrontado; era la del enemigo. El significado real de esas dos palabras repetidas seis veces constituían la prueba, porque MAHA DEVI significa: la gran diosa. Es el título (entre otros) de la esposa de Siva, la tercera persona de la tríada hindú, el dios de la destrucción. La divinidad Maha Devi es adorada en toda la India bajo diferentes formas, incluyendo las de las diosas KALI y DURGA. Durga es una deidad destructora terrorífica. Kali significa «Negra»; es representada con un collar de cabezas de muertos y manos cadavéricas; sostiene en su mano una*

cabeza decapitada; está cubierta de sangre y le saca la lengua a su marido Siva en señal de burla, a quien a veces pisotea. Es adorada por medio de ritos impuros entre los cuales la sola prostitución cúltica ha arrastrado a innumerables niños a una vida de degradación y sufrimiento.

Y he aquí que este hombre, diciéndose cristiano, sin comprender el sentido de su «hablar en lenguas», identificaba esta divinidad pagana con Dios Todopoderoso y nos ordenaba poner nuestra confianza en ella... ¡y los que le rodeaban creían de buena fe que era el Espíritu Santo del Padre de Nuestro Señor Jesucristo quien lo inspiraba! ¡Y todo esto sucedió en un encuentro considerado cristiano y bíblico!

La doctora Rebeca Brown afirma haber traído a Jesucristo a una de las más grandes hechiceras de los Estados unidos. En su libro *Il est venu libérer les captifs* [Él vino a libertar a los cautivos], ella relata el testimonio de la ex hechicera que, bajo órdenes de Satanás, se infiltraba en las comunidades cristianas con miras a demolerlas. En la página 257 dice, por ejemplo: *«Es habitual en las Iglesias carismáticas que muchas personas hablen y oren en lenguas en conjunto, en cultos o reuniones de oración, sin que ese hablar en lenguas sea interpretado. Los satanistas obtienen grandes provechos de esta práctica. Cuando estaba al servicio de Satanás hablaba con regularidad en lenguas en todos los cultos y reuniones de oración. Y los demás satanistas con quienes trabajaba hacían otro tanto. Nadie interpretaba: ¡Maldecíamos la Iglesia, al pastor, a los cristianos y a Dios! y nadie sospechaba de ello...»*[16]

Lo que la doctora Brown parecen aún ignorar es que las «interpretaciones», como ya hemos dicho en el capítulo 6, son tan falsas como «las lenguas», pues son la falsificación de una falsificación. Y resulta de ello un doble camuflaje que borra las

[16]Siendo ciertas obras de desigual valor, las citas obtenidas de las mismas no recomiendan automáticamente a sus autores ni al conjunto de sus escritos.

pistas. Es lo que revela la experiencia de R. Shallis, anteriormente citada, así como la que se citará más adelante.

En el capítulo 6 me refiero a aquella ocasión en la cual, en un hablar en lenguas incomprensible, oí de súbito la expresión repetida tres veces: «spiriti santi», sin que el significado equivalente fuese tomado en cuenta en la interpretación consiguiente. Tras esta primera prueba de falsificación hay algo más grave aún. Teniendo un cierto conocimiento de la «*bella lingua*», sabía que en italiano «Espíritu Santo» se dice: «lo Spirito Santo» y que el plural de las palabras en *-o* se terminan en *-i*. Eso significa que, además del engaño al nivel de interpretación, ¡ese hombre paganizaba al Espíritu Santo poniéndolo en plural! ¿QUIÉN manipulaba en ese instante la lengua de ese «hermano», llevándole a proferir la peor blasfemia posible contra la divina y única Persona del Espíritu Santo? ¡Y toda la asamblea se asoció a esta injuria contra la Divinidad con un vibrante Amén! Eso sucedió en un culto llamado cristiano del pentecostalismo conservador y moderado. ¿Es diabólico? Es, en todo caso, lo que ellos mismos afirmaban muy recientemente a propósito de los desórdenes antiescriturarios de sus hermanos carismáticos a quienes ellos transmitieron ese «don» que ejercen como consecuencia de un mismo «bautismo del Espíritu». No nos atreveríamos a contradecirlos. Sólo podemos abundar en tal sentido y dar la razón al análisis que desemboca en la terrible conclusión que todo el asunto huele totalmente a azufre. ¡PERO NO SOLO ENTRE LOS DE ENFRENTE!

«Probad los espíritus» (1 Jn 4:1)

En su libro acerca de la prueba del don de lenguas, el Dr. G. MacGraw escribe: *«... después de algunos instantes de oración, recomendamos a la persona aconsejada que hable en lenguas. Luego el jefe del grupo dirigirá sus preguntas no a esa persona, sino al espíritu que inspira el hablar en lenguas... La mayoría había ejercido el don de lenguas en el curso de sus devociones personales. Muchos dudaban de la autenticidad de ese don, pero*

muchos estaban seguros que el examen al cual se sometían confirmaría el origen divino del mismo. El hecho chocante es que más del 90 por ciento debieron admitir el origen demoniaco de su don de lenguas. Hay muchos pentecostales y carismáticos que reconocen que las lenguas demoníacas existen. Sin embargo, están seguros de que el don que han recibido es auténtico. Una joven solicitó que su don fuese examinado porque aunque experimentaba malas influencias en su vida estaba segura que su don era de origen divino, porque una dama de su iglesia le había afirmado que en su caso el hablar en lenguas provenía del Espíritu Santo. Cuando nos reunimos con el objeto de orar por la liberación de esta hermana, el espíritu nos dijo que él odiaba al Señor Jesucristo. Al interrogarlo, el demonio admitió que él era el espíritu originario de ese don de lenguas... Cristianos muy fundamentados pueden ser poseídos por un demonio que habla en lenguas... Ha sucedido que misioneros de vacaciones oían hablar en lenguas de manera blasfematoria en el idioma de su campo misionero... Alguien solicitó una entrevista. Era una notable cristiana dotada, equilibrada, alguien en quien se podía confiar, una ganadora de almas... Me fue imposible imaginar que esa distinguida señora pudiese albergar un demonio relacionado con las lenguas... pronto se manifestó un hablar en lenguas que expresaba amargura y odio con respecto a Cristo, con respecto a sí misma y a nuestro respecto. Era innegable que la habitaba un don de lenguas demoniacas. Otros... son profundamente sinceros y espirituales. Su vida testifica una conversión real, hambre de crecimiento espiritual... pero las puestas a prueba de los espíritus conducen a la conclusión de que multitudes entusiastas que creen tener un verdadero don de lenguas están engañados».

Dejo al doctor MacGraw con la responsabilidad de sus conclusiones, pero no lo contradigo. Esta es un área de investigación a la que no tengo acceso todavía. otros en Francia han obtenido los mismos resultados. No puedo ni negar ni conformar que el don de lenguas sea, como dice el doctor MacGraw, de origen demoniaco en un noventa por ciento de los

casos. Pero lo que sí confirmo, con la Biblia en la mano, es que el «don» es cien por ciento falso.

No sería necesario, sin embargo, concluir que al dejar un diez por ciento de incertidumbre, MacGraw quiere decir que una de cada diez personas que hablan en lenguas tenga la suerte de tener el don verdadero. El diez por ciento restante cae en la categoría de «polea loca», una jerigonza ininteligible que, como lo hemos visto al comienzo de este capítulo, no tiene nada que ver con el Espíritu Santo ni con Belzebub.

Ralph Sallis, amigo de George Burch, lo cita en su libro *Le don de parler diverses langues* [El don de hablar diversas lenguas]. G. Burch ha probado el don de lenguas de 147 personas. Ha encontrado tres casos dudosos, mientras que los demás 144 eran todos casos de posesión demoníaca.

Cualquier incondicional de la glosolalia puede a su gusto descartar esas temibles evidencias negándolas, como algunos niegan la existencia de las cámaras de gas del régimen nazi. Pero cubrir una práctica mentirosa con otras mentiras, ¿no es acaso como doblar la apuesta de la mala fe?

En la población de H. donde yo realizaba una campaña de evangelización, la puesta a prueba de los espíritus experimentada por G. Burch fue comunicada al pastor pentecostal del lugar. Estuvo de acuerdo con el asunto pero añadió en seguida: «Es verdad, pero el pastor de la Iglesia pentecostal de la población de G. Burch fue a encontrarlo y le pidió que sometiera su don de lenguas a la misma prueba. G. Burch le respondió que lo conocía bien y que, en el caso suyo, era inútil someter a prueba su don porque lo consideraba auténtico». Tuve la convicción interna de que ese hombre mentía. Me puse de inmediato en contacto con George Burch por intermedio de su amigo Ralph Shallis para preguntarle si esa situación era cierta. La respuesta, que aún conservo, fue completamente negativa. G. Burch no tenía ningún conocimiento de ese suceso. De este modo, aquel pastor, que habría debido ser un modelo para el rebaño, defendió la precariedad de su doctrina con una truhanería inmoral. ¡Maniobraba con miras a hacer creer que si los 147 casos

analizados eran de origen satánico, el número 148 no lo era! Por medio de esta dialéctica de mala ley todos los que hablan en lenguas en el mundo pueden creer que ellos pertenecen al caso 148. ¿A quién mentía aquel «pastor», forjando deliberadamente una mentira acerca de una entrevista imaginaria? Encontramos la respuesta en Hechos 5:1-11, donde Ananías y Safira, creyendo mentir sólo a Pedro, cayeron muertos de repente por haber, en realidad, «mentido al Espíritu Santo». De modo que, si la palabra consciente de este hombre era capaz de semejante fraude moral, ¿a qué fraudes se dejaría llevar en sus hablar en lenguas descontroladas?

¿Qué era lo que salía de la boca de aquellos tres individuos desvergonzados que en una cadena televisiva ofrecieron a millones de telespectadores la imagen delirante de una conversación entre tres lenguas desconocidas, elevando la impostura hasta fingir que se entendían unos a otros? Y aquello en el nombre del Espíritu Santo. Nunca, en toda la historia de la Iglesia evangélica, lo sagrado ha sido escarnecido tan públicamente, y de manera más desvergonzada que aquella tarde. Nos parece oír a Judas que, después de haber exhortado a los bienamados en Cristo para que contendieran ardientemente por la fe (doctrina) dada una vez a los santos (v. 3), prosigue con indignación: «porque algunos hombres habían sido destinados para esta condenación, hombres impíos... Ay de ellos... sensuales *que no tienen al Espíritu.*» Este terrible veredicto no viene de nosotros, sino del Espíritu de verdad, a quien el engaño religioso ofende más que cualquier cosa.

CAPÍTULO 14

A. La relación de causa/efecto

(1. DERIVA MORAL)

El error nunca se limita a sí mismo. Nunca carece de consecuencias. Forma parte de un plan cuidadosamente preparado. Su instigador persigue su objetivo de manera implacable, sea a corto, medio o largo plazo.

En este capítulo pasamos a examinar la CAUSA de la deriva moral, y con ello somos conscientes de que abordamos ahora la parte más desagradable del libro, porque implica citar nombres, abandonar las generalidades, precisar identidades eclesiásticas y debatir situaciones morales y doctrinales de la más alta gravedad.

P. Emirian, defensor titular del movimiento, se ha encontrado obligado a admitir los escándalos que enlodan al pentecostalismo.

A comienzos de siglo, Parham, el más conocido de los fundadores del pentecostalismo primitivo, fue encarcelado por inmoralidad manifiesta. Desde entonces, y de forma permanente, el problema más serio del movimiento pentecostal ha sido el hecho de que la mayor parte de sus líderes han caído en la inmoralidad. Nunca ningún otro movimiento evangélico adversario de la doctrina (la CAUSA) bajo examen, ha tenido un tan deplorable testimonio frente al mundo.

Hace poco tiempo, el hijo de un amigo mío, un ministro pentecostal, me preguntó, evidentemente agitado, por qué todos los hombres principales en las más cercanas Asambleas de Dios estaban involucrados (con la excepción de su padre) en algún pecado moral escandaloso. Su propia hermana adolescente había sido asaltada por uno de ellos, y el resultado fue que su padre prosiguió su ministerio fuera de este movimiento.

Donald Gee, por su parte, deplora que «los pentecostales que han hablado en lenguas manifiestan poca santidad en sus vidas». Prosigue: «Hemos recibido un bautismo espiritual que se supone debe llevarnos a la plenitud del Espíritu, amor al Señor y odio contra el pecado, y nos encontramos en la misma posición (e incluso peor) que la de los que no han recibido este bautismo –obligados a luchar cada día para mantener nuestra comunión con Dios y resistir a la tentación. Cerca de nosotros observamos a muchos hermanos y hermanas que a pesar de su bautismo en el Espíritu Santo caen en pecados mas flagrantes que los cristianos que no han tenido esta experiencia y que parecen resistir más victoriosamente.»

Los observadores han constatado una correlación entre la experiencia emocional denominada como «bautismo en el Espíritu Santo» y un aumento en los desórdenes morales en círculos de tendencia pentecostal o neopentecostal, en particular un número impresionante de relaciones sexuales ilegítimas. Ha habido reuniones en las que gentes que buscaban una gran experiencia emocional oraban que el Espíritu Santo descendiese sobre ellos. Comenzaron «cantando en el Espíritu», luego «orando en el Espíritu», luego danzaron «en el Espíritu», y antes de terminar la noche, docenas de hombres y mujeres fueron llevados a una flagrante inmoralidad.

Baumann cita la reflexión de un joven que decía: «Quedé sorprendido al descubrir que esas benditas emociones en mi alma parecían estar acompañadas de pasiones sexuales en mi cuerpo».

Dice el Dr. K. Koch (de Alemania): «Encontré en el transcurso de mis consultas otro ejemplo también muy terrible … una jovencita muy infeliz vino a mí en busca de consejo. Era estudiante en un instituto bíblico. Una de las profesoras es discípula del "nuevo movimiento de lenguas". Esta profesora habla en lenguas y ha arrastrado a un cierto número de estudiantes a esta experiencia. Para colmo, esta mujer tiene tendencias lesbianas y comete delitos sexuales con algunas de las estudiantes. La joven en cuestión había sido seducida por ella. En aquel país, eso sigue sucediendo».

Comenta D. Shakarian, un notorio líder pentecostal: «Era la primera vez, pero no la última, lejos de ello, en que Rosa y yo nos enfrentábamos al caso extrañamente desconcertante de un hombre que ejerce un ministerio divino extraordinariamente poderoso en favor de los demás y cuya vida personal es una verdadera catástrofe (sic)[17]. A veces, como con aquel hombre, el punto débil es el dinero. En otros casos, es el alcohol. Pueden ser también las mujeres, o la droga, o perversiones sexuales» (páginas 229-231). ¡Qué terrible confesión!

Es cierto que los círculos evangélicos no pentecostales no son perfectos. Por lo demás, no pretenden serlo. Encontramos en ellos lamentables taras espirituales; tienen sus debilidades y sus úlceras; luchas por el poder, conflictos personales, tensiones internas, rivalidades, maledicencia y dureza de corazón… En vano negaríamos que tales cosas existen incluso a nivel de algunos responsables, pero no son mayoría. Cierto es, ¡ay!, que hay siervos de Dios que se han visto calumniados. Moody mismo tuvo que hacer frente a odiosas insinuaciones hasta el punto que su ministerio se resintió por ello algún tiempo, hasta que triunfó, al igual que Wesley, de la amarga hiel de irresponsables detractores. Pero nunca la opinión pública ha sido alertada en proporciones tan desastrosas como en lo que afecta a casi todas las figuras señeras del pentecostalismo. Los adeptos al movimiento sufren terriblemente ante ese lamentable estado de las cosas, pero, ¿no deberían más bien interrogarse acerca de las causas que lo provocan? Descubrirían entonces que la primera causa es la diferencia entre ellos y los demás evangélicos. Y esa diferencia es, precisamente, su particular doctrina acerca del bautismo del Espíritu.

Una confianza inmerecida

Al escribir su libro en 1983, Emirian creía poder dar por supuesta la honorabilidad de algunos grandes nombres de la Iglesia

[17] *sic* no está en el texto. Se añade entre paréntesis a continuación de la expresión o frase citada para asegurar al lector que se trata de una cita rigurosamente textual, por extraños que parezcan los términos.

electrónica, tales como T. L. Osborn, O. Roberts, a quien cita, y de otros televangelistas como J. Swaggart, R. Humbard, J. Bakker... Desde entonces, esos hombres han estado mezclados con escándalos financieros y morales que la pantalla pequeña ha entregado como espectáculo para el mundo entero. El mal que se ha hecho a la causa evangélica es incalculable. ¿Y por medio de quién han sucedido estos escándalos? ¿De qué campo eran aquellos que, entre dos sermones en la televisión flirteaban con mujeres ligeras? ¿Quiénes son los que, con el dinero de las ofrendas consagradas a Dios, daban fortunas a sus secretarias y a prostitutas para comprar su silencio? ¿Quiénes han acumulado malversaciones que los han llevado a ser condenados a más de cuarenta años de cárcel? ¿Quiénes han sido citados ante los tribunales y contra quiénes las autoridades han tomado medidas de expulsión? ¿Quién, para embolsar millones, predica un falso evangelio de la prosperidad? Únicamente los «bautizados en el Espíritu» con sus extraordinarias pretensiones espirituales. Uno de los grandes periódicos de Lausana, Suiza, *24 heures* [24 Horas], en septiembre de 1989, estigmatizó en una página entera, con apoyo de pruebas, el carácter libertino, el espíritu de lucro y los métodos sospechosos de los televangelistas pentecostales. Dos meses más tarde, la misma prensa, bajo el título *Jim Bakker declarado culpable.* completaba la imagen en estos términos: «El televangelista J. Bakker, fundador de PTL (Praise The Lord), una organización religiosa que ha llegado a ser un imperio financiero, ha sido declarado culpable el jueves por un Tribunal Federal de Charlotte (Carolina del Norte) de haber defraudado a sus fieles por 37 millones de dólares. El televangelista, cuyo estilo de vida, muy ostentoso, ha llegado a ser legendario, se arriesga a 120 años de cárcel y 5 millones de dólares de multa (apf)». La sentencia del Tribunal fue dictada en 1990: 45 años de prisión. Si hay tales olas en Europa ¿Qué marejadas no habrá en América? Yo estaba en los Estados Unidos en diciembre de 1990. Fue con el corazón embargado de tristeza que vi a este hombre en las noticias de la televisión, que llorando iba a la cárcel para el resto de su vida. Lo que más me entristeció fue oír al presentador aprovecharse de la

ocasión para burlarse con ironías. Una vez más, como bien lo dice Romanos 2:24, el nombre de Dios fue blasfemado en una escala sin precedentes. Pero Billy Graham se distingue claramente de este grupo. Y ello hace tanto más significativo que Billy Graham no haya estado implicado en la experiencia pentecostal del «bautismo del Espíritu Santo», cuya definición pone en tela de juicio.

En un avispero

Emirian cree poderse salir del avispero citando de nuevo a D. Shakarian, quien también se esquiva con palabras como estas: «Los hombres que están en primera línea se hacen herir.» Pero entonces, ¿cómo explicar que gigantes de la fe, como G. Muller, J. N. Darby, Hudson Taylor, D. L. Moody, J. Wesley, François Coillard, Adolphe Monod, Félix Neff, Ruben Saillens, Billy Graham y tantos otros[18] que no podemos citar, quienes, más que todos los demás, han estado en primera línea, a veces expuestos a la calumnia, han permanecido, sin embargo, irreprochables en el plano moral, doctrinal y financiero?

La explicación nos trae de vuelta siempre a la causa primera que hace la diferencia entre ambos campos. Y lo que hace esta diferencia ha sido destacado en el segundo párrafo del capítulo 1: *Es la experiencia «pentecostal»*. Si esto es verdadero para los carismáticos, lo es doblemente para los Swaggart, Osborne[19], Bakker y compañía, de triste reputación. De este modo, tanto por sus comentarios como por su conducta, proporcionan la prueba de que es su particular doctrina la que produce esos efectos, puesto que las demás Iglesias que las combaten están a salvo de los escándalos que ella produce.

Emirian, en su segundo intento por sacar su movimiento de

---

[18]Esta cadena de nombres célebres no es en absoluto exhaustiva, y no constituye de manera automática una recomendación de la teología global, métodos, eclesiología, asociaciones, particularismos, de cada uno de ellos.

[19]T. L. Osborne, promotor de una doctrina derivada de Oral Roberts, llamada también evangelio de la prosperidad, que promete el éxito, la sanidad, el amor, la prosperidad material, en recompensa a una liberalidad orientada sobre todo hacia sus propias obras, algunas de las cuales han llegado a ser imperios financieros.

este muy mal paso, y para minimizar el mal testimonio que él se ve muy obligado a reconocer, explica al revés la doctrina del bautismo del Espíritu. Según él, esta «segunda experiencia» no produce una comunión más intensa con Dios, ni la victoria sobre el pecado, y no es otorgada para la santificación, sino solamente *para el testimonio y el servicio.* La blasfemia contra el Espíritu no está lejos. Los que así hablan olvidan que el calificativo característico del SANTO Espíritu es precisamente ser el Espíritu SANTO, el Espíritu de SANTIDAD que SANTIFICA todo lo que se relaciona con su acción. Protestamos con vehemencia contra esa manera de interpretar los textos, que despoja a la tercera persona de la Trinidad de una parte de lo que constituye su gloria propia, la de ser portadora y garante de la ETERNA SANTIDAD y de comunicarla en todos los niveles de su operación.

¡Paradójico bautismo el de un Espíritu que, con ocasión de su operación interna de admisión de los creyentes en el Cuerpo de Cristo, dejaría su santificación en el vestuario en vez de revestirles con ella! ¿Sería aún el Espíritu SANTO si otorgara su poder y su servicio independientemente de su santidad? Fuera de esta santificación, sin la cual nadie verá al Señor (He 12:14) ni podrá darlo ver de forma válida a los demás, ya no queda nada del testimonio, sino un contratestimonio por el cual el Nombre de Dios es blasfemado entre los gentiles (Ro 2:24). ¿Qué testimonio puede aún tener el hombre «poderoso» citado anteriormente si su vida da un mal testimonio; o esos televangelistas, de quienes los medios de comunicación han revelado la megalomanía del dinero y de los escabrosos problemas de conducta? Sus actos hablan tan a gritos que ya no se oyen sus palabras. Por cierto, pueden ser muy «poderosos», como les gusta jactarse, profetizar, echar fuera demonios, hacer muchos milagros en el nombre de Jesús (Mt 7:21-23), pero si no reniegan no sólo de los malos efectos sino de la CAUSA que los produce, se exponen a oír la terrible sentencia: «Nunca os conocí; apartaos de mí, hacedores de maldad».

Recordemos brevemente lo que ya ha sido desarrollado en el capítulo 9: la única explicación del bautismo del Espíritu que da el Nuevo Testamento se encuentra en Primera Corintos 12:13,

donde se precisa su propósito: que los judíos y los no judíos, es decir, personas de lenguas, nacionalidad y condiciones diferentes, formen un solo Cuerpo, la Iglesia. Tal es la única explicación que el Espíritu Santo nos da acerca de su bautismo; ir más allá es poner ya el pie en el estribo de la herejía. Y como siempre hay una relación causa a efecto, se puede predecir, sin temor a equivocarse, que el tiempo de los excesos, de los escándalos y de los engaños no ha terminado.

Deriva profética

Algunos hermanos pentecostales sinceros y moderados (gracias a Dios, quedan todavía), dirán, con razón, que hay en el movimiento Iglesias e individuos que, en todo caso en el plano moral, no han caído tan bajo. ¡Felizmente! Seríamos los primeros en lamentarlo si fuese de otro modo. Nos alegramos de que se puede citar el nombre de David Wilkerson sin tener que avergonzarse. Pero el mundo tiene también sus grandes hombres, de quienes puede, sobre ciertos planos, sentirse orgulloso con razón. Este es el motivo por el cual, a pesar del respeto que podamos tener por el autor de *La cruz y el puñal* y por su obra entre los drogadictos, he leído con claras reservas sus revelaciones proféticas en su obra *Visión.* Este libro fue ampliamente difundido en su época y saludado como la más extraordinaria profecía de los tiempos modernos. Sin querer oscurecer el aspecto positivo del ministerio de D. Wilkerson, que también ha tenido acceso al don de lenguas por medio del «bautismo del Espíritu Santo», exhortamos vivamente a todo el mundo que se procure una copia de la edición original de sus «profecías». Que vuelva a leer cuidadosamente el párrafo consagrado a los automóviles, donde se trata de la no renovación del material en función de las fechas y plazos que allí son «revelados»; que se lea entonces con cuidado Deuteronomio 18:20-22, el versículo 22 particularmente: «El profeta que tuviere la presunción de hablar palabra en mi nombre, a quien yo no le haya mandado hablar … el tal profeta morirá. Y si dijeres en tu corazón: ¿Cómo conoceremos la palabra que Jehová no ha

hablado?; si el profeta hablare en nombre de Jehová, y no se cumpliere lo que dijo, ni aconteciere, es palabra que Jehová no ha hablado; con presunción la habló el tal profeta; no tengas temor de él.» Según la orden divina, no tememos decir que si hubiera profecía, su don era un engaño, y que su don de lenguas, originario del mismo espíritu, está tallado de la misma madera.

Se dirá que también se han equivocado grandes hombres de Dios, o avanzado demasiado en sus comentarios acerca de los eventos proféticos. Quizá, pero sus palabras o escritos **eran sólo comentarios;** nunca han pretendido tener el don, forzosamente infalible, de profecía. Es necesario señalar esta diferencia, que es inmensa.

A riesgo de repetirnos. ¿Qué espíritu impulsaba el don de lenguas de los tres «profetas» que profetizaron en el nombre de Jesucristo dos sanidades y una resurrección, y sin que hubiese ninguna, y ello a pesar de un triple milagro (lenguas-profecía-interpretación)?

¿Qué otro espíritu mentiroso dirigía la lengua de aquellos que han anunciado que Dios sería glorificado por la sanidad de una joven mujer y que el día de su funeral llevaron adelante el cinismo de declarar, públicamente, ante la tumba abierta, que la promesa de Dios se había cumplido, porque esta hermana había entrado ahora en la sanidad perfecta y que Dios estaba siendo glorificado aquel día por medio de la predicación del evangelio?

¿A qué género de «don» han tenido acceso esos conductores espirituales, y por medio de qué espíritu? Sólo el padre de la mentira podía ser el originario de esos «carismas». Pero lejos de verse aplicar la sanción prevista por el código divino (Dt 18:20), esos falsos profetas continúan siendo escuchados como los oráculos de Dios.

En su libro *D'où viennent ces langues* [De dónde vienen esas lenguas], C. H. Lang enlaza, en la pág. 86, con el mismo tema: «... en Sutherland, un pastor, el Reverendo J. M. Pollock era un entusiasta partidario del movimiento. Él era hermano de la señora Boddy. Él me contó los siguientes hechos y me los confirmó por escrito:

»El niñito de un vecino estaba enfermo. La señora Boddy había sido advertida por las "lenguas" que el niño sanaría y quedaría de nuevo con perfecta salud. Ella solicitó a su hermano que comunicara estas buenas noticias al padre del niño. Por el camino, el "poder" cayó sobre el señor Pollock quien, por medio de las "lenguas" y la interpretación, recibió la confirmación del mensaje; ¡pero al llegar a la casa, se enteró de que el niño ya había fallecido! Quiso hacer admitir a su hermana que evidentemente era un espíritu mentiroso el que había obrado; después de haberse repuesto de la sacudida inicial, ella dijo que había recibido la explicación: habían comprendido mal el mensaje, cuyo verdadero sentido era que el niño estaría muy bien en el otro mundo y no aquí sobre esta tierra... Al acomodarse a esta evidente escapatoria, esta mujer, activamente comprometida en este centro británico del movimiento, quedó aún más cegada y tanto más fuertemente ligada que antes. M. Pollock abandonó en seguida el movimiento, pero durante varios años fue cruelmente atormentado por los poderes del mal que había repudiado».

Escucha a los verdaderos profetas de Dios

El asunto es mucho más serio de lo que algunos quisieran creer, porque, en más de un caso, el milagro de profecía va respaldado por dos otros milagros, el de lenguas y el de interpretación. La gravedad del asunto se ve confirmada por el lenguaje extremadamente severo de la Palabra: «A los que profetizan de su propio corazón... ¡Ay de los profetas insensatos, que andan en pos de su propio espíritu y nada han visto! Como zorras en los desiertos fueron tus profetas... Vieron vanidad y adivinación mentirosa. Dicen: Ha dicho Jehová, y Jehová no los envió; con todo, esperan que él confirme la palabra de ellos. ¿Decís: dijo Jehová, no habiendo yo hablado? Por tanto, así ha dicho Jehová el Señor: Por cuanto vosotros habéis hablado vanidad y habéis visto mentira, he aquí yo estoy contra vosotros, dice Jehová el Señor. Estará mi mano contra los profetas que ven vanidad y adivinan mentira; no estarán en la congregación de mi pueblo, ni serán inscritos en el libro...» (Ez 13).

«Falsamente profetizan los profetas en mi nombre; no los envié, ni les mandé, ni les hablé; visión mentirosa, adivinación, vanidad y engaño de su corazón os profetizan» (Jer 14:14).

«He aquí, dice Jehová, yo estoy contra los profetas que endulzan sus lenguas y dicen: Él ha dicho» (Jer 23:31). «He aquí, dice Jehová, yo estoy contra de los que profetizan sueños mentirosos, y los cuentan, y hacen errar a mi pueblo con sus mentiras y con sus lisonjas, y yo no los envié ni les mandé; y ningún provecho hicieron a este pueblo, dice Jehová» (Jer 23:32). Ya no hay remedio posible cuando Dios se ve obligado a constatar que no sólo «mi pueblo *escucha* la mentira» (Ez 13:19) sino aún más, «los profetas profetizaron mentira **y mi pueblo así lo quiso**» (Jer 5:31). El hombre raramente se resiste a aquello que proporciona placer, sobre todo cuando se trata del dominio del alma, de lo irracional y de lo misterioso. ¿Acaso Salomón no dijo: «Las aguas hurtadas son dulces, y el pan comido en oculto es sabroso» (Pr 9:17)?

Más deriva

Un excepcional espíritu de fraude y de disimulo rige a los más virulentos. Cuánto más reivindican el Espíritu de verdad, tanto menos habita la verdad en ellos.

Unas personas que llegué a conocer habían ya interrumpido las relaciones con sus amigos adeptos a la glosolalia. Habían perdido a un niñito, y les fue profetizado en el nombre de un Dios que no puede mentir ni engañar, que otro hijo vendría pronto a reemplazar el primero. La joven mujer se encontró de nuevo esperando y anunciaron a la redonda la llegada de un varón, según la promesa divina. Contrariamente a los verdaderos profetas quienes, a menudo, sólo tenían una oportunidad en un millón de no equivocarse (y nunca se equivocaron), este «espíritu» sólo tenía una entre dos. Pero fue una niña lo que nació. ¿Esperaban un milagro de cambio de sexo? El caso es que, para honrar la profecía, pusieron a la niñita un nombre que serviría para ambos sexos, la vistieron como a un niño y la presentaron como tal hasta el día que tuvieron que pasar por la humillación y reconocer

abiertamente que los responsables de aquella Iglesia los habían embaucado con ayuda de los «dones del Espíritu». Desde entonces nunca más tuvieron dificultad ninguna para saber si la primera letra de ese «espíritu» se había de escribir con minúscula o no con mayúscula. La suma se podría hacer así: 1 lengua + una profecía + 1 interpretación = 1 mentira. Lo peor que hubiese podido sucederles para su porvenir espiritual había sido evitado: que hubiese nacido un niño. No teniendo ni de lejos el discernimiento de Pablo, se habrían valido de esta experiencia para encenagarse cada vez más en «verdades» que habrían significado su perdición, porque el camino del arrepentimiento y de la restauración les habría permanecido cerrado para siempre.

¿No estamos acaso en pleno irrealismo místico, como me ha sido dado constatar, cuando uno ve a personas consideradas razonables, exhibiendo fotos burdamente trucadas, tomadas en ocasión de bautismos de las antípodas y que se supone representan, por sobre de los bautizados en agua, lenguas de fuego (que eran sólo trazos hechos con un rotulador)semejantes a las de Pentecostés, que ningún ojo humano había podido ver, pero que la cámara había captado? Y he aquí que todo un mundo de «bautizados en el Espíritu» que están al corriente de la intriga, como incapaces de denunciar un engaño que salta a la vista, tan interiormente ciegos como Balaam el vidente, quien no veía lo que veía su asna: que estaba en su camino extraviado y que su euforia era sólo demencia (2 P 2:16).

¿Cómo unas personas que se dicen nacidas de nuevo por el Espíritu de verdad pueden tomar complacencia en aquello que saben que no es cierto? Porque experimentan a su vez el efecto de una *CAUSA primera.* Como los carismáticos a quienes se impuso las manos para que recibiesen el Espíritu, y a quienes se acusa de tener un mal espíritu, muchos han recibido de aquellas mismas manos, al inicio de su «segunda experiencia», el mismo espíritu de error al cual se ha otorgado una etiqueta bíblica. Se han entregado a «poderes» psíquicos y se han abierto a un espíritu de lenguas inexistentes que les dijeron que provenían del Espíritu Santo; el enemigo, al encontrar abierta la puerta, se ha instalado

en su lugar; de allí todos los excesos mentirosos de los cuales hablamos. Es la razón por la cual asistimos a esa dualidad que denuncia D. Cormier en el capítulo 1: «*Lo propio del Espíritu Santo es conducir a* ***toda*** *verdad; lo propio del espíritu malo es conducir a* ***sólo una parte*** *de la verdad*». Lo que denuncian entre los demás se reproduce entre ellos. A ejemplo de los carismáticos, las verdades más sublimes flanquean abismos de mentiras, a las cuales no se pueden resistir porque están afectados internamente por ellas. Todo esto produce desórdenes de este tipo que podemos citar: en una gran reunión, donde yo tenía la responsabilidad de dar el mensaje de clausura, un joven se ofreció para dar el testimonio de su conversión, y se aprovechó de ello para relatar la gran bendición de su vida en estos términos: «¡Créanme o no, pero cuando recibí el Espíritu Santo, me entró por la planta de los pies!». El resultado de su vida ha probado que no había recibido absolutamente nada y que se servía de sus pies para pisotear al Espíritu de santidad.

Más deriva

¿Qué espíritu les ha comunicado su pronunciado gusto por la invención de sucesos imaginarios y ha creado en ellos un estado lindando con la mitomanía?

Cuando yo era estudiante en un Instituto Bíblico en Inglaterra, formaba parte de un equipo de evangelización itinerante. Estábamos en una campaña de seis semanas principalmente alrededor de Suffolk y Norfolk. Una tarde, habíamos sido bien acogidos en una pequeña comunidad pentecostal. El pastor se mostró muy fraternal con nosotros. Había regresado de una convención de algunos días en East Anglia. Parecía a punto de estallar de tan feliz parecía. Nos relató que había vivido cosas extraordinarias. Precisó: ¡Hubo tres mil conversiones![20] Quedamos mudos de estupor. Uno de nosotros le

[20]«Tres mil» es el número fetiche de los carismáticos, porque es el número de conversiones registrado en el día de Pentecostés. Se encuentra a menudo mencionado en las oraciones, expectativas e informes de ellos.

preguntó tímidamente con una voz ahogada: ¿Cuántas? Nos repitió sin vergüenza: «*Yes, three thousand saved!*» Ahora bien, nosotros sabíamos que en aquella convención, incluidos los creyentes, no había ni siquiera la mitad de los participantes de la cifra anunciada. ¿Cómo podía haber diez veces más conversiones que lo que había de inconversos? ¿De dónde les viene ese espíritu de ilusionismo ciego que no tienen otros evangélicos, que se quedarán por debajo de la realidad ante el temor de ofender y mentir al Espíritu Santo? Evidentemente, las personas que se despegan de la realidad de esa manera ya no se encuentran en un estado normal. A menudo, es después de haberse puesto en un estado de trance, al límite de la inconsciencia tan apreciado por las religiones orientales, que han recibido un bautismo a imagen de los tristes frutos que presentan.

Alguien quizás nos reprochará por informar acerca de historias de cuerpo de guardia, aunque sean ciertas, y que no se juzga todo un movimiento por los desaciertos de cuatro personajillos sin importancia. Pero precisamente no se trata de cuatro cabos que ordenen la maniobra, sino al contrario, se trata de altos jefes que se extravían y extravían a los demás en experiencias y explicaciones extraescriturarias.

Comandantes en Jefe

Yo oí personalmente al difunto Thomas Roberts, indiscutiblemente uno de los líderes pentecostales del mundo francófono, decir abiertamente que en vista de su edad avanzada y el cansancio ocasionado por numerosas predicaciones, le bastaba con hablar en lenguas durante cortos instantes para ser renovado en su cuerpo. De este modo encomiaba el don de lenguas y lo recomendaba como relajante antisenil. Este era uno de los usos que él hacía de este don del Espíritu.

Pero todos los récords de lo rocambolesco han sido batidos por Gastón Ramseyer, predicador pentecostal muy popular. En su libro titulado *Vous raisonnez trop* [Usted piensa demasiado], al lado de algunas páginas con sentido común, uno se siente consternado al leer la recomendación que él hace del hablar en

lenguas. Trata del insomnio por medio del hablar en lenguas en términos que cada cual puede verificar: *«Digo pues a todos los que tienen problemas de insomnio a causa de no poder detener sus pensamientos y razonamientos: Hablen en lenguas y dormirán. Si todavía no han recibido este regalo divino, pídanselo a Dios, Él se lo concederá. Si ustedes hablan en lenguas sobre su lecho, cesarán sus razonamientos y no tardarán en dormir (...). Permítanme insistir. En lugar de que se den vueltas diez veces en su cama, hablen en lenguas y oren a Jesús. Ya no necesitarán somníferos. El remedio es infalible»* (sic). Uniéndose en esto a Thomas Roberts, añade: *«Hasta vuestro cansancio físico y cerebral desaparecerá»* (pág. 113). ¡Cuántas necedades! ¡Y tiene mucho cuidado en no decir que la recitación del Avemaría o contar ovejas produce idéntico resultado!

¡Y son ésas las personas que pretenden explicarnos la Biblia! Su doctrina al respecto está necesariamente a la altura de sus frivolidades. ¿Quién confiaría trabajos de historia a estos cultivadores del género fantástico? En el instituto, nuestros estudiantes aprenderían entonces que, en Waterloo, Wellington y Eisenhower combatieron codo a codo contra Hitler y Napoleón. ¡Qué ensalada rusa sería la Historia si fuera enseñada como algunos explican la Biblia! ¡Pobre, pobre cristianismo, aquel que se alimenta con tales necedades! Con cuánta severidad Pablo dice: «Más evita profanas y vanas palabrerías, porque conducirán más y más a la impiedad» (2 Ti 2:16). Roberts y Ramseyer, por sólo citar dos, caen en la triste categoría de aquellos que cambian las cosas sagradas en profanas, transformando un don espiritual destinado a ser un signo público para el Israel incrédulo en cuanto a la salvación de los gentiles, para hacer de él una absurda receta de medicina paralela. En el mismo pasaje en el que menciona los cuentos de viejas, Pablo habla también de dos espíritus: «Pero el Espíritu dice claramente que en los prostreros tiempos algunos apostarán de la fe (doctrina), escuchando a *espíritus engañadores* y a doctrinas de demonios; por la hipocresía de mentirosos teniendo cauterizada la conciencia...» (1 Ti 4:1, 2). Nunca, pero nunca, ha aparecido una tal profanación en la enseñanza de

ningún hombre de Dios que haya rechazado la falsa enseñanza pentecostal del bautismo del Espíritu Santo.

Desinformación y deslealtad

A esta profanación se añade un espíritu de mala fe y de distorsión de los hechos, sobre todo a nivel de los responsables. G. Ramseyer, en otra ocasión, comentando el libro *Je parle en langue plus que vous tous* [Hablo en lenguas más que todos vosotros], dice que *comienza* con el argumento demasiado repetido de que el don ha cesado desde el tiempo de los apóstoles. ¡Ahora bien, precisamente el libro en cuestión comienza por el argumento contrario! No, el Espíritu Santo no es disléxico, no lee al revés y no se especializa en la desinformación. Cuanto más alguien habla en lenguas y lo recomienda, tanto más lo que dice su lengua (o pluma) está sujeto a sospechas. Tanto es así, que para recuperar en su favor el poder que acompañaba a la predicación de Moody o de Finney, no se titubea en afirmar y en escribir que hablaban en lenguas, señal de su bautismo del Espíritu y de su revestimiento de poder. Lo mismo se propala de Billy Graham. Y como él se defiende de ello, ¡se dice que lo habrá hecho «sin saberlo»! Deseando asegurarse de la veracidad de esta afirmación, R. Cherix, el difunto pastor de la Iglesia Libre de Neuchâtel, escribió al director del Instituto Bíblico Moody para inquirir en la fuente si, como aquello se publicó, Moody había tenido la experiencia del bautismo del Espíritu Santo en el sentido pentecostal y si lo había enseñado. Vi personalmente la respuesta, que dice que no se encuentra rastro alguna de esta doctrina en la enseñanza de Moody. Pero porque un día había dicho, al hablar acerca de alguien, que necesitaba ser bautizado con el Espíritu Santo, se apoderaron de esta expresión para dar la impresión de que Moody hablaba de la misma cosa y que la recomendaba. Como esas personas obtienen su cita de *The life of D. L. Moody,* es indudable que son deshonestos. Ahí, como en otros lugares, esos amigos han deformado terriblemente la verdad, incluso la verdad histórica, como en el caso del Avivamiento de Gales. El movimiento de las lenguas intenta, incluso hoy en día, apropiarse

de aquel avivamiento para ventaja propia, y presentarse como sus autores. Pero las manifestaciones de lenguas fueron, como en otros avivamientos, una infiltración que tuvo lugar varios años después del inicio del avivamiento.

Este medio está animado por un espíritu de deslealtad casi desconocido entre los demás medios. Hace algunos años, yo era el orador invitado de la Acción Común de la Evangelización para una campaña que se hacía en conjunto en una gran ciudad al este de Francia. Este esfuerzo en común reunía a todas las Iglesias evangélicas de la ciudad y, entre ellas, la de las Asambleas de Dios. Se habían escogido consejeros provenientes de cada comunidad, y en número definido, y formados para acoger a los que respondieran al llamado. Juzgando las cosas lo que uno puede ver, el Espíritu de Dios estaba obrando y muchos pasaron adelante durante el llamamiento, especialmente en la última tarde. Fue durante esta tarde apoteósica que se descubrió que los amigos pentecostales habían duplicado en secreto el número de sus consejeros, con el propósito de acaparar a los nuevos convertidos. Y aquella tarde, como el colmo de la traición, y sin avisar a las demás Iglesias, distribuían a la salida invitaciones para que las personas acudiesen, algunos días más tarde, a escuchar en su centro una serie de conferencias sobre temas que podemos adivinar. Entre todas las comunidades comprometidas, sólo una engañó a las demás, y fue precisamente aquella que tenía el «espíritu». Pero ¿qué espíritu? Esto llevó a uno de mis amigos a decirles: «¡Mi Espíritu Santo, el mío, no es indecoroso!».

Por lo que respecta a causa y efecto, el argumento empleado con mayor frecuencia para intentar ocultar estos graves problemas morales es el del crecimiento numérico, comparativamente más rápido de las Iglesias de tipo pentecostal, como si el éxito y el número fueran una garantía de verdad. La madera, el heno y la hojarasca de Primera Corintios 3 ocupan mucho más volumen y son más visibles que el oro, la plata y las piedras preciosas. Si bien la expansión constituye un motivo de regocijo, no es un criterio de la verdad. No, ni en democracia la mayoría no siempre tiene la razón. Si así fuera, ¿a quiénes

deberíamos unirnos? ¿A los Testigos de Jehová, a los Mormones, al Islam, o a la Nueva Era, que han conocido durante estos últimos decenios un avivamiento tan extenso como inquietante?

Mejor que dar nuestra opinión, que, lo sabemos, no será aceptada, preferimos dejar la conclusión a los pentecostales conservadores. Frente al rápido crecimiento de sus *alter egos* carismáticos (que tienen la misma doctrina del Espíritu), ellos siguen creyendo que *«las sanidades, profecías, milagros... no son del Espíritu Santo sino verdaderamente de un espíritu real* (distinto al Espíritu) *que ha llevado a ese movimiento a desarrollarse con tanto vigor»* (*Le renouveau charismatique* [La renovación Carismática], pág. 13; véase el capítulo 1).

A nosotros, gente sencilla, nos gustaría que se nos explicara cómo es que una doctrina bíblicamente insostenible, provista de una moralidad de dudosa especie, tiene los favores del Espíritu Santo entre los unos (entre los pentecostales) y Su desaprobación entre los otros (entre los carismáticos).

CAPÍTULO 15

B. La relación de causa/efecto.

(2. DERIVA DOCTRINAL)

Recordemos que en el capítulo 1 dábamos un informe del riguroso y bíblico análisis acerca de los dones del Espíritu practicados en el movimiento carismático. Este análisis es hace unos veinte años. Prácticamente la totalidad del movimiento pentecostal suscribía aquella condena sin apelación, que implicaba que era Belzebub quien hacía muecas y tiraba los hilos de aquel bautismo «del Espíritu» y de aquel don de lenguas. Pero el viento parece haber girado de manera diametralmente opuesta. Sin que medie ninguna rectificación doctrinal que sea perceptible entre los carismáticos de todas clases, el pentecostalismo tradicional se pone súbitamente a adorar aquello que anteriormente había quemado. Es así que hemos visto a las Asambleas de Dios, a nivel de sus esferas dirigentes, incorporarse al C.E.I. (Consejo Ecuménico de Iglesias). La mayoría de ellas andan ahora del brazo, no sólo de los carismáticos católicos, sino de la misma Iglesia Católica. ¿Cómo podría ser de otro modo, puesto que las grandes Iglesias tradicionales han llegado a ser permeables a su doctrina específica? ¿Cómo ver todavía en el Papa una figura del Anticristo, puesto que la hace suya y bendice la experiencia pentecostal en su Iglesia? ¿Y para qué evangelizar a personas que ya no lo necesitan, desde el momento en que hablan en lenguas por el Espíritu Santo, que es también el Espíritu de Jesús? (Hch 16:7). ¿Por qué hablarles de ir al cielo a personas que, sin conocer otro nuevo nacimiento que el de su bautismo infantil, hablan ya sobre esta tierra la lengua de los ángeles en el cielo?

En veinte años, la moda ha tenido muchos cambios. A casi todos los niveles, encontramos una gran dejación frente a la orden de «contender ardientemente por la fe (doctrina) que ha sido una vez dada a los santos» (Jud 3). En el lugar de resistir al error se ha instalado el espíritu del siglo, espíritu de neutralidad, de acomodo y hasta de capitulación, al punto de temer siquiera decir la verdad por miedo a ofender «al otro».

He aquí un ejemplo: hasta hace muy poco tiempo, se podían encontrar fácilmente libros y literatura destinados a auxiliar en el trabajo de evangelización entre los católicos y eran expuestos en las librerías. Pero esto ha cambiado. Escasas son las casas editoras que proponen todavía este género de literatura. Porque la idea que prevalece en los círculos cristianos es que los católicos son ahora verdaderos hermanos y hermanas en Cristo. De igual modo, la posición pentecostal clásica ha sido ampliamente erosionada. Quedan por aquí y por allá islotes de resistencia, grupúsculos que libran (¿y por cuánto tiempo aún?) combates de retaguardia.

La unidad espiritual con la Iglesia Papal ha sido expresada por primeras figuras del pentecostalismo conservador. Kathryn Kuhlman, conocida por su extrema sensibilidad a las atmósferas espirituales, tuvo una audiencia privada con el Papa Pablo VI el 11 de octubre de 1972. Ya en esa época, dijo: «cuando conocí al Papa Pablo, había una unidad espiritual entre nosotros. Había un intérprete, pero no necesitábamos intérprete». De su encuentro con el mismo Papa, Rex Humbard informaba en la revista *Answer* de marzo de 1980: «Mientras paseábamos juntos, me di cada vez más cuenta de *que nuestra misión era la misma,* edificar el cuerpo de Cristo, sostener a nuestros hermanos en el Señor, ganar el mundo para el Reino y compartir este mensaje que Jesús nos ha dado para compartir».

Por su parte, el cardenal Agustín Bea, jesuita y secretario del Vaticano para el ecumenismo, no se queda atrás con el pentecostalismo. Muy pronto se dio cuenta que aportaba una nueva energía en los esfuerzos del Vaticano para llegar a la unidad. Su satisfacción se acrecentó cuando el grupo de Hombres

de Negocios del Evangelio Completo aceptó católicos fervientes y practicantes *sobre la única base de la experiencia pentecostal* (Nelson Erwin, *Bible Baptist Church*, Nashua, U.S.A.).

La revista *Logos International,* órgano del grupo acabado de citar, decía: «Es posible que ninguna personalidad haya influido tanto en la renovación carismática como David Du Plessis, a fin de que esta renovación espiritual sea a la vez carismática y ecuménica» (Enero-Febrero de 1981). En este mismo número, D. Du Plessis se refiere a la unidad pentecostal/católica romana en estos términos: «Para la salvación de la humanidad, la Iglesia debe aceptar la bendición de la Iglesia de Pentecostés para la unidad». D. Du Plessis, llamado también «El Sr. Pentecostés». experimentó esta unidad en miniatura. Fue en la basílica de San Pedro, donde veinte mil carismáticos estaban reunidos en el Vaticano para el congreso carismático en la Iglesia Católica. Relató la historia en estas palabras: «El Papa subió sobre su trono... Durante la celebración de la **eucaristía** (énfasis añadido) se cantaba en el Espíritu, suavemente, tiernamente, con reverencia y de una manera perfectamente adecuada. Era, de hecho, un culto pentecostal, con manifestaciones pentecostales y evidentes bendiciones pentecostales. Todos habíamos orado para que hubiese un milagro pentecostal, pero nadie se esperaba una manifestación tan rica y positiva de un nuevo Pentecostés (sic). Percibí aquella noche que tres corrientes estaban obrando en el movimiento pentecostal en general. Estaban los pentecostales clásicos, los neo-pentecostales y los pentecostales católicos. Cada vez más, estas corrientes convergían, en cooperación, en comunión, con respecto de los unos para con los otros. «¡Gloria!», grité en voz alta, en la penumbra, y me dije: ¡David, tú eres ahora un verdadero *ecumaníaco* (sic)! Sí, eso era bien cierto, me dije de nuevo. No aceptaré nada menos que una plena ecumenicidad, toda la familia de las naciones» (*Un hombre llamado Sr. Pentecostés,* págs. 238-244).

Así, ¿cuál es la posición en lo que toca a la unidad contemplada con Roma? Su portavoz, el único hombre que lleva el nombre de Sr. Pentecostés. dice: ¡NADA MENOS QUE UN

PLENO ECUMENISMO! ¿Y qué es un pleno ecumenismo? Ha sido cuidadosamente definido por el pontífice romano, cuando se encontró con los 523 delegados carismáticos en la Cuarta Conferencia Internacional de dirigentes carismáticos, que tuvo lugar del 4 al 9 de Mayo de 1981 en Roma: «VUESTRA ELECCIÓN DE ROMA COMO SEDE DE ESTA CONFERENCIA ES UNA SEÑAL SINGULAR DE VUESTRA COMPRENSIÓN DE LA IMPORTANCIA DE ESTAR ENRAIZADOS EN ESTA UNIDAD CATOLICA DE FE Y DE CARIDAD, QUE ENCUENTRA SU CENTRO VISIBLE **EN LA SEDE DE PEDRO**» (Énfasis añadido). Estas palabras eran de boca del mismo Papa Juan Pablo II. El acontecimiento reunió a 523 delegados del movimiento carismático universal. ¿Su propósito? La causa de la unidad **y una definición de sus términos.** El discurso fue pronunciado en los Jardines Vaticanos y en la Gruta de la Bienaventurada Virgen de Lourdes. Allí el Papa hizo una relación de algunos puntos como hitos de la renovación carismática: «el primero de esos principios es la fidelidad a la doctrina auténtica de la fe. Todo lo que contradiga esta doctrina no proviene del Espíritu ...»

Esta doctrina ...

Sí, muy bien, pero, ¿de qué doctrina se trata? A fines del siglo 20, nuestra desconfianza ante el romanismo podría parecer pertenecer a otra época. Para refrescar nuestras débiles memorias, sin embargo, damos aquí un extracto del juramento hecho por los prelados participantes en el Concilio Vaticano II. Al leer este juramento, recordemos que todos los subordinados, carismáticos o no carismáticos, están obligados a adherirse a él, habiendo pronunciado de manera personal sus votos en este sentido:

Consideremos también que todo subordinado está obligado a adherirse a él, habiendo él mismo pronunciado sus votos eclesiásticos en tal sentido:

«Reconozco firmemente y abrazo las tradiciones apostólicas y las demás costumbres y reglamentos de la Iglesia. Igualmente,

reconozco las Santas Escrituras en el sentido en el cual nuestra Santa Madre, la Iglesia, las ha mantenido y las mantiene aún. A ella le pertenece el juicio acerca del verdadero sentido y la explicación de las Santas Escrituras. Nunca la explicaré de otro modo, sino de acuerdo con la unánime interpretación de los Padres.

»Confieso también que hay, en el sentido propio y verdadero del término, siete sacramentos del Nuevo Pacto, que han sido instituidos por Nuestro Señor Jesucristo y que son necesarios para la salvación del género humano, aún cuando no lo sean para todos, para cada individuo, a saber: el bautismo, la confirmación, la eucaristía, la penitencia, la extremaunción, el orden sacerdotal, el matrimonio; que ellos comunican la gracia y que, entre ellos, el bautismo, la confirmación y el orden no pueden ser renovados sin cometer sacrilegio. Acepto también todos los ritos aprobados por la Iglesia con ocasión de la administración de los citados sacramentos. Acepto enteramente todo aquello que ha sido decidido y declarado en el Concilio de Trento acerca del pecado original y la justificación.

»Confieso además que en la misa se consuma un sacrificio verdadero y expiatorio por los vivos y por los muertos, que en el santísimo sacramento de la Eucaristía el cuerpo y la sangre, al mismo tiempo que el alma y la divinidad de Nuestro Señor Jesucristo están realmente presentes; que se produce una transformación de toda la sustancia del pan en el cuerpo y de toda la sustancia del vino en la sangre... Esta transformación, la Iglesia Católica la llama transubstanciación. Confieso, además, que Cristo entero y el verdadero sacramento están presentes de igual modo bajo una sola especie.

»Sostengo firmemente que existe un purgatorio y que las almas que allí se encuentran encerradas encuentran socorro en las oraciones de los creyentes. Creo también firmemente que se debe invocar y venerar a los santos, quienes reinan con Cristo y presentan por nosotros oraciones a Dios y que es necesario venerar sus reliquias. Afirmo firmemente que se debe tener y conservar imágenes de Cristo, de la Madre de Dios siempre

virgen, así como de otros santos; que se debe testimoniarles el respeto y la veneración que les son debidos.

»Digo también que Cristo ha dado a la Iglesia pleno poder para las indulgencias, y que su empleo otorga una gran bendición al pueblo cristiano.

»Reconozco a la Santa Iglesia Católica, Apostólica y Romana como la madre y educadora de todas las Iglesias, prometo y juro verdadera obediencia al Papa romano, sucesor de San Pedro, el príncipe de los apóstoles y Vicario de Jesucristo.

»Acepto también, sin presentar ninguna duda, y confieso todas las demás cosas que han sido transmitidas, decididas y declaradas por los santos concilios ecuménicos, ante todo por el santo Concilio de Trento y por el Concilio ecuménico del Vaticano, principalmente en lo que concierne a la primacía del óbispo de Roma y su magisterio infalible. E igualmente condeno, lamento y anatematizo todo aquello que está en contradicción con esto, y todas las falsas doctrinas que la Iglesia ha condenado, rechazado y anatematizado. Esta verdadera fe católica, fuera de la cual nadie puede ser salvado, la confieso aquí libremente y a la cual me atengo firmemente, deseo conservarla y confesarla pura y sin mezcla hasta el último aliento de mi vida, y velaré, en la medida en que ello dependa de mí, para que sea conservada, enseñada y predicada por mis subordinados o por quienes debo cuidar en virtud de mi oficio».

Algunos cándidos incorregibles quieren creer que algunos de estos subordinados, con los que mantienen una dulce identidad de puntos de vista carismáticos, escapan al sistema que los emplea. Que pidan entonces a los participantes de esas doctrinas acabadas de citar que las nieguen y se aparten, que abjuren públicamente. ¡La respuesta de los mismos no será nada edificante!

Añadamos aquí algunos extractos de la oración a María del Papa Juan Pablo II para el año mariano que terminaba el 15 de Agosto de 1988. Además de la abominación de dirigir esta oración a una persona muerta (Dt 18 y 1 S 28), que el lector sopese y considere cada palabra:

«El Espíritu Santo te ha amado como su mística Esposa.
Te ha colmado de dones singulares.
En la víspera del tercer milenario cristiano, te confiamos la Iglesia, que te reconoce y te invoca como Madre.
A ti, Madre de los hombres y de las naciones, te confiamos con fe la humanidad entera…
Sostén, oh Virgen María, nuestro camino de fe y obténnos la gracia de la salvación eterna.
óh clemente, oh piadosa, oh dulce Madre de Dios y Madre nuestra, María».

No hay necesidad de añadir comentario alguno. Pero se expresa unidad, no sólo con los carismáticos católicos que glorifican en lenguas a la «mística Esposa», la Madre de Dios, en la misma línea que el Sumo Pontífice de ellos, sino también con la misma Iglesia de Roma, como hemos ya observado con el Sr. Pentecostés, el líder de los bautizados «en el Espíritu».

El que calla, otorga

¿Dónde están las voces pentecostales de disentimiento? ¡El silencio es ensordecedor! Como con razón dice Nelson Ewins, los rallies, las conferencias, las revistas y los libros, son todos unánimes en su ciego tributo a la Iglesia de Roma y esto sin una voz verbal o documental de preocupación. La escena pentecostal global es una de una calma total llena de presagios –una quietud llena de augurios que las huestes del cielo podrían incluso llamar un silencio de muerte.

Hay otro terrible silencio. Proviene del círculo de la renovación carismática católica. ¿Por qué no hay ningún grito de protesta contra el extravío de su Iglesia de la verdad apostólica? A fin de cuentas, Roma sigue manteniendo la regeneración del pecador por medio del bautismo con agua. La salvación es mediante las buenas obras, la gracia sacramental, los sacrificios personales y un sistema de méritos. No hay certidumbre para el alma de la persona individual. La expiación por el pecado se busca en los ayunos, las penitencias, la oración y las indulgencias.

La salvación del alma sigue siendo completada en las llamas del purgatorio. María es honrada como Corredentora con Cristo y sigue siendo la Reina del Cielo de Roma. Los santos son invocados como mediadores. Se sigue aceptando la veneración de las reliquias, de las estatuas y de los santos. Se ofrece un Cristo cada minuto del día en el sacrificio de la misa, por los pecados de los vivos y de los muertos. El pan de la comunión, o la hostia, es adorado como el verdadero Dios del cielo. La salvación por medio de la fe **sola** en Cristo y su sangre derramada es oficialmente rechazada.

En un mortífero silencio de mutuo consentimiento, los líderes carismáticos y sus millones de seguidores se adhieren a estos dogmas, a las decisiones de los concilios y a las encíclicas papales de su Iglesia. Esas enseñanzas eran desconocidas en la iglesia primitiva, y sólo surgieron muchos siglos después. No se expresa reserva alguna ni se proclama advertencia alguna acerca de esta estructura religiosa de fabricación humana a sus 800 millones o así de correligionarios católicos. En lugar de ello, este sistema antibíblico se deja intacto, en un respetuoso silencio.

En el futuro se debe mantener el *status quo*. De hecho, la eliminación de todo pensamiento de cambio quedó reafirmada por parte del actual Papa poco después de dar la bienvenida a la conferencia carismática. Dijo: «Tened en cuenta que la enseñanza del Concilio de Trento acerca de la necesidad de la confesión integral de los pecados mortales sigue en pie, y estará para siempre en pie en la Iglesia …». No se oye ni una contradicción, ni un murmullo de desacuerdo, ni siquiera un susurro de descontento.

Al contrario: entre numerosos archivos, poseemos la copia de la publicación pentecostal mensual *Charisma*, y de su homóloga católica *New Covenant*. La portada de la primera está ocupada por la foto de la Madre Angélica y la de la segunda por D. Du Plessis, el Sr. Pentecostés. ¿Cómo continuar como perro y gato siendo que se está obligado a reconocer que, sin conversión y sin preocupaciones por la doctrina, unos y otros tienen las mismas experiencias en el Espíritu? Si el «Espíritu» habla, obra, sana,

bautiza, despierta y aviva tanto a los unos como a los otros, eso hace que la tesis de los pentecostales conservadores que hemos citado sea insostenible y caduca. Y eso es lo que piensan en la actualidad la inmensa mayoría de los pentecostales en el mundo.

Cuando Roma reacciona

¿Por qué Roma no excomulga a todo el movimiento carismático que está en su seno y por qué es tan comprensiva hacia el mundo pentecostal, que le devuelve el cumplido de igual modo? Porque los primeros se adhieren completamente a los dogmas romanos y porque los segundos ya no los denuncian. Pero cuando Roma se encuentra con alguien que mantiene una posición clara, reacciona con la violencia de antaño. La revista *Hebdo* del 22 de diciembre de 1988 (el equivalente suizo de la revista internacional *Time*) publicó un artículo titulado: «El cura excomulgado», donde se dice que *el Abad G. Daillard, cura de Grächen en Valais, Suiza, ha sido no sólo destituido de su ministerio, sino aún más, pura y simplemente excomulgado. ¿Qué rayo le alcanzó?... El cura de Grächen denuncia los orígenes paganos de la devoción a la Virgen, de quien se ha hecho un falso dios. María es la madre de Jesús, su vida ejemplar nos habla aún hoy, pero no debemos adorarla... Su puesta en duda de la Asunción de la Santísima Virgen ha sido la gota que hizo desbordar la pila de agua bendita. "Este eclesiástico se ha decidido a ser un hereje", explica el obispado.*

Si los carismáticos de todas clases, comprendidos los pentecostales, tienen la bendición de Roma, esto es porque respetan las enseñanzas de Roma. Han llegado a ser menos peligrosos para Roma que un sencillo cura rural. Debido a la relación de causa y efecto, ya no son contagiosos. Su «bautismo en el Espíritu», que ellos han pasado a esos católicos, los ha convertido en sus hermanos completos, y en consecuencia, espiritualmente hablando, los ha esterilizado. Han perdido el virus.

En 1971, el Dr. Synan no podía aún hacerse a la idea de que los católicos tuviesen idéntica experiencia a la suya con el

Espíritu Santo. Pero en South Bend vio autocares que traían a miles de participantes, pertenecientes a las más antiguas denominaciones pentecostales, uniéndose a esa gran reunión carismática. He aquí lo que él dice en su libro *Puentes carismáticos*: Corrí hacia el lugar del encuentro y me quedé turulato al ver a más de diez mil personas ya reunidas para la sesión de apertura... lenguas, profecías, lecturas bíblicas, predicaciones, coros, brotaron con tal poder y convicción que quedé totalmente abismado. Ellos (los católicos) cantaban «nuestros» himnos y ejercitaban «nuestros» dones. Aquello era más de lo que podía soportar. Una especie de *shock* cultural y teológico me llevó a refugiarme en una sala anexa, donde, durante quince minutos, no pude hacer otra cosa que llorar».

Por impresionante que sea este informe, observemos de entrada que no se trata ahí de la conversión de los católicos, sino del ejercicio de los dones espirituales pentecostales. Es el vocabulario lo que ha sido adoptado, y nada más.

Vocabulario adoptado

Lenguas, profecías, cánticos, lecturas bíblicas, cantos espontáneos y lenguaje evangélico, tal como conversión, nuevo nacimiento, bautismo del Espíritu. ¿Pero qué significado tiene esto para un católico? No gran cosa y a menudo, nada en absoluto. La emoción de V. Synan revela una total falta de discernimiento, de un discernimiento que es, sin embargo, un don del Espíritu (1 Co 12:10). Las mismas palabras encubren a veces realidades muy diferentes.

Durante una Exhibición Bíblica, guié a un sacerdote y tuve con él una larga entrevista. Como parecía muy atento, le expliqué el nuevo nacimiento acerca del cual Jesús habló a Nicodemo como siendo la condición *sine qua non* de la salvación. A lo largo del desarrollo del tema, él asentía con la cabeza. Hasta el final hizo notar su aceptación de lo que yo le decía, hasta el punto que me preguntaba a mí mismo si acaso no estaba soñando. Redoblé aún más la precisión, porque lo que decía estaba tan en contradicción con la doctrina de la salvación de su Iglesia, que

sus asentimientos me habrían hecho dudar que tenía ante mí a un defensor titular de esta doctrina. Si la entrevista hubiera terminado ahí, habría llegado casi a la conclusión que quizás había tenido ante mí a un hijo de Dios, un hermano en Cristo verdaderamente nacido de nuevo. Le planteé entonces la pregunta: Señor presbítero, ¿cuándo realizó usted esta experiencia decisiva del nuevo nacimiento? Me respondió sin titubeos: «Cuando fui bautizado.» Bastaron tres palabras para hacer que todo tambaleara. Su referencia a su bautismo infantil era la negación misma de la doctrina bíblica. «Llegué a ser hijo de Dios por medio del bautismo» permanecía siendo su divisa. El nuevo nacimiento se realizaba a través del *opus operatum* de su sacramento. Una sima inmensa separaba nuestras dos posiciones. Cuando es el puente del hablar en lenguas echado por sobre de ese abismo lo que permite a las personas regocijarse en su unidad, podemos plantearnos con seriedad la pregunta: ¿Sobre qué se apoya ese puente? Sobre una terminología ambigua, sobre una doctrina errónea, sobre sentimientos eufóricos, sobre experiencias comunes, en una palabra, sobre viento o, para permanecer bíblicos, sobre arena, madera, heno, hojarasca. Cuando, a su vez, pasen por allí el agua y el fuego…

Entre otras personas, la confusión doctrinal se ve aumentada por medio de una renuncia a sus convicciones, lo cual les hace sentirse y actuar en una familia extraña como si estuviesen en su casa, y ello por medio de una hábil dialéctica, una especie de esquizofrenia espiritual de la cual he aquí un ejemplo. Una joven católica vino a reunirse con el grupo de jóvenes cuya instrucción tenía a mi cargo, aquel día, acerca del bautismo con agua según la Biblia. Esta persona joven, instruida, participó en el estudio con sus brillantes cualidades. Su percepción del bautismo de los adultos, y sólo de los adultos, era sorprendente. Biblia en mano, descubrió con una notable facilidad toda la verdad acerca del tema y, al mismo tiempo, el error sacramental de su Iglesia. En público, la pertinencia y certeza de sus respuestas podía hacer creer que los días de su pertenencia a la Iglesia Católica estaban contados. Pero durante una conversación privada, se reveló ser

una persona totalmente distinta. Lo que ella había captado acerca del bautismo era sólo el «punto de vista bíblico». Para ella, sólo contaba el punto de vista católico; ella me dio a entender claramente que no entraba en sus intenciones el cambiar nada en su manera de ver las cosas, ni acerca del bautismo ni de su Iglesia. ¡Cómo una mujer adúltera que tiene marido y toma a un amante, ella podía muy bien admitir una verdad y lo opuesto a ella y vivir con ambas cosas!

El amigo de quien hablábamos en el capítulo 2 no reaccionó de manera distinta cuando, obligado a aceptar que su don de lenguas no era escriturario, se atrincheró detrás de estas palabras: «Bíblicamente usted tiene razón, pero no puedo renegar de una experiencia». ¿Desde cuando la verdad se acomoda al error? Si Cristo tiene concordia con Belial (2 Co 6:15, 16) esto es porque, bajo el disfraz de ángel de luz, otro ha tomado su lugar. Es a este «otro» al cual nos esforzamos por desenmascarar desde el comienzo. Si para ser reconocido como formando parte de la familia basta con tener un vocabulario prestado, aplaudir ruidosamente, tomar poses extáticas, chapurrear palabras sueltas y lanzar Aleluyas a diestra y a siniestra, hay todas las razones por las que el espíritu que está detrás de esta Babel no es el Espíritu Santo. No, este espíritu que por medio de su bautismo engendra falsarios y que a todo viento distribuye sus «dones», incluso aquellos que ya no existen, no nos dice nada válido. Ser inconverso o estar alejado de la verdad no importaría; sólo contaría una *segunda experiencia* ¡aunque no haya existido una primera! ¡Cómo! ¡¡¡Tener una segunda experiencia sin un primer arrepentimiento, sin una primera conversión, sin un primer sometimiento a la Palabra de Dios, sin un primer quebrantamiento, sin un completo cambio doctrinal!!! No es nada asombroso que ésta, nuestra generación, asista a una amalgama religiosa sin precedentes que no permite augurar nada bueno y que sólo puede conducir a la gran religión única y sincretista, a la última, aquella que la Biblia llama la «ramera». Babilonia parece ya bien avanzada.

El Concilio Ecuménico de Iglesias fue fundado en 1948 con el objetivo de lograr la unidad religiosa global a todo trance. Es decir, la unidad sin discriminación de creencias, incluyendo a los budistas, hindúes, sikhs, musulmanes, sionistas y la cristiandad apóstata. Eso no impidió al espíritu pentecostal (Asambleas de Dios incluidas) unirse al CEI. Es esta confusión en creciente aumento la que llevó a V. Synan a responder a Fray N. Cavnar, cuando le planteó esta pregunta: «Nosotros (los católicos) hemos tomado muchas precauciones para hacer de nuestros carismáticos verdaderos católicos. ¿Cómo ven ustedes este asunto?» ÉL mostró su total indiferencia a la verdad con su respuesta: «No me plantea ningún problema el ver a un católico carismático que ame a su Iglesia. No pienso que reciba ventaja alguna por abandonarla. Lo que importa es que sea un católico fiel a su Iglesia, **pero bautizado con el Espíritu Santo** ...».

T. Spence, que había sido pastor pentecostal hasta llegar a tener la luz acerca de su movimiento, ha escrito: «En el pasado, el ecumenismo necesitaba unir dos sectores para llegar a ser efectivo: el espíritu y la doctrina. Ahora que la unidad se logra por «el Espíritu», podemos estar seguros de que la unidad doctrinal seguirá indefectiblemente. Primero, viene el error; luego el camino; y al final la doctrina. Lo que hoy día vemos es más que una avanzada en dirección a un nuevo ecumenismo mediante la intervención de los carismáticos católicos. **Es una amalgama que prepara la religión final, la del Anticristo**».

Todos mis conocidos pentecostales estaban, no hace tanto tiempo, firmemente opuestos al romanismo. ¿Cuál es la CAUSA que los hizo contemporizar con un sistema al que llamaban «sinagoga de Satanás» según Apocalipsis 3:9? La causa de esta capitulación se encuentra en el propio error de ellos, la experiencia pentecostal, que ellos inocularon a los católicos, como se confirma en el siguiente incidente.

Patitos empollados

Thomas Roberts, recientemente fallecido, fue un predicador muy apreciado, proveniente del pentecostalismo moderado. Con

los años llegó a ser punta de lanza del carismatismo francófono. Fue él el portador de la experiencia pentecostal a los medios católicos romanos. Él vio producirse allí su «segunda bendición» con las señales que la acompañan. Trabajó incansablemente para promover la intercomunión entre los carismáticos protestantes y católicos. Se entregó a esta tarea tan por entero que su identidad evangélica terminó por diluirse. Viendo a su descendencia espiritual dirigirse milagrosamente en lenguas a la santísima Virgen María, él no podía, por tanto, oponerse a ello, por cuanto era por mediación de su ministerio y la imposición de sus manos que esos católicos habían recibido este don. No habiendo discutido nunca su propia experiencia, no podía impugnarse la de ellos sin renegar de la propia. Se encontró como una gallina que ha empollado huevos de pata y que sigue a sus patitos hasta mojarse en el agua. Se mojó de tal modo que terminó por ahogarse. Puesto que sus hijos espirituales, animados por el mismo «espíritu» que el suyo, oraban a la Virgen, él hizo otro tanto. Uno de mis amigos le hizo una severa observación y un reproche por ello. No negó el asunto, pero intentó quitarle importancia, diciendo que: *«No se debía ver la oración que SE PODÍA DIRIGIR A MARÍA como la ven los católicos, sino como una alabanza a Dios por el servicio de esta humilde sierva»*. Aún cuando la explicación sea tomada por los cabellos, el hecho concreto es que se dirigía a ella. Es necesario hacer notar que, más allá de ese muy grave pecado doctrinal, encontramos allí el pecado abominable que consiste en dirigirse al espíritu de una muerta. Y, aún cuando esa muerta fuese una santa, no cambia nada a un hecho que huele a necromancia (Dt 18). Como muy bien lo había comprendido D. Cormier, el espíritu que impulsa a las almas en esa dirección no puede ser el Espíritu Santo.

No, el error nunca carece de consecuencias. Hay siempre una relación de causa efecto. Una doctrina que tuerce los textos de la Escrituras, que silencia otros y que privilegia a la experiencia por encima de la Biblia puede, en lo inmediato, parecer agradable al paladar, pero terminará siendo amarga en las entrañas. Los padres

del «hablar en lenguas» han comido las uvas verdes; pronto sus hijos tendrán la dentera. Acabamos de tener un atisbo de esas uvas verdes; veamos hacia dónde va a llevarnos eso a largo plazo.

El espíritu que mata

Si uno lleva constantemente al interlocutor a la letra de la Escritura, corre peligro de que le acusen de legalismo. «Hermano, ¿no ha leído en alguna parte que la letra mata, pero que el Espíritu vivifica? ¡Usted se aferra a la letra, sí, pero al hacerlo se priva, y priva a otros, de la gloriosa libertad del Espíritu!» ¿Estamos tan seguros de esto?

En 2 Samuel 6, después de una victoriosa batalla, David y una multitud de treinta mil hombres fueron a recuperar el arca de Dios de manos de los filisteos. La escena bien habría podido ser carismática. En medio de un gozo inmenso, saltaban, danzaban, cantaban con arpas, liras, panderos, salterios y címbalos. El problema secundario del transporte había sido resuelto, porque tenían un carro nuevo para llevar el arca y un par de espléndidos bueyes para tirar de él. No había ninguna voz discordante, excepto, quizá, un aguafiestas como yo para recordarles que, según la Palabra de Dios, el arca debía ser llevada a hombros (Nm 4:15-16; 7:9). Y a Dios se debía obedecerle al pie de la letra. Si hubiera habido allí algún aguafiestas, le hubieran dicho: «Querido hermano anticuado, debería saber que donde está el Espíritu del Señor, allí hay libertad (2 Co 3:6, 17). Hermano, usted sigue siendo esclavo de la letra que mata, nosotros somos los siervos libres del Espíritu que da vida. ¡Venga!

¿Debo seguir con la historia? «Y el furor de Jehová se encendió contra Uza, y lo hirió allí Dios por aquella temeridad [de él, y de ellos], y cayó allí muerto junto al arca de Dios.» Esta gozosa asamblea estaba inmersa en una renovación espiritual y se sentía enfervorizada por un espíritu de conquista, fervor y libertad, que poco duró. Todo aquello terminó con un funeral. La conclusión es esta: **un espíritu que no procede de la letra de la Escritura mata tanto, si no más, que una letra en la que está ausente el espíritu de obediencia.**

Dios había dado la orden formal e irreversible de no encender el altar de los perfumes con fuego extraño. Debía ser el procedente del altar de los holocaustos (Lv 16:12-13). Los dos hijos de Aarón, Nadab y Abiú, perecieron por no obedecer a Dios acerca de este punto (Lv 10:1-2). Es indudable que un nuevo fervor inflama a diversas capas de la cristiandad, pero fervor no es sinónimo de verdad. Saulo de Tarso era ferviente, despierto y «comprometido», como se dice hoy en día. ¿Acaso ese fuego viene de la conversión a Cristo por la fe obediente (Ro 1:5) a la Palabra de Dios? En el caso de Nadab y Abiú, si hubiesen obedecido a «la letra [que] mata», hubiesen tenido vida, mientras que «el espíritu de libertad», que de hecho era el espíritu de desobediencia, fue causa de la muerte de ellos.

Como ya lo hemos visto, el bautismo del Espíritu y el hablar en lenguas en su explicación carismática no son fuegos encendidos por la Palabra de Dios. Nadie pondría en duda que las buenas intenciones sean la llama inicial, pero, ¿no se dice acaso que el camino al infierno está pavimentado con buenas intenciones? Ahora bien, en este asunto todo es «extraño»: el fuego, el combustible, y el fervor religioso que se desprende de ello. Nada hay conforme al modelo de las Escrituras. Que se le dé una etiqueta evangélica a este altar, si se desea, pero si es un fuego extraño a la Palabra el que lo enciende, no seguirá nada bueno a continuación. Es quizás un fuego acariciador, resplandeciente, rumoroso, que cautiva y encanta, pero es sólo un fuego de ARTIFICIO. Y precisamente el gran Pirotécnico está a la puerta. Se acerca el día en el que vendrá un Superhombre con un nombre «extraño», con una super Iglesia y una panoplia completa de instrumentos de seducción, semejante a un cordero y hablando como un dragón (Ap 13:11). Dios llama a la aparición de este supercarismático el misterio de iniquidad. Este *Misterio* les irá como un guante a quienes se han dejado llevar por el *misticismo*, esto es, la creencia de que es posible tener comunión con Dios por medio de la contemplación y el amor, sin la razón humana (léase, por el espíritu sin la letra). Este era el caso de los

Corintios que oraban por el Espíritu, dejando de lado la inteligencia, lo que Pablo tuvo que corregir (1 Co 14:15). Es en el dominio de la mística (un fuego extraño) que se ejercerán los poderes del Anticristo.

Gran experto en la materia, y por medio del poder de Satanás, desplegará todo su abanico de seducciones: ambientes, señales y prodigios. ¿Quiénes serán los seducidos? Los que no han recibido el amor de la verdad y que se han complacido en las injusticias antiescriturarias examinadas en este libro (1 Ts 2:3-12). ¿Y quiénes son los que escaparán a esta seducción? El mismo texto lo dice: Los que son salvos «mediante la santificación por el Espíritu (y no por los pseudo dones) y la fe en la verdad» (v. 13). La salvaguardia de la Iglesia de Filadelfia nos es explicada en los siguientes términos: «Porque has guardado MI PALABRA... yo también te guardaré de la hora de la prueba que ha de venir sobre el mundo entero» (Ap 3:8-10).

B. Creme, que pretende ser el Juan el Bautista, el precursor de la Nueva Era, anuncia la próxima venida del «verdadero Cristo» en éstos términos: «El Cristo operará una fusión mental simultánea con toda la humanidad. Cada persona oirá telepáticamente en su propia lengua las palabras de Cristo, porque reproducirá a escala mundial el acontecimiento de Pentecostés. Se producirán también, en el mundo entero, centenares de miles de sanidades espontáneas. La humanidad sabrá, de acuerdo con estos fenómenos, que este hombre, y sólo este hombre, es el verdadero Cristo». ¿Sucederán de verdad esos fenómenos? Sólo el tiempo lo dirá, pero están en la línea de la aparición del Inicuo, del Hombre de Pecado, que el Señor destruirá con el espíritu de su boca (Su Palabra). Todos aquellos que viven de ambientes, de experiencias, de sentimientos, espolvoreados con algunos textos bíblicos a menudo apartados de su contexto, están ya maduros para aclamar el Hombre-Providencia que será ese nuevo Sr. Super-Pentecostés, que (2 Ts 2:4) se sentará en el templo de millones de corazones, los cuales, en un impulso de ciego misticismo, dedicarán una devoción sin límites a este «otro Jesús» que será el Super-Pontífice de los

tiempos del fin. El carismatismo prepara el camino a esta capitulación general al sembrar la confusión de Babilonia en los espíritus.

El doctor Synan, portavoz del Movimiento Pentecostal Mundial, cuando le preguntaron «¿A dónde cree que lleva todo esto», respondió con estas palabras: «... creo que está claro que en los últimos decenios de este siglo y en los primeros del próximo los asuntos cristianos estarán cada vez más en manos de los católicos y de los pentecostales. Y el único puente entre esos dos grupos, al menos a nivel de base, son los carismáticos... El pentecostalismo, que pone el acento sobre el poder del Espíritu, es la mayor fuerza en la cristiandad de hoy. Es el poder que revolucionará al cristianismo, y es lo que los pentecostales y carismáticos católicos tienen en común...» (*New Covenant,* Enero de 1984).

¡Qué rápidamente cambian las cosas y las doctrinas! En menos de veinte años, el análisis de la Renovación Carismática mencionado en el capítulo 1, y que tan bien iba entonces a los pentecostales conservadores, ha sido echado al olvido. Como tan bien lo ha dicho Ewin Wilson: «El llamamiento a una unidad en aquel espíritu, es, desde luego, una fuerza extraordinaria que unirá a las diferentes partes de una cristiandad apóstata, la falsa esposa de Cristo, la Babilonia mística, la ramera.»

Pero hay otra voz que se hace oír. Su llamamiento no tiene como base las experiencias místicas de la glosolalia sino una unidad que nace de la separación tal como se encuentra definida en la Biblia. El verdadero Espíritu Santo de Dios dice: «Salid de en medio de ellos, y apartaos, dice el Señor. Y no toquéis lo inmundo; y yo os recibiré» (2 Co 6:17).

El espíritu que preside la glosolalia actual lleva a millones de personas a pactar con abominables errores de un sistema idolátrico. Es un sistema que Dios odia y que Él se ha comprometido a destruir. Es Él quien dice en Apocalipsis 18:4: «Salid de ella, pueblo mío, para que no seáis partícipes de sus pecados, ni recibáis de sus plagas».

¿Hay excepciones?

Es cierto que, aquí y allá, algunos grupos pentecostales se han distanciado de algunas de esas doctrinas, pero, ¿deben ser encomiados por ello? Porque si se rasca la superficie, se encuentra que son las mismas personas que, a la vez que proclaman su fe en la sola sanidad divina, van a médicos y toman medicina en secreto. Esta dualidad hipócrita ha llegado a impregnar sus vidas de tal manera que pueden convivir con una cosa y lo opuesto a ella sin rubor alguno. Así, a la vez que emiten «valientes» comunicados de desaprobación en contra de la Palabra de Fe, del Pensamiento Positivo, de la Bendición de Toronto, de la Enseñanza de la Prosperidad, etc., que proponen Yonggi Cho, Wagner, Bunkke, Wimber, Schuller, O. Roberts, los Padres Regimbald, Tom Forest y compañía, ¡si tan solo ven a esas personas o a sus representantes poner el pie en el país arrojan al viento las cauciones y las críticas pasadas! Se les ve atropellándose para darles la bienvenida, para hacer publicidad de su llegada, acogiendo a sus comités y para animar a sus propias congregaciones para que acudan a las reuniones donde lo que se expone es precisamente aquello a lo que ellos dicen que se oponen. Sobre el papel, parecen rechazar toda una gama de enseñanzas desde el culto a María hasta la Salud y Riqueza, pero trabajan codo con codo y comparten los mismos púlpitos y tienen la más estrecha asociación con aquellos errores contra los cuales habían advertido.

Es esta actitud ambivalente la que es denunciada en Romanos 2:21, 22: «Tú que predicas que no se ha de hurtar, ¿hurtas? Tú que dices que no se ha de adulterar, ¿adulteras?» Eso, pasado a nuestro debate, se puede leer así: «Tú, que puedes discernir el adulterio espiritual en otros, ¡lo haces tú mismo! ¡Lo que estigmatizas con tinta, lo apruebas en la práctica!»

Nos vemos aquí ante una evidente dicotomía esquizofrenia espiritual, una enfermedad moral de la que no se pueden librar los afectados porque se encuentran atados por lo que ellos mismos llaman «una común experiencia fundamental y sublime», la de un antiescriturario bautismo del Espíritu posterior a la conversión

respaldado por un hablar en lenguas no menos antiescriturario. Mientras esta CAUSA sea cultivada y abrigada, seguirá floreciendo en el movimiento este tipo de contradicción moral y doctrinal.

APENDICE

Este suplemento se añade sólo para responder a preguntas aisladas que han sido planteadas muchas veces. Nos ha parecido útil responder a ellas tanto más cuanto que están en el marco del tema tratado. No obstante, al haber cesado el **verdadero** don de lenguas, no hay verdadera razón para suscitar esas cuestiones, pero sería poco cortés ignorarlas, y por ello accedemos a contestarlas, para no dejar nada en suspenso. Lo hacemos a la luz de Primera Corintios 13:8, que anunció el momento y la ocasión de la desaparición de este don. Es de desear que, antes de continuar, el lector vuelva a leer el capítulo 8.

EL HABLAR EN LENGUAS ES UNA EXPERIENCIA QUE TODO CRISTIANO DEBERÍA HACER

Eso ha sido dicho y repetido una y mil veces. Es lo que afirma con énfasis G. Lindsay en su libro *21 raisons pour lesquelles les chrétiens devraient parler en langues* [Veintiuna razones por las cuales los cristianos deberían hablar en lenguas]. En la base de esta tesis se encuentra el punto de vista pentecostal acerca del bautismo del Espíritu Santo. Devolvemos al lector al capítulo 9, que nos muestra que la doctrina bíblica al respecto es muy distinta a lo que nos quisiera hacer creer que es. El texto más a menudo citado en apoyo a esta idea es la de Pablo: «quisiera que todos vosotros hablaseis en lenguas» (1 Co 14:5). Si este deseo del apóstol ha de ser tomado como un imperativo doctrinal, ¿cómo es necesario comprender las palabras del mismo apóstol, que, en la misma epístola, dice además: «Quisiera más bien que

todos los hombres fuesen como yo», es decir, ¡solteros! (1 Co 7:7). En griego, las dos expresiones «quisiera» son idénticas. ¿Es necesario dar a estos dos deseos fuerza de ley? Nótese (séame permitido ser un poquito malicioso) que todos los que ven luz verde cuando leen Primera Corintios 14:3, ven luz roja en Primera Corintios 7:7. ¿Se habrán vuelto de repente daltonianos? Porque si es preciso ver en el primer pasaje una norma de vida cristiana, es preciso también, para permanecer honestos, reconocer la misma norma en el segundo. Todos aquellos que favorecen el hablar en lenguas deberían entonces imponerse el celibato. ¿Por medio de qué gimnasia mental se llega a decir que hay que hacer como Pablo en cuanto a las lenguas, pero no en cuanto al matrimonio? Esta observación teñida de humor ha dado cada vez en el blanco. Un joven fanático del don de lenguas al que le decía estas cosas se enojó súbitamente y se me echó encima de manera contundente. Estaba furibundo. Para justificarse, expuso una idea que había leído en alguna parte, según la cual Pablo era no soltero, sino viudo. No me enseñaba nada de nuevo. Este pensamiento se basa en el hecho de que, para ser miembro del Sanedrín, era necesario, obligatoriamente, haber sido casado. Y, como Saulo de Tarso había sido miembro de ese Sanedrín, se trataba de que ya no era soltero, sino verosímilmente viudo. Le hice notar que, si tal fuera el caso, Pablo habría pues querido decir que él deseaba que todos los hombres fuesen viudos. Lo ridículo de la situación lo dejó sin respuesta. Me dio la espalda y se fue.

Hay toda una implicación doctrinal detrás de las palabras de Pablo. Así como todos los Corintios no eran llamados a ser solteros, tampoco todos eran llamados a hablar en lenguas. Pablo acepta ambas ideas. Por una parte, que todos no tenían el don de celibato (1 Co 7:7) y por otra, que todos no tenían el don de lenguas, cuando dice: «¿Son todos apóstoles? ¿Son todos profetas? ¿Hablan todos en lenguas?» Plantear la pregunta es dar la respuesta. Si fuera de otro modo, habría sólo una forma de comprender los cinco elementos de la Palabra del Señor en Marcos 16:17,18: «Y estas señales seguirán *a los que creen:* En mi nombre 1) echarán fuera demonios. 2) hablarán nuevas

lenguas, 3) tomarán en las manos serpientes, 4) si bebieren cosa mortífera no les hará daño, 5) sobre los enfermos pondrán sus manos, y sanarán». Todos deberían obligatoriamente *hacer la prueba de su fe* no solamente hablando nuevas lenguas, sino echando fuera demonios cada uno, bebiendo todos un brebaje mortífero o comiendo sin peligro unas setas venenosas, todos sanando enfermos y metiendo cada uno su mano en un nido de víboras, siguiendo el ejemplo del apóstol Pablo que fue mordido por una de ellas sin que resultase para él mal alguno ni se resintiese. Por lo demás, ninguno de los que hacen demostración de sus experiencias espirituales por medio de las lenguas se arriesgan a hacerlo por medio de las serpientes.

Un día, un pastor extremista en este sentido trataba de convencerme que hablar en lenguas era una experiencia que todo cristiano debería necesariamente hacer. Abrí mi Biblia y le pedí que leyera conmigo los versículos citados anteriormente en Primera Corintios 12:29-30:

–¿Son todos apóstoles? ¡No, por supuesto!, me contestó.

–¿Son todos profetas? ¡No!

–¿Son todos maestros? ¡No!

Al llegar a este punto, rehusó continuar. Acababa de darse cuenta adónde le iba a llevar el texto: a leer: «¿hablan todos en lenguas?». La respuesta sólo podía ser no. Y él lo sabía. Tres veces intenté retomar el texto con él. Tres veces rehusó llegar hasta el final. Se fue realmente enojado conmigo.

De este modo, aún en tiempos de Pablo, cuando el verdadero don existía y debía ser empleado como señal de la internacionalización de la salvación ante los judíos que no creían en ella, no todos tenían ese don, porque «el Espíritu reparte a cada uno en particular sus dones como él quiere» (1 Co 12:11). Del mismo modo que no todos eran apóstoles, o profetas, o célibes, tampoco todos hablaban en lenguas.

HABLO EN LENGUAS MÁS QUE TODOS VOSOTROS (1 Co 14:18)

No se trata aquí de locuacidad. Aquellos habladores Corintios eran más locuaces que Pablo, cuya palabra o locución era, según ellos, menospreciable (2 Co 10:10). Pablo no entra aquí en competencia con la locuacidad corintia. La razón por la cual les dice que habla más que todos ellos es sencilla. Pablo era apóstol de las naciones, enviado por Dios hacia los pueblos de lenguas extranjeras, es decir, distintas al hebreo. Ese llamamiento era impugnado por sus adversarios judíos, quienes le impedían hablar a los gentiles (1 Ts 2:16). Y no sólo los judíos inconversos sino los conversos de Israel tenían muchos problemas para captar la novedad o verdad específica de la era de la Iglesia inaugurada en Pentecostés: Dios iba a derramar en adelante su Espíritu sobre toda carne, lo que equivale a decir sobre todas las lenguas del mundo y los pueblos que las hablan. El libro de los Hechos muestra que, doquiera él iba, Pablo entraba en contacto y conflicto con los judíos a este respecto. Al hablar milagrosamente esas lenguas por el Espíritu, Pablo, además de su enseñanza, les daba la señal prevista para este efecto. Les demostraba de este modo que las lenguas extranjeras podían, tanto como la suya propia, alabar a Jehová Dios de Israel y que el muro de separación había sido derribado de una vez para siempre. Para comprobarlo bien, este ex fariseo, liberado e instruido, proclamaba maravillosamente con sus labios judíos y en presencia de los judíos las maravillosas obras del Dios de los judíos en las lenguas de los gentiles. Maravilla para unos (judíos y gentiles afectados a esta nueva verdad), fuego de juicio para otros (judíos incrédulos y opositores). Más que cualquier otro y quizás el único en su generación, Pablo podía decir sin fanfarronería: «he trabajado más que todos ellos» (1 Co 15:10). Como consecuencia de su particular vocación, sus numerosos viajes, su trabajo incesante y sus nuevos contactos, Pablo, con entero conocimiento, hablaba también en lenguas más que los demás.

NO IMPIDÁIS EL HABLAR EN LENGUAS (1 Co 14:39)

Es necesario saber que el carisma al cual se refiere Pablo aquí, era el verdadero y no la falsificación que hoy nos es propuesta. A pesar de su autenticidad, estaba empañado por tales fraudes que el apóstol inspirado tuvo que escribir casi tres capítulos para volver a poner a los Corintios por el buen camino. Lo empleaban a diestra y siniestra, como Sansón con su fuerza hercúlea que también le venía de Dios. Campeón de la clase biberón, primer premio al infantilismo, al igual que los Corintios (1 Co 14:20), lo usaba y abusaba de él para fines personales y carnales. Dios no le impidió el hacer uso de la fuerza que Él le había dado, pero él no la había recibido para servirse de ella como lo hacía. De igual modo, Pablo dio un serio correctivo a los errores de los Corintios, pero, en tanto el don estaba en uso, él no podía impedir que se ejerciera de acuerdo a un legítimo empleo. Sucedía con el don de lenguas lo mismo que con el don de redacción de libros del Nuevo Testamento. Pablo habría podido decir que escribía más epístolas que los demás y aun que todos los demás juntos. Igual que les advierte acerca de las lenguas, señala la existencia de epístolas falsas (2 Ts 2:2), pero no impedirá ni a Juan, ni a Pedro, ni a Lucas, ni a ningún otro escribir las verdaderas. Sin embargo, continuar escribiendo epístolas hoy, o pretender el don de lenguas hoy, cuando ambos dones ya han cesado, es algo que se define con una expresión: «falsificación y uso de falsificación».

EL QUE HABLA EN LENGUAS... HABLA MISTERIOS (1 Co 14:2)

Los MISTERIOS de los cuales aquí se trata no tienen nada en común con el sentido que se les otorga en nuestros días: intangibles, incomprensibles, desconocidos, secretos, etc. En el Nuevo Testamento la palabra se encuentra veintisiete veces. Sin

excepción se trata, como lo enseña Scofield: «De una verdad que habiéndose hallada oculta, ahora está ya divinamente revelada, pero en la cual, a pesar de su revelación, existe todavía un elemento sobrenatural». Su muy interesante análisis se encuentra en la página 974 de su Biblia Anotada, donde él cita los once misterios:

1. Del reino de los cielos
2. Del endurecimiento de Israel
3. Del arrebatamiento de los santos
4. De la Iglesia, compuesta de judíos y gentiles
5. De la Iglesia, como la esposa de Cristo
6. Del Cristo que vive en los suyos
7. De Dios en Cristo - la plenitud de la divinidad revestida de forma humana
8. Del proceso por el cual se restaura la semejanza de Dios en el hombre
9. Del misterio de la iniquidad
10. De las siete estrellas
11. De Babilonia.

Quienes hablaban en lenguas adoraban a Dios sobre la base de la mayoría (o del conjunto) de estos misterios. Son exactamente los mismos misterios que los redimidos proclaman cuando alaban al Señor.

–¡Le bendecimos, oh, cuánto, por su reino venidero, el cual saludamos por fe, sin poder sondear su extensión!

–¡Cuántas alabanzas expresadas por la gracia de la cual hemos sido nosotros objeto, que estábamos lejos, que no teníamos ningún derecho a ciudadanía en Israel, pero que hemos llegado a ser herederos de la promesa por la caída de esta nación (Ro 11)!

–¡Cuánta adoración por el misterio de Cristo mismo; por el de su encarnación, misterio de un Dios que abandona su gloria y regresa a ella una vez manifestado en carne, cosas en las cuales aún los mismos ángeles desean posar su mirada!

–¡Cuántas acciones de gracias por el día en el cual el misterio de la iniquidad que corrompe esta tierra habrá terminado!

–¡Cuánta bendición también por el día en que los muertos y vivos serán transformados en un cuerpo en conformidad al de Su gloria, y que los redimidos saludan al decir: «Amén, ven Señor Jesús»!

–Pero, sobre todo, lo que estaba en el centro de la alabanza en las lenguas extranjeras, era el misterio que más se relacionaba y que tenía una importancia capital en aquella época. Y este misterio es «que los gentiles son coherederos y miembros del mismo cuerpo, y copartícipes de la promesa en Cristo Jesús por medio del Evangelio» (Ef 3:6).

–Pablo, después de haber explicado el misterio del endurecimiento de Israel y de la salvación de los gentiles, dice: «Porque Dios sujetó a todos en desobediencia, para tener misericordia de todos» (Ro 11:32). Como deslumbrado por esta verdad, Pablo concluye en un impulso de adoración: «¡Oh profundidad de las riquezas de la sabiduría y de la ciencia de Dios! ¡Cuán insondables son sus juicios e inescrutables sus caminos!» (Ro 11:33). Este misterio es de tal magnitud que los veinticuatro ancianos de Apocalipsis 4:8-10 «se postran en adoración y cantan un cántico nuevo dando gloria al Cordero inmolado, quien con su sangre ha redimido a hombres de todo linaje, TODA LENGUA y pueblo y nación» (Ap 5:9). Es a causa de esos misterios que Pedro y los demás glorificaron a Dios en lenguas extranjeras el día de Pentecostés, que era el día inaugural de una dispensación que se extendería en adelante a todos los pueblos y lenguas de la tierra. A todos aquellos que no lo habían comprendido, ellos dieron a continuación una explicación clara, diciendo que, a partir de aquel instante Dios derramaba Su Espíritu sobre todas las lenguas de la tierra (toda carne). Dieron prueba indiscutible de esta doctrina hablando en el acto quince de ellas.

¿POR QUÉ SOLO A LOS JUDÍOS?

Esta insistencia en decir junto con Pablo que el hablar en lenguas, como la visión de Pedro, sólo era señal a «ese pueblo», puede indisponer a algunos amigos, que se preguntarán con cierta irritación: ¿Por qué sólo a los judíos? Además del hecho que el Espíritu Santo lo dice en Primera Corintios 14:21: «a este pueblo», y que el más elemental sentido común nos impide entenderlo de otra manera, es necesario añadir otras dos consideraciones:

1.– Doce veces en el Nuevo Testamento aparece la expresión «este pueblo», y siempre se refiere a Israel.

2.– en Romanos 9:4, 5 se nos dice que es a los judíos a quienes pertenecen la adopción, la gloria, el pacto, la promulgación de la ley, el culto, las promesas, los patriarcas, y de los cuales, según la carne, vino Cristo. Los apóstoles eran judíos; en sus inicios, la Iglesia fue enteramente judía. Todo, incluso la proclamación de la salvación, estaba en manos judías. Además, ni aún los mejor dispuestos entre ellos, Pedro en primer término, habían emprendido la tarea de compartir la Buena Nueva, el Evangelio, con extranjeros (Hch 10:28), a quienes clasificaban, incluyendo sus lenguas, como bárbaros. El hablar por el Espíritu en esas lenguas despreciadas, más la visión de Pedro, fueron las dos señales por medio de las cuales Dios quería convencer «*a ese pueblo*» del carácter universal del Evangelio. Por esos medios, Dios triunfaba sobre la reticencia de ellos a anunciarlo a los demás pueblos. La comprensión de esta verdad sólo podía darse en el sentido de judíos a gentiles y nunca en el sentido de gentiles a judíos o de gentiles a gentiles.

He aquí un ejemplo del más perfecto contrasentido que pueda darse: Una cierta revista, muy comprometida con «la experiencia», informó de un pastor francés, que no sabía ni una palabra de hebreo, y se puso a hablarlo por el Espíritu y aquello fue comprendido por uno de sus colegas. Y he aquí todo un

público de gente seria aplaude esta «ortodoxia» bíblica. Suponiendo que el incidente relatado sea verdad (habiendo sido testigos de tantos falsos informes a este respecto, nos permitimos dudar de la veracidad del hecho), estamos en presencia de una falsificación que salta a la vista:

1. Primeramente, el don fue reconocido y comprendido *por un creyente* ya convencido de la oferta universal de la salvación. Además del hecho de que la señal no le enseñaba nada, estaba en contradicción con el Espíritu Santo quien precisa que la señal era *para los incrédulos* (1 Co 14:22).

2. El don de lenguas, tal como era enseñado y practicado en el Nuevo Testamento, era todo excepto hebreo. En efecto, a las lenguas habladas por el Espíritu se las define como EXTRANJERAS o BÁRBARAS, es decir, distintas del hebreo. Luego, ¿quienes eran esos extranjeros o esos bárbaros? Existe una única respuesta posible: los no judíos. Se da por entendido que ningún gentil tenía necesidad de ser convencido de que los judíos podían tener acceso a Dios, puesto que era Dios quien enviaba a aquellos judíos para anunciarles la salvación. ¡La señal era dada para que los judíos comprendiesen que la salvación pasaba a los gentiles y NUNCA AL REVÉS!

Hacer hablar a un francés en hebreo es trastornar el orden divino, como sería, por ejemplo, dar la visión de Pedro al gentil Cornelio. Sin embargo, Cornelio, al recibir la salvación por boca de Pedro, no necesitaba en absoluto ser informado de que Pedro tenía derecho a ella tanto como él. Hubiese sido contrasentido duplicado con un sin sentido monumental. ¿Podemos imaginarnos que un inglés tenga necesidad de un milagro lingüístico en catalán para convencerse de que los castellanos tienen derecho a la nacionalidad española? ¡Qué ridículo! Es en cierto modo lo que el artículo en cuestión relata: ¡que ese hablar en lenguas en hebreo revelaba a dos creyentes franceses que los hebreos tenían derecho a su propio Dios!

SI TODOS HABLAN EN LENGUAS ¿NO DIRÁN QUE ESTÁIS LOCOS? (14:23)

Los versículos 21 a 25 de Primera Corintios capítulo 14 siguen siendo para muchos exégetas un verdadero rompecabezas.

Vers. 21: *«En otras lenguas y con otros labios hablaré a este pueblo; y ni aun así me oirán, dice el Señor».*

Vers. 22: *«Así que, las lenguas son por señal, no a los creyentes, sino a los incrédulos; pero la profecía, no a los incrédulos, sino a los creyentes».*

Vers. 23: *«Si, pues, toda la iglesia se reúne en un solo lugar, y todos hablan en lenguas, y entran indoctos o incrédulos, ¿no dirán que estáis locos?»*

Vers. 24: *«Pero si todos profetizan, y entra algún incrédulo o indocto, por todos es convencido, por todos es juzgado.»*

En el versículo 22, el Espíritu dice que las lenguas son una señal para los incrédulos. Pero en el versículo siguiente, parece decir lo contrario: los incrédulos allí gritan: ¡están locos! al oír hablar en lenguas. Tropezamos aquí con una inextricable paradoja, que nadie, sea cual fuere su manera de pensar, ha logrado explicarme. Porque si los incrédulos de los versículos 22, 23 y 24 son indiferentemente judíos y gentiles, la aparente contradicción es insuperable, un complejo embrollo. Pero la dificultad desaparece por sí misma si se tiene en cuenta que el Espíritu Santo tenía a la vista dos clases de incrédulos. Los incrédulos del versículo 22 son identificados por el versículo 21: «hablaré a *este pueblo*». Son los judíos y la señal es para ellos. Pero los incrédulos del versículo 23 son identificados por la expresión «indoctos». En griego el término es *idiotës:* «persona carente de conocimiento de los hechos relativos al testimonio dado en y por la iglesia local» (*Diccionario Expositivo de Palabras del Nuevo Testamento,* de W. E. VINE. N. del T.). Es así como los judíos veían a los gentiles: ignorantes, bárbaros, simples, no instruidos en las cosas de la Ley (Ro 2:20). Esto sucedía en Corinto; eran personas del vulgo y no de *este pueblo.* Este exégesis respeta al texto y su contexto, suprime la

contradicción y confirma que la señal de las lenguas, manifiestamente fuera del alcance de las gentes de Corinto, no eran para ellos. Eran «este pueblo» judío, a fin de llevarle *a creer* que los gentiles estaban injertados, insertados y bautizados junto con ellos en el Cuerpo de Cristo, que es la Iglesia.

No podemos concluir este párrafo sin atraer la atención del lector sobre los dos versículos siguientes donde, una vez más, el don de profecía es contrastado con el de lenguas: «Pero si todos profetizan, y entra algún incrédulo o indocto, por todos es convencido, por todos es juzgado; lo oculto de su corazón se hace manifiesto; y así, postrándose sobre el rostro, adorará a Dios, declarando que verdaderamente Dios está entre vosotros» (v. 24 y 25). Aunque destinada prioritariamente a los creyentes, la profecía tenía la inmensa ventaja de ser comprendida también por los *«idiotës»*, porque era pronunciada en su propia lengua. Resultaba en conciencias removidas y conversiones profundas, hasta el punto de que simples personas del vulgo se postraban sobre su rostro confesando que Dios estaba allí.

Si Pablo privilegiaba la profecía por sobre las lenguas (v. 5, 19) es porque aun cuando allí hubiese interpretación, aquel don sólo tenía un contenido restringido, por cuanto servía de señal únicamente al incrédulo judío, mientras que la profecía cubría casi todo el campo de la experiencia cristiana, resumida en estas tres palabras: edificación, exhortación y consolación (v. 3). Es también la razón por la cual, en la Iglesia, Pablo preferirá hablar cinco palabras con su entendimiento que diez mil palabras en lengua desconocida (1 Co 14:19). ¿Qué quería decir con eso? Thomas R. Edgard expone que si alguien dice que prefiere cinco gatos a diez mil perros, es porque no quiere ningún perro. Esta metáfora no es quizás de alto vuelo, pero tiene el mérito de dar en el clavo. A nivel de cifras, en todo caso, Pablo no desdeñó esta comparación.

PORQUE EL QUE HABLA EN LENGUAS ... HABLA ... A DIOS (1 Co 14:2)

Algunos saltan a esta conclusión: ya que quien hablaba en lenguas hablaba a Dios, usémoslas para hablar con él. Pero hablar en lenguas, lo mismo que edificarse a uno mismo no era, como ya hemos visto, el propósito principal de las lenguas. Era sólo uno de sus componentes, no su PROPOSITO. Permítaseme de nuevo, mediante una comparación, clarificar cuál era el propósito primordial de las lenguas dentro de su marco más bien complejo.

En ciertos países europeos, los autobuses están registrados oficialmente como «Vehículos para transporte de personas». Este es el propósito primordial y único de los autobuses, pero:

1. Un autobús también quema combustible. ¿Quién insistiría en mantener el motor en marcha sólo para quemar combustible?
2. Un autobús también hace ruido. Usémoslo entonces para hacer todo el ruido posible.
3. Un autobús desprende calor. Demostrémoslo a todos sobrecalentando más el motor.
4. Un autobús transporta a su conductor; que lo conduzca a solas por Madrid o Barcelona, sólo para mejorar su habilidad como conductor (o: para edificarse a sí mismo en cuanto a sus logros personales).

Estos son cuatro puntos factibles, pero que son carentes de sentido si se ponen en práctica. Desde luego, al conductor lo despedirían en el acto.

Así es con el don de lenguas. Es correcto pensar que

1. Era oración o alabanza sólo a Dios,
2. Edificaba al que hablaba,
3. Edificaba a la iglesia cuando era interpretado.

Pero esos tres puntos, por sí solos, pierden de vista tanto como conducir un autobús aparte de su único y legítimo propósito. ¿Y cuál era el propósito de hablar a Dios en las lenguas de los gentiles? Una vez más sumarizamos lo que enseña el

Espíritu en 1 Corintios 14: Dios, en la misma boca de judíos mal dispuestos, inspiró lenguas bárbaras como una oración o alabanza a Él mismo, **para que sirvieran de SEÑAL** a los mismos judíos incrédulos de que el camino a su Jehová quedaba desde entonces abierto a aquellos bárbaros cuyas mismas lenguas eran ahora milagrosamente articuladas por las propias bocas de los judíos. ¡Qué señal más clara y poderosa!

ORAR Y CANTAR CON EL ESPÍRITU (1 Co 14:15)

Dejando a un lado el cese del don de lenguas, este texto se cita a menudo para tratar de justificar la oración personal en lenguas. Se debe observar:

1. Que Pablo no daba todo su acuerdo a una oración puramente etérea que no tuviera su contrapeso en el intelecto. Es truncar a sabiendas la Palabra de Dios el no citar todo el versículo, que insta a orar y a cantar no sólo con el espíritu «*pero también en el entendimiento*». Y eso se repite dos veces en el versículo 15.

2. Que el espíritu al cual se refiere es el espíritu humano, y no el Espíritu de Dios. La diferencia es enorme. Ignorando voluntariamente esta diferencia, se añaden dos textos totalmente ajenos al hablar en lenguas. El primero es Efesios 6:18: «orando en todo tiempo con toda oración y súplica en el Espíritu». El segundo es Romanos 8:26, 27: «Y de igual manera el Espíritu nos ayuda en nuestra debilidad; pues qué hemos de pedir como conviene, no lo sabemos, pero el Espíritu mismo intercede por nosotros con gemidos indecibles. Mas el que escudriña los corazones, sabe cuál es la intención del Espíritu, porque conforme a la voluntad de Dios intercede por los santos». Nada permite creer que se trata allí de la oración en lenguas. Para encontrarla allí es preciso inventarla. Si tal fuera el caso, Jesús nunca habría orado en el Espíritu, puesto que nunca oró en lenguas. La Biblia está llena de oraciones hechas en el Espíritu; ninguna ha sido articulada en lenguas; ni la célebre oración sacerdotal de Juan 17, ni la oración agonizante de Getsemaní. De

Esteban, el primer mártir cristiano, se nos dice que estaba lleno del Espíritu Santo, lleno de gracia y de poder, que hacía señales y prodigios y que nadie podía resistir a la sabiduría y al Espíritu con el que hablaba (Hch 6:3, 8, 10). Sin embargo, aún cuando hablaba en el Espíritu, él no les presentó su impresionante discurso ni en la lengua de los ángeles, a los cuales se parecía en aquel instante, ni en ninguna otra lengua que la de todos los días.

¿Quién de súbito impulsó a aquel hermano conocido mío a levantarse en medio de la noche para orar de rodillas por un hermano creyente que en ese preciso momento estaba en peligro de muerte, al rozar la copa de los árboles y quebrar algunas ramas el avión que le llevaba? ¿Podemos acaso encontrar una oración más inspirada por el Espíritu que aquella? Sin embargo, no fue expresada en lenguas.

¿Por que, hace ya algún tiempo, me sentí constreñido en un momento preciso del día a orar por un hermano en Cristo que vivía a mil kilómetros de mi casa y de quien no tenía ninguna noticia precisa? Una convicción a la cual no pude resistir me hizo doblar las rodillas y clamar al cielo en su favor. Sólo algunos meses más tarde supe que atravesaba en aquel momento la crisis más dolorosa de su ministerio. Sólo el Espíritu de Dios podía haberme inspirado esta imperiosa necesidad de orar. El Espíritu Santo, que la formó en mi espíritu y en mis labios, no lo hizo en lenguas. ¿Cómo lo habría podido hacer si Él las ha dado como señal a los incrédulos (y no había incrédulos en la habitación en la cual me encontraba), y si previó la cesación de ese don y lo ha retirado desde hace numerosos siglos, según lo atestigua en Primera Corintios 13:8? (ver capítulo 8).

La última oración de la Biblia (Ap 22:17-20) es ésta: «Y el Espíritu y la Esposa dicen: Ven. Amén ¡sí, ven, Señor Jesús!» Si en el mundo hay una oración que es «en el Espíritu», es desde luego ésta. Pero, como las anteriores, no ha sido hecha en lenguas.

NEGAR LA AUTENTICIDAD DEL DON DE LENGUAS, ¿NO ES UNA FORMA DE ARRANCAR PÁGINAS A LA BIBLIA?

No más que impugnar la doctrina mariana de la Iglesia romana. Todo cristiano evangélico admite sin reservas lo que la Biblia dice acerca de María: la elección divina que se llevó a efecto sobre ella, su fe, su obediencia, el riesgo de oprobio que aceptó valientemente, el nacimiento virginal del Salvador, sus maternidades, el reproche de su Hijo (Jn 2:4), su incomprensión del ministerio de Jesús (Mr 3:21, 31-35), la solicitud del Señor hacia su madre (Jn 19:26, 27) y los alrededor de sesenta y cinco años de silencio a su respecto, entre su última aparición en Hechos 1 y el final del Apocalipsis. Admitir que su papel ha terminado y que su acción finalizó en la Iglesia militante no arranca ninguna página a la Revelación escrita y no arroja descrédito alguno sobre las inestimables cualidades de aquella que fue la madre del Salvador, ni sobre la parte importante que fue la suya en el Plan de Dios para esa ocasión. Pero de ahí a hacer de ella la Inmaculada Concepción, la Madre de Dios y de la Iglesia, la Reina de los ángeles y del cielo, la Corredentora, la Mediadora de todas las gracias, y, como consecuencia, reconocerle una acción en la Iglesia actual, hay una monstruosidad doctrinal a la cual nos oponemos tenazmente.

Alguien se preguntará por qué planteamos aquí esta cuestión. Es porque permite hacer un enfoque al tema debatido. A ese amigo que me dijo un día: «¿el don de lenguas es bíblico? ¿no?» le contesté simplemente con una pregunta semejante: «¿y María? Es bíblica, ¿no?» Nadie piensa en discutir la historicidad de la virgen María, ni tampoco la realidad bíblica e histórica del don de lenguas, ni la acción ni el lugar que ocupó la Iglesia. Estaba en la nómina de los dones milagrosos como los de profecía y de conocimiento que han presidido la redacción de los Escritos del Nuevo Testamento y tocante a los cuales nadie niega que hayan cesado. Creemos con Pablo que no era una señal para los creyentes. Creemos, siempre con Pablo, que era al contrario una

señal para los incrédulos de «este pueblo». Con Pablo, igualmente, creemos que era otorgado para la edificación de los demás y no para la edificación personal, etc. Creemos todo esto. Pero hacer experimentar al hablar en lenguas la suerte que la Iglesia Católica ha hecho experimentar a María, ¡no gracias! Hacer que se dirija a los hombres, hacer del mismo para los creyentes la señal evidente del bautismo del Espíritu, ejercerlo en privado, cuando era una señal destinada a los incrédulos, ver en ello un remedio contra el insomnio, saludarlo como una cura de rejuvenecimiento y, sobre todo, propagar la idea que existe todavía hoy en día bajo su forma primitiva, cuando es sólo una evidente falsificación que demuestran los hechos verificados y que el rechazo a su puesta a prueba confirma, esto es dar un paso que toda conciencia esclarecida y honesta rehusará franquear.

Tampoco sería quitar verdades a la Biblia afirmar con Pablo que el cristiano ya no está bajo la Ley (Ro 6:14-15), y que libros enteros de la Biblia, sin embargo inspirados hasta en la tilde, ya no son normativos de la vida cristiana. Admitir las dispensaciones, reconocer que ciertos hechos relevantes se han fijado para siempre en la historia y que nunca más se renovarán (Natividad, Crucifixión, Ascensión) sino sólo en el recuerdo y el corazón de los creyentes; someterse a la enseñanza divina acerca de la cesación de ciertos dones, incluido el de las lenguas, no es injuriar ni a la Biblia ni al Espíritu Santo. Al contrario, lo que es una ofensa para ellos es tomar verdades históricas como María, las lenguas o el sacrificio de la cruz transformado en misa, y actualizarlos, tratando de reproducirlos a la manera de los falsificadores, teniendo éstos una ventaja moral, en cuanto que se dan a lo menos bastante trabajo en imitar lo verdadero, mientras que, en el dominio de lo sagrado, la imitación es tan burda que sólo los ciegos podrían engañarse. Es sabida la expresión atribuida a los jesuitas, y que fue retomada por los nazis: «Mientan, mientan, que algo queda; no digan pequeñas mentiras, díganlas grandes, repítanlas, y terminarán por creerlas». Es lo que Roma ha hecho con su Eucaristía y con María, ¡y con qué éxito! Lo mismo con el hablar en lenguas y el bautismo del Espíritu

Santo. Asistimos a un matraqueo verbal que, como la mariolatría, busca sus fuentes en la Biblia. Los creyentes inmaduros son abrevados con expresiones que suenan a bíblicas y que los condicionan en su ignorancia y les vuelven incapaces de ejercer un juicio sano. Cuanto más se les engaña, tanto más lo creen, al punto de que afirmaciones demenciales como el remedio para el insomnio de Ramseyer, el relajante de Thomas Roberts, las interpretaciones cronológicamente desfasadas y la señal para los creyentes no les hacen ni siquiera pestañear. Cuanto mayor y más verificable es el error, tanto más se entregan a él hasta el paroxismo. Algunos se dejarían cortar en pedacitos por el hablar en lenguas, así como otros darían su vida por María. Cuando se llega a este punto, se ha abandonado ya el terreno de la objetividad espiritual. Las barreras se han roto. Siguiendo el ejemplo de los jesuitas, ya sólo se es el defensor titular de una doctrina determinada. Así como algunos nos acusan de no creer en la Santa Virgen María, otros nos acusan de no creer en el don de lenguas, sin tomarse la molestia de verificar el firme fundamento de nuestras objeciones.

LA DEFENSA CARISMÁTICA

Hace seis años, cuando apareció mi primer libro acerca del tema, titulado *Je parle en langues plus que vous tous* [Hablo en lenguas más que a todos vosotros], seguido por el de Ralph Shallis *Le don de parler diverses langues* [El don de hablar diversas lenguas] y *D'où viennent ces langue* [De dónde vienen esas lenguas] de C. H. Lang, un amigo me dijo, refiriéndose a los carismáticos: «les va a costar defenderse». No contaba, sin embargo, con los recursos del espíritu humano para salir de situaciones difíciles, *«torciendo las Escrituras, para su propia perdición»* (1 P 3:16).

Desde entonces, se ha experimentado como mínimo con seis escenarios diferentes en el intento de disimular la insuperable dificultad doctrinal:

1. Ignorar totalmente el problema, y continuar como si nada sucediera.

2. Varias comunidades han procedido como sigue: hablamos en lenguas y veamos qué resulta. Y, por supuesto, resultó. Las interpretaciones mismas han confirmado que era verdad. ¡Por tanto, era verdad! Es como si alguien fuera a un supermercado con un billete falso y dijera: puesto que tengo la mercancía en casa y la cajera lo aceptó, eso es prueba suficiente de que el billete era auténtico.

3. Otros han dicho: *cuanto más traten de probar que nuestro don de lenguas es falso, tanto más lo vamos a ejercer.* Eso me recuerda demasiado a aquel beato para quien Santa Filomena era su patrona favorita. Cuando se enteró de que nunca había existido, exclamó: ¡Exista o no exista, igual le voy a seguir rezando!

4. Alguien me dijo: ¡Nunca voy a leer su libro! ¡Si usted quiere hablarme acerca del tema, me esforzaré para pensar en otra cosa para no oír ni retener ni una sola palabra de lo que usted me diga!

5. *¡No estamos de acuerdo!* Ese no es un argumento, es sólo una negación. Antes de publicar mi primer libro, confié el manuscrito a unos amigos pentecostales; les pedí que me hicieran la crítica bíblica más rigurosa que les fuera posible. Incapaces de encontrar una falla de la exégesis global, sólo encontraron como respuesta un: ¡No estamos de acuerdo! No es lo que les había pedido. Sabía de antemano que no lo estaban, pero yo deseaba que ellos me señalaran dónde estaba en desacuerdo con la Biblia. Y eso, hasta hoy, ninguno de ellos ha podido hacerlo.

6. Para tratar de demostrarme que su hablar en lenguas estaba siempre de actualidad, un buen parisino me envió una carta descortés ¡parcialmente escrita «en lengua extranjera»!

UNA PREGUNTA PERSONAL Y PERTINENTE

Varios me han planteado la pregunta: ¿Ha hablado usted en lenguas? Esa pregunta merece más que contestar con un mero sí o no.

Mi itinerario espiritual, muy pronto después de mi conversión, experimentó una influencia pentecostal. Frecuenté sus asambleas, viví en estrecho contacto con sus pastores y colaboré con ellos en numerosas campañas de evangelización. Muchos de ellos, que han sido salvados a través de mi ministerio, forman parte ahora de sus Iglesias. Algunos ejercen un ministerio pastoral en la franja moderada del movimiento. De igual modo que uno puede ser de convicción bautista sin ser miembro de una Iglesia Bautista, he compartido convicciones pentecostales sin, por lo demás, formar parte oficialmente de su movimiento, lo que está lejos de constituir un caso aislado. Mi predicación ha estado influenciada por ello hasta el punto de que algunos han tomado muy a mal lo que creían ser una nueva (y mala) orientación. Me lo han hecho saber por observaciones en las cuales las amenazas estaban apenas veladas. Mi adhesión a esas ideas, sin ser total, ha sido suficiente para ser calificado de pentecostal. Hablo de este tema no con los apriorismos de aquellos que vienen del exterior del movimiento, sino más bien con las experiencias registradas desde su interior. Por tanto, sé muy bien de lo que hablo.

A la luz de lo que acabo de decir, estimo que la pregunta está planteada imperfectamente. Debe ser formulada como sigue: ¿Ha hablado usted en lenguas por el Espíritu Santo según el modelo bíblico? A eso respondo: ¡No! No, ni yo ni nadie hemos ejercido en nuestro tiempo el auténtico don del Espíritu Santo por todas las razones descritas en este libro. Pero si me preguntan si he farfullado como los demás un incomprensible palabreo etiquetado como «Denominación de órigen», entonces, sin titubeos contesto: ¡SÍ! Y puedo, ante quien lo desee, hacer una demostración en el acto. Un «intérprete» encontraría en ello material para un buen mensaje evangélico, lo que demostraría que la «interpretación» sería tan falsa y fantasiosa como lo que yo estaría diciendo «en lenguas».

Un joven amigo recientemente salido de ese medio me confesó humildemente (con el lenguaje de la juventud que nos permitiremos reproducir) que la práctica del hablar en lenguas era «un rollo».

–¿Cómo pudo usted unirse a esa falsificación?

–Porque era el ambiente del grupo; todos debíamos intentarlo para no parecer que nos quedábamos atrás. ¡Éramos jóvenes e ignorantes, y la Biblia nos era enseñada sólo por migajas y nunca en forma continuada! Los textos que contradecían nuestras prácticas eran evitados. Esas cosas formaban parte de nuestra jerga sin que supiésemos lo que aquello significaba. Nos lo presentaban como el remedio para todo lo que no funcionaba en nosotros. Era necesario creer, creer. Plantearse preguntas era casi el pecado imperdonable contra el Espíritu Santo. Debíamos taparnos los oídos y desconfiar de aquellos que nos describían como una gente limitada que no creían en el Espíritu Santo. Pero me abrieron los ojos a lo que la Biblia dice: ¡Comprendí que el Espíritu Santo y el espíritu que animaba a nuestro grupo eran dos espíritus diferentes!

¿ESPERA USTED, POR MEDIO DE ESTA EXPOSICIÓN, CONVENCER A LOS CARISMÁTICOS DE SU DOBLE ERROR, ACERCA DEL BAUTISMO DEL ESPÍRITU Y EL HABLAR EN LENGUAS?

Aun cuando era la Verdad encarnada, Jesús era considerado como un perturbador. Barrabás era menos molesto. Sabemos cómo terminó: como «la piedra viva, desechada ciertamente por los hombres» (1 P 2:4). Sería utópico creer que todos abandonarían su error preferido. Es para ellos como el famoso sudario de Turín, del cual deduciremos tres analogías:

1. La Iglesia Católica ha necesitado siete siglos para llegar a reconocer lo que todo cristiano provisto de un poco de buen sentido conoce por instinto, a saber, que era una falsificación. Durante mucho más tiempo todavía, muchos carismáticos sostendrán tenazmente, a despecho de toda evidencia, aún escrituraria, que su falsificación es verdadera. Aquello durará tanto tiempo como rehúsen someterse a las Escrituras y aplicar la

prueba electrónica, de la cual hemos hablado en el capítulo 6. La Iglesia Católica ha tenido esta honestidad en cuanto al lienzo de Turín, y conocemos su resultado. Lo repetimos: es porque saben también cuál será el resultado final, que los carismáticos rehusan la confrontación científica.

2. Algunos admitirán su error, pero de labios para afuera solamente. No dejarán de decir, como el Cardenal Ballestero que, después de haber anunciado el final del mito del 13 de octubre de 1988 a las 10.00 horas, agregó sin embargo: «*La iglesia reafirma su respeto y su veneración por esta imagen de Cristo*». ¡Y que siga! Es falso, pero más vale hacer como si fuera verdadero. ¿No es lo que decía ese amigo tocante a la Primera Corintios 14:2, donde el Espíritu Santo dice que aquel que hablaba en lenguas «no hablaba a los hombres … Fue una verdadera bomba, pero la idea no fue reconocida porque habría sido necesario admitir que todo lo que se había hecho hasta entonces era falso.» Claro que el hablar en lenguas actual es falso bíblica, científica y racionalmente hablando, y muchos carismáticos lo saben, pero le reafirmarán sin embargo su respeto y veneración, como Israel lo hacía, en tiempos de Ezequías, con la serpiente de bronce que Moisés había hecho.

3. Aquellos que sean convencidos en profundidad deberán pagar el precio de su convicción y su sinceridad. Sí, en su medio, declaran su fe obediente a la Palabra de Dios en base a estos cuatro textos:

–1 Co 12:13: el propósito del bautismo del Espíritu
–1 Co 14:2: la palabra en lenguas dirigida sólo hacia Dios
–1 Co 14:21: la señal para Israel
–1 Co 14:21: la señal para los incrédulos.

Si insisten en decir que Jesús nunca habló en lenguas, si exigen una puesta a prueba del don de interpretación, no es este estudio lo que les hará salir del carismatismo, es el carismatismo el que les pedirá salir. Es lo que le sucedió a un creyente de Lausana, Suiza: le mostraron la puerta de la Comunidad sólo «*porque era demasiado bíblico*». ¡Que muchas otras Iglesias evangélicas los reciban como el Señor mismo los recibiría!

RESUMIENDO

Si me solicitaran citar tres verdades bíblicas entre las más sencillas y más fáciles de resumir, creo sinceramente que mi elección se inclinaría hacia:

1. La doctrina acerca de María
2. El bautismo del Espíritu Santo
3. El hablar en lenguas.

1. En lo referente a María, es muy sencillo. Pocas cosas se nos relatan acerca de ella: la profecía de Isaías 7:14, la Anunciación, el Magnificat, la Natividad, algunos escasos destellos aislados que relatan los Evangelios y una última mención de su presencia en el aposento alto en Hechos 1:14, donde sus hijos la acompañan, y luego nada más. Todo lo que se nos dice acerca de ella no le es siempre favorable, pero es, sin embargo, una historia hermosa, muy hermosa, sin consecuencias imprevistas y sin combinaciones secretas. Es limpia y sin borrones. No hay ningún riesgo de extraviarse. Leer es comprender.

2. En cuanto al bautismo en el Espíritu Santo, es aún más sencillo, puesto que su explicación se encuentra dada en un solo versículo: Primera Corintios 12:13: «Porque por un solo Espíritu fuimos *todos* bautizados *en un cuerpo,* sean judíos o griegos, sean esclavos o libres; y a todos se nos dio a beber de un mismo Espíritu». Es, sin distinción de clases, la afiliación inicial a la Iglesia de *todos* los creyentes, sea que hablen la lengua de los judíos o las de los gentiles, para que en conjunto *formen un solo cuerpo.* Eso es todo. Al ser la primera experiencia del creyente (ser incorporado en ese Cuerpo) no puede, por tanto, ser la segunda. (En cuanto al episodio de los Samaritanos en Hechos 8, reléase el capítulo 9.)

3. Respecto al hablar en lenguas, nada es complicado. Estaba en la naturaleza de la señal el decir para qué servía. Las lenguas extranjeras eran:

I) La señal a los incrédulos de «este pueblo» judío, que los

extranjeros portadores de esas lenguas llamados «toda carne» el día de Pentecostés eran en adelante, como ellos y con ellos, inmersos por el Espíritu en un nuevo Cuerpo, que era la Iglesia (Hch 2:17; 1 Co 14:21). Ver cap. 3.

II) Lenguas reales y existentes (1 Co 14:10). Ver cap. 3.

III) Se dirigían sólo a Dios y nunca a los hombres (1 Co 14:2). Ver cap. 2.

IV) No una señal para los creyentes (1 Co 14:22). Ver cap. 3.

V) Para anunciar «a este pueblo» el fuego del juicio (Is 28:11-13; 1 Co 14:21; Hch 2:3). Ver cap. 10.

VI) Acordes con su corolario explicativo, la interpretación (1 Co 13:8, 13). Ver cap. 6

VII) Sin vinculación con el regreso de Jesús, y debían cesar antes (1 Co 13:8, 13). Ver cap. 8.

VIII) No empleadas por el Señor. Ver cap. 5.

IX) No empleadas en privado. Ver cap. 7.

La definición de Agustín de Hipona, que está en perfecta concordancia con las Escrituras, es por tanto autoritativa: «Eran señales apropiadas para aquella época. Estaban destinadas a anunciar la venida del Espíritu Santo ENTRE LOS SERES HUMANOS DE TODAS LAS LENGUAS para demostrar que el Evangelio debía ser anunciado A TODAS LAS LENGUAS DE LA TIERRA: Eso sucedió para anunciar algo y luego desapareció».

EPÍLOGO

Una palabra más todavía, dirigida a los hermanos carismáticos (o pentecostales) de tendencia moderada quienes, en conciencia, se cuestionan acerca de la legitimidad de la doctrina de las lenguas y se inquietan a causa de los excesos que ella produce. Jesús dijo un día: «El que *quiera hacer la voluntad de Dios* conocerá si la doctrina es de Dios, o si yo hablo por mi propia cuenta» (Jn 7:17). El conocimiento de la verdad está ligado a las buenas disposiciones interiores, lo que Él llama en otros pasajes «un corazón bueno y recto» (Lc 8:15). Estas buenas

disposiciones consisten en dar la razón a Dios al precio que fuere, siendo el más caro el sometimiento nuestro natural orgullo, y en reconocer que uno se ha equivocado. Es lo que ha hecho el autor. Y no ha perdido nada con el cambio; muy al contrario, porque la verdad no enajena sino que liberta (Jn 8:32).

La última palabra será para vosotros, mis hermanos evangélicos. Un día fui a una zapatería para comprarme un par nuevo de zapatos. Cuando el vendedor vio lo que llevaba en los pies, dijo algo que nunca olvidaré: «Sus zapatos están muy **cansados** (!) y desgastados.» ¿Se podría decir lo mismo acerca de algunas reuniones de iglesia? Los cánticos son cansinos, los mensajes son cansinos. Desde luego, las acciones de gracias todavía encajan bien, ¡pero qué desgastadas están! La frescura y la espontaneidad han criado largas barbas. A la gente le gusta más el error cálido (¡ay!) que la verdad fría. Uno no puede calentarse muy bien sobre un témpano de hielo, y menos aún en un congelador. Una vieja estufa de leña, chisporroteante y humeante, creará una atmósfera más cálida y cómoda que un sofisticado calentador que va a sólo un cuarto de su capacidad. No hay lugar para la tibieza en la obra de Dios. El Espíritu nos fue dado para que tuviésemos vida abundante, y nada menos que eso. Donde, junto con una sana enseñanza bíblica, abunda la vida del Espíritu y mana con aguas de vida, los cristianos no están en peligro de deslizarse a falsas experiencias ofrecidas como panaceas para sanar todos los males de la iglesia.

A los que soportan la presión carismática desde todas las direcciones y que ya no pueden asistir a reuniones comunes sin verse gratificados a cada instante con el hablar en lenguas y con el bautismo del Espíritu Santo, les diré eso: Los dos últimos puntos del resumen, *releídos, estudiados y memorizados* con aplicación práctica, les darán, como a Esteban, un conocimiento de las Escrituras y una sabiduría espiritual a la cual «nadie podrá resistirse» (Hch 6:10).

Tabla de matieras

Prefacio 5
1. Análisis de la renovación carismática por D. Cormier 8
2. ¿Un mensaje a los hombres? 17
3. ¿Una señal para los creyentes? 30
4. Jesús y las lenguas 48
5. ¿Dos formas de hablar en lenguas? 53
6. La interpretación 59
7. ¿Edificarse a sí mismo? 82
8. El final del hablar en lenguas 88
9. La séptuple bendición del Espíritu 100
10. Las lenguas de fuego 121
11. El puente de los seis pilares 124
12. Las experiencias 127
13. El origen de las lenguas actuales 134
14. La relación de la causa efecto (Primera parte) 145
15. La relación de causa efecto (Segunda parte) .162
Apéndice 182

LA SEÑAL DE HABLAR EN LENGUAS

Evangelista itinerante, F. Legrand es también un escritor apreciado. Su obra literaria ha desbordado con mucho el ámbito francófono. Su primer libro sobre el don de lenguas ha sido traducido al inglés, holandés, alemán y húngaro. Hay muchas otras traducciones en preparación, una de ellas al mandarín, y otra al rumano.

Esta nueva obra completa la anterior. Su desarrollo más metódico facilita el estudio, y es de fácil lectura. Los temas, tratados de manera ordenada y con un mínimo de referencias, hacen de esta una obra de referencia de fácil consulta.

ISBN 2-940131-05-8

9'5 €

LA SEÑAL DE HABLAR EN LENGUAS F. LEGRAND

LA SEÑAL DE HABLAR EN LENGUAS

F. LEGRAND